cuentos de intriga

CUATRO

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

Cuentos de intriga – Vol. 4

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

© CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS
CUENTOS DE INTRIGA — Vol. IV

Editado por Zumbalagachunda Publishing Inc. en España, en enero de 2025.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice de relatos:

01. El ajusticiado 4
02. El arzobispo 12
03. El ascensor 17
04. El asilo 30
05. El cristal 35
06. El enfermo 44
07. El lugar 53
08. El museo 62
09. El perro faldero..... 67
10. El pintalabios 78
11. El político 90
12. El profesor 96
13. El robo 103
14. El taxista 118
15. El telegrama 123
16. El viaje..... 129
17. El yate 138
18. La acampada 146
19. La adivina 152
20. La aventura 164
21. La azotea 171
22. La baraja 181
23. La cena 193
24. La ciega 196
25. La confesión 207
26. La peluquería 213
27. La tarta 217
28. La verdad 226
29. La vidriera 233
30. Las compañeras 239
31. Las huellas 245
32. Las zapatillas 255
33. Los deseos 263
34.Los zapatos de Cenicienta 270

El ajusticiado

Había sido un caso famoso en su época, y todos periódicos se habían hecho eco del suceso con todo detalle.

-Se trata del asesinato de una hermosa actriz de teatro, que ha sido hallada estrangulada en su vivienda, una casa muy lujosa a las afueras de la ciudad -se comentaba-. Al parecer, la mataron el domingo a las diez de la noche y la doncella la encontró muerta el lunes por la mañana.

-Era una mujer bellísima, más guapa de cerca que en la escena -comentaba un admirador-. Un día que coincidí con ella en una fiesta llevaba suelta una hermosa melena de tonos cobrizos, y le caía sobre la espalda como una cascada.

-Es cierto, también yo la vi en esa ocasión -intervino un amigo-. Recuerdo que vestía un traje de noche de tela dorada, y sus ojos tenían el tono de la aguamarina, de un intenso color azul. Llamaba la atención su bonita sonrisa, con una dentadura perfecta.

El hecho constituyó una verdadera conmoción en la opinión pública, ya que la actriz era una de las más admiradas, no solo por sus dotes y su gran belleza, sino también por tener fama de ser una persona desprendida y generosa.

Su carrera había sido fulgurante, pues desde muy joven se había distinguido como una perfecta actriz y era conocida y admirada en las ciudades más importantes del mundo.

-Y tenía tiempo para todo, ya que patrocinaba campañas a favor de actores noveles, así como de los artistas retirados con pocos recursos -decían de ella-. Es inaudito, esa mujer no podía tener enemigos...

-Ahí tienes, ni las mejores personas están libres de odios y envidias. Es lamentable todo esto, pero así es la vida...

La policía inició sus pesquisas, y las sospechas recayeron sobre un escultor que había tenido relaciones con ella, pero al que había abandonado hacía algún tiempo sustituyéndolo por otra persona. Su pareja actual vivía en el extranjero y la acompañaba en muchas de sus jiras.

-Cuando rompió con el escultor, yo misma oí cómo la amenazaba, de tal manera que la hizo llorar -había declarado la doncella.

-Estaba loco de celos, eso es lo que pasa -añadió la cocinera-. Él sabía de siempre que las criadas teníamos libre el domingo y de eso se aprovechó, pensando que nadie sospecharía de él.

Se trataba de un tipo muy bien parecido, alto y fuerte, de cabello castaño y ojos soñadores. El estudio de escultor era muy extenso y luminoso, y estaba en la planta más alta de un edificio de doce pisos. El dueño se encontraba leyendo unas revistas cuando sonó el teléfono. Eran las dos y media de la tarde.

-¿Hablo con el estudio de escultura?

Él contestó, extrañado:

-Sí, aquí es, ¿Quién llama? Yo soy el dueño del estudio, ¿qué quiere?

Al otro lado se oyó una voz grave.

-Es la comisaría. ¿Podríamos pasarnos por su casa?

Él tardó en contestar.

-¿De la comisaría? ¿Qué pasa?

El otro carraspeó.

-Es mejor no decirlo por teléfono. ¿Podíamos visitarlo esta tarde a las tres?

-Pues... verá...

El hombre insistió:

-¿Prefiere a otra hora?

Él pensó unos momentos y luego contestó:

-No, las tres está bien.

Acababan de dar las tres de la tarde cuando dos hombres llamaron a la puerta. Se trataba de un inspector de edad mediana, acompañado por un compañero más joven.

-Tenemos que hacerle unas preguntas -dijo el inspector, y él asintió.

-Desde luego. Pasen, pueden sentarse.

Le estuvieron interrogando y él contestó a todo con firmeza. Admitió que había tenido una relación con la actriz.

-Ya lo sabíamos, en la vivienda se han encontrado huellas recientes suyas.

Él pareció extrañado.

-Bueno, eso de recientes... Hacía varios meses que habíamos roto. Claro, sin duda tiene que haber huellas mías en toda la casa, pero no son de ahora.

-Las criadas fueron testigos de una fuerte discusión entre ustedes, ¿No es cierto?

Él se quedó pensativo.

-Bueno, si ellas lo dicen...

El inspector lo miró a los ojos.

-¿Dónde estaba usted el domingo pasado, a las diez de la noche?

Esta vez, él contestó sin dudar:

-Estaba aquí mismo, en mi estudio, terminando un busto que tenía que entregar el lunes.

El policía dio un vistazo alrededor. Había en taller varias esculturas ya terminadas, y otras talladas a medias. También podían verse bloques de mármol, mazos y cuchillos para tallar, azuelas y formones, todo cubierto de un leve polvo blanco. Sobre una mesa baja había una máquina pulidora.

Las ventanas eran grandes y altas, y tenían cortinas blancas que dejaban pasar la luz, pero no el sol.

-¿Había alguien a esa hora, quizá su modelo, con usted? -preguntó el policía, y él denegó.

-No, estaba yo solo. En realidad, el busto estaba casi terminado, solamente tenía que dar unos toques en la ropa. Para eso no necesito al modelo.

Él le dio las gracias por su amabilidad.

-No hay de qué darlas -dijo el escultor.

No obstante, a los dos días la policía regresó al estudio. Eran el inspector y cuatro compañeros.

-Ah, vaya, ustedes otra vez. ¿Qué se les ofrece ahora?

El inspector se adelantó unos pasos.

-Lo siento mucho, pero tiene que acompañarnos -indicó-. Todo lo que diga podrá utilizarse en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si lo desea, podemos enviarle uno de oficio.

Él se había quedado de piedra. En un principio trató de resistirse, de hablar, pero dos hombres se encargaron de ponerle las esposas.

-Acompáñenos por las buenas, por favor. Será mejor para todos.

-Pero yo no he hecho nada...

-Eso lo dirá el juez -contestó el inspector, tajante-. Nosotros obedecemos órdenes.

La opinión pública estaba candente y la policía sentía una gran presión. Así que, basándose en los hechos, lo habían detenido como culpable de asesinato, con la agravante de alevosía.

-No cabe duda, este hombre se merece lo peor... -comentaba la gente.

Fue uno de los últimos hombres que fueron ajusticiados en el país. Poco después, la pena de muerte fue abolida, siendo sustituida por la de cadena perpetua.

La vida seguía y los tiempos cambiaban. Pasaron los años y el suceso había dejado de ser de actualidad, pasando a constituir un recuerdo en la memoria de los que lo vivieron.

En la misma ciudad, un hombre había permanecido oculto a la ley, aunque nunca pudo librarse de un gran sentimiento de culpa: se trataba de un actor de teatro de segunda fila, que había cargado durante toda su vida con el peso de aquel asesinato.

Nadie había sospechado en su momento de él. Había permanecido impune, siguiendo con su vida de actor, hasta que llegó un momento en que sus facultades habían mermado, y fue perdiendo todas las ocasiones de trabajar en el teatro.

Ahora consideraba con calma su pasado. Al principio, cuando era muy joven, había vivido de sueños, pensando que llegaría a destacar en su carrera y podría aspirar al amor de aquella mujer a quien veía tan lejana.

Hasta tal punto la adoraba que, alegando un motivo de trabajo se citó con ella en su casa y, aprovechando su soledad, había tratado de poseerla por la fuerza. La mujer se había resistido, y ante el temor de que alguien oyera sus gritos, la había estrangulado.

-Ya no vale la pena vivir -pensaba luego-. Todo se ha acabado para mí. Pero creo que le debo algo a aquel hombre que fue condenado a morir por mi culpa.

Lo tenía todo dispuesto. Un día empezó a escribir una carta en que, con todo detalle, explicaba a la policía el asesinato que había cometido y cómo lo hizo. Cerró las ventanas, abrió la llave del gas y se echó en el sofá esperando la muerte. Miraba la carta, que estaba sobre la mesa, y a poco un gran sopor lo invadió.

* * *

La puerta de su casa permanecía cerrada. Un vecino había notado un fuerte olor a gas, y enseguida llamó a la policía.

-Vengan por favor -dijo muy nervioso-. Hay un piso que huele mucho a gas.

La puerta está cerrada y hay que abrir cuanto antes...

-¿Quién vive allí?

Él contestó enseguida:

-Mire, no sé su nombre, es un hombre mayor. Vive solo y debe andar muy mal de dinero, porque hace meses que no paga el alquiler. El dueño de la casa lo ha llevado a juicio para que lo echen. Y ahora...

La mayoría de los vecinos se había congregado en el descansillo de la escalera. La policía llegó enseguida. Con una palanca abrieron la puerta, y un olor intenso a gas les golpeó la cara.

Con un pañuelo ante el rostro, un agente entró en la casa y abrió la ventana. La vivienda estaba casi vacía, y los pocos muebles parecían sacados de un contenedor. Enseguida vio dónde estaba la cocina y se dirigió allí directamente.

El hombre estaba de bruces contra una mesa vieja. El recién llegado cerró la llave del gas y abrió una ventana pequeña que daba a un patio. Algunas personas lo habían seguido y aguardaban en el vestíbulo. Mientras, él le tomaba el pulso al sujeto.

-No ha muerto todavía -les dijo a los otros, volviéndose-. Por favor, alguien que tenga teléfono, que llame a una ambulancia...

Alguien había entrado en la cocina y vio un papel sobre la mesa.

-Mire, parece una carta. ¿Qué dirá?

El policía la tomó de sus manos.

-Veremos qué dice -murmuró, y empezó a leer, sin que los otros apartaran la vista de él. Conforme iba leyendo, una expresión de asombro acudió a su rostro-: En la carta se declara culpable de un asesinato que imputaron a otro -explicó-. Vaya, qué cosa tan rara.

Un compañero le quitó la carta de las manos y la leyó también.

-Claro, pensó que iba a morir -comentó, moviendo la cabeza-. No se imaginaba que nosotros íbamos a frustrar el suicidio...

* * *

El arzobispo

Era un truco que no fallaba y llevaba años llevándolo a cabo: se informaba acerca de una persona y las circunstancias de su vida, y enviaba un correo amenazando con desvelar un cierto secreto comprometedor si no le daban una cantidad de dinero.

-Es increíble, lo fácil que resulta -se decía-. Y en todo este tiempo, nadie ha sido capaz de denunciarme por miedo a las consecuencias... Sí, sin duda, todo el mundo tiene que avergonzarse por algo, y no digamos los políticos. Ellos son la presa más fácil y la que más se juega...

Se trataba del típico chantaje, y había llegado a ser en ello un verdadero artista. Hacía uso del miedo, manipulando los sentimientos de cada persona para controlarla y sacarle dinero.

-Y todavía me quedan unos cuantos en la lista... -sonreía para sus adentros.

Nunca especificaba los detalles, pero siempre daba a conocer algún motivo probable de culpa, que al resultar cierto obligaba a la víctima a pagar a cambio del silencio.

Lo había utilizado con parejas, con personas mayores, con trabajadores y con toda clase de sujetos. La culpa puede ser un sentimiento muy paralizante y pocas personas están libres de haber actuado alguna vez de manera incorrecta, incluso delictiva, a lo largo de su vida.

-Parece mentira, con la profesión que tiene, y que pueda permitirse esos gastos -comentaban sus conocidos-.

Cambia de automóvil lo mismo que otros cambian de camisa, es increíble.

La verdad era que, como crítico de arte, no ganaba mucho. Sus gustos eran caros, así que había montado por su cuenta un sistema de cobros que satisfacía sus necesidades con creces.

Casi todos pagaban sin demora, lo que no era ilegal, aparte de que en general no se recomienda ignorar una amenaza de chantaje. Algunos que no pagaban desaparecían, para de esa forma verse libres de la presión ejercida.

-El negocio va en auge -pensaba, mientras degustaba una comida en un lujoso restaurante-. Lo malo es que, con tanto trabajo no puedo contratar a un secretario que me ayude...

Tenía una vivienda lujosa y un criado que llevaba a cabo todas las labores de limpieza. Además, una buena cocinera que atendía a todos sus invitados con una cocina selecta. Sus amigos podían presumir de su amistad.

-Desde luego no repara en gastos -decían.

-Es cierto. ¿Y es verdad que está divorciado?

-Sí, no tenía hijos y hace tiempo que se divorció. Cuando vino a vivir aquí ya estaba solo, lo sé porque lo conozco desde el principio.

-El año pasado viajasteis juntos, ¿no? Por lo menos eso me han dicho.

-Claro, claro. Y otros dos años también, es increíble los lugares exóticos que he conocido él. Y siempre tan rumboso...

-Bueno, tú no necesitas su dinero, te basta y te sobra con el tuyo, y estando soltero como estás. Vaya buena vida que os dais.

El otro soltó la carcajada.

-Mira, mientras se pueda lo haré. Luego, ya veremos...

* * *

Un día sonó el timbre de la casa y el criado acudió a abrir. El hombre estaba en su despacho y oyó hablar en el vestíbulo, pero no pudo entender lo que decían. El criado tocó con los nudillos en su puerta.

-Pasa -le dijo, y él se limitó a asomarse. Se notaba algo raro en su expresión.

-¿Quién es?

El criado entró en la gran pieza y se acercó despacio.

-¿Qué pasa?

El otro se inclinó y habló en voz baja.

-Es... es la policía, señor. Preguntan si el dueño está en casa.

Él se irguió en el asiento.

-¿La policía, dices? ¿Qué quieren?

-Verá, señor, han llegado dos hombres. Uno me ha enseñado su placa y de ha identificado como inspector. El otro me ha parecido un policía corriente.

El dueño de la casa se había quedado pálido.

-¿No le han dicho a qué vienen?

Él denegó.

-No han querido decirme nada, tienen que hablar con usted.

El hombre se había levantado de su asiento y miraba a la puerta con terror. Pero luego pudo controlarse.

-Dígales que pasen -ordenó, muy serio.

-Está bien, señor.

Entraron los dos hombres y el criado se fue, cerrando la puerta. El primero debía ser el inspector, porque mostró su placa.

-Tiene que acompañarnos -dijo, y el otro arrugó el ceño.

-¿Cómo, que acompañarlos? -dijo con voz firme-. ¿A qué se debe esto?

El inspector sacó una carta del bolsillo, pero no dijo nada, y el hombre insistió:

-Me temo que se ha equivocado conmigo -le dijo-. Mire, tengo buenas amistades y esto no va a quedar así. Recurriré a sus superiores...

El policía se había plantado enfrente y le tendió la carta.

-Puede leerla si quiere, creo que le interesará.

Él observó el sobre, y le pareció que llevaba una insignia impresa en varios colores. Movió la cabeza a ambos lados.

-¿De quién es esa carta? No tengo ganas de leerla, no me interesa para nada.

El inspector sacó el papel del sobre y lo sostuvo en la mano.

-Está bien, como quiera -se detuvo un momento y luego siguió-: El equivocado es usted.

Le tendió la carta al compañero y el otro la metió en el sobre. El hombre parecía extrañado.

-No entiendo lo que dice -musitó, y el policía lo observó fijamente.

-Lo siento. Usted ha enviado mensajes a muchas personas -acusó-. Pero esta vez se ha equivocado, se lo ha enviado sin saberlo al arzobispo de la diócesis... ¿Quiere que le diga su contestación? En ella comunica a las autoridades que ha sufrido chantaje, y ruega se tomen medidas legales contra usted.

Él se había sentado y habló en tono agresivo:

-Y eso, ¿cómo pueden probarlo?

-El arzobispo ha guardado copia de sus correos electrónicos y mensajes de texto, e incluso ha grabado una llamada telefónica que usted le hizo. Y, por si fuera poco, ha denunciado la cuenta corriente donde se solicitaba recibir el dinero.

El hombre se había quedado de piedra. El otro siguió hablando despacio:

-La policía le ha localizado como el dueño de esa cuenta, lo que prueba su culpabilidad. Ello nos ha llevado a conocer el resto de sus "operaciones bancarias". Así que se le acabó el negocio...

El hombre se enderezó, crispado.

-Bueno, ya encontraré otra cosa...

El inspector movió la cabeza.

-No le será posible, cada extorsión constituye un delito distinto, así que ya puede ir pensando en pagar una multa elevada y pasar años en la cárcel... -terminó con una sonrisa.

* * *

El ascensor

Habían desayunado juntos, como todos los días, y a las ocho menos cuarto el matrimonio salió hacia el trabajo.

Ella era una mujer morena; llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, muy tirante sobre la cabeza, y vestía un traje oscuro muy ceñido. Su paso era decidido y ágil, y caminaba muy erguida, dando sensación de gran viveza.

Él era un hombre pequeño y cetrino, con un fino bigote y el cabello escaso, pegado a la cabeza con fijador a fin de disimular en parte la calva. Vestía un traje azul marino y una corbata gris a rayas, sobre la camisa de un blanco impecable.

Vivían con la madre de ella, una mujer de unos setenta años. Cuando salieron, la señora estaba todavía en la cama, y seguramente seguiría acostada por lo menos hasta las once. Era gruesa, de claros ojos azules y gruesos labios que en sus tiempos habían sido carnosos y bellos.

-No sé cómo puede estar tanto tiempo en la cama -dijo el marido, disgustado, y ella suspiró.

-Ya sabes que está débil, sufre de la cadera... Demasiada paciencia tiene, y estando en la cama no hace daño a nadie.

Él frunció el ceño.

-No, si ya lo sé. Pero yo creo que no es para tanto...

Como vivían en un octavo piso, tomaron el ascensor de bajada. Era pequeño, y muy antiguo, a tenor de la casa. Construido en madera, tenía cristales esmerilados y bajaba despacio.

Llegados al portal, no salieron directamente a la calle, sino que tomaron un pasillo y, al final, llegaron a la puerta del garaje.

El hombre salió primero, y ella lo siguió. Había ocho o diez automóviles, y el suyo estaba aparcado casi a la salida. Era un coche bastante moderno y no muy grande, ya que el matrimonio no tenía hijos. Una vez acomodados dentro, él se dirigió a la rampa que daba acceso al exterior. La víspera había llovido mucho, pero hoy el cielo estaba despejado, y solo unas pocas nubes blancas surcaban el azul.

-Vaya, tendremos un buen día -dijo ella, y el marido asintió.

-Sí, ya estaba lloviendo demasiado...

Él condujo lentamente bordeando unos jardines, y tomó luego una calle lateral en dirección al trabajo de ella. Él comenzó a silbar una cancioncilla y a ella le agradó. Le gustaba verlo contento, señal de que sus negocios marchaban bien. Cruzaron una gran plaza, y al llegar al otro lado él se detuvo a la entrada de un gran edificio de piedra.

-Bueno, hasta luego -dijo, besando en la mejilla a su mujer.

Ella se volvió a mirarlo.

-¿Me recogerás luego? -preguntó, y él afirmó con un gesto.

-Sí, claro, claro, a la hora de siempre.

Ella prosiguió:

-No te retrases, por favor. Esta tarde irán a instalar el teléfono, y puede que vengan temprano.

El hombre movió la cabeza, pensativo.

-Dijeron que sobre las cinco, ¿no es así? Hay tiempo de sobra. Llevamos tres meses sin él, y ya me parece una eternidad. A quien se le diga, no puede creérselo -añadió-. No me explico cómo tu madre ha estado tanto tiempo sin tenerlo...

-Ya tenemos los móviles, tampoco era tan necesario un teléfono fijo -dijo ella, acariciando el dorso de su mano-. Además, ya sabes que ella...

El hombre la miró.

-Claro que lo sé, ni fijo ni móvil, hace cualquier cosa por no gastar un céntimo. No he visto a nadie más tacaño.

Ella le contestó enseguida:

-Bueno, dice que el teléfono móvil la pone nerviosa. Y no hables así, sobre todo ahora, que ha consentido que viniéramos a vivir con ella.

Él se echó a reír.

-Claro, de esa forma se ahorra la comida y otros gastos que ahora pagamos nosotros, ¿no crees?

La mujer le apretó la mano.

-Eres injusto -afirmó disgustada, y él contestó pesadamente:

-No digo más que la verdad. En el tiempo que llevamos con ella no ha gastado ni un céntimo, y eso que está podrida de dinero. Según dice, además de este piso tiene dos o tres más, que tiene alquilados. Eso tiene que producirle mucho...

La mujer se había puesto seria. Le molestaba la conversación, y habló en tono agrio:

-Gracias a que es una mujer ahorradora, reconócelo. En lugar de gastar lo que mi padre le dejó, ahora ha doblado el capital, así que no te quejes.

Él se encogió de hombros.

-No, si no me quejo... -aceptó, mientras ella salía del auto.

* * *

Cuando volvieron a casa por la tarde iban a ser las tres y media. El portero acababa de fregar el portal y salió a su encuentro. Era un hombre delgado, de mediana edad, y tenía el pelo blanco en una corta melena. Llevaba en la casa muchos años, y como era cumplidor y eficiente, gozaba de la simpatía de todos los vecinos. Llevaba puesto un mono de un azul eléctrico.

-Tendrán que subir por la escalera, el ascensor está averiado -les dijo, y el marido lo saludó con un gesto.

-Sí, ya lo sé -dijo, tomando del brazo a su esposa-. Son cosas que pasan...

Subieron por la escalera despacio, deteniéndose en cada descansillo, y cogidos de la mano llegaron al octavo, donde se detuvieron. Su respiración era agitada.

-Esto de vivir tan alto... -dijo él, y luego añadió-: Bueno, por otra parte, tenemos buenas vistas.

Se había adelantado, y a mitad de camino se volvió.

-Anda, la puerta no está cerrada -dijo.

Ella arrugó el ceño.

-Es una imprudencia, ella siempre la cierra. Qué raro...

Reflexionó un momento y entraron en la casa. Ella dejó el abrigo y el bolso en el perchero, y se dirigió al interior. Ya dentro, llamó en voz alta:

-¡Mamá!...

Como no recibió contestación, insistió:

-Mamá, ya estamos aquí. ¿Has comido?

De nuevo el silencio. El marido se había quedado rezagado y ella empujó la puerta de la cocina.

-Mamá..., pero ¿se puede saber dónde estás?

Extrañada, se dirigió al cuarto de baño. La puerta estaba entrecerrada y la luz apagada, así le dio al interruptor. De momento le pareció que no había nadie, pero enseguida se dio cuenta de que su madre estaba caída detrás de la bañera. Llevaba puesto un albornoz blanco, y permanecía inmóvil, boca abajo.

-¡Mamá!

Se abalanzó sobre ella y trató de incorporarla, pero algo en aquel cuerpo le hizo sospechar. Su madre estaba rígida, muy pálida y fría. Estaba de rodillas junto a ella y empezó a zarandearla.

-Contesta, por favor. ¿Qué te pasa?

Al cabo de unos minutos estuvo segura: su madre estaba muerta. La idea la dejó paralizada y muda: no podía ser, tenía que estar equivocada. La mujer tenía los grandes ojos azules abiertos, pero en ellos no había vida. En sus labios había un rastro de espuma, y había sangre en el albornoz. Ella trató de tranquilizarse, pero notó que estaba temblando.

-Por Dios, por Dios... -musitó.

Dejó en el suelo a la mujer y salió del cuarto de baño. Su esposo estaba en la cocina y ella llegó, trastabillando. Sin volverse, el hombre preguntó:

-¿No me dirás que está en la cama otra vez?

Ella rompió a llorar, desconsolada.

-¡Está muerta! -gritó.

El marido giró sobre sus talones.

-Pero ¿qué estás diciendo, mujer? ¡Cómo se te ocurren esas cosas! Vamos, vamos, tranquila.

Ella hizo un esfuerzo para contestar.

-Es verdad lo que te digo...

La hizo sentarse en una silla. Ella apoyó la cabeza sobre los codos, en la mesa, y siguió sollozando, mientras el marido le acariciaba suavemente el cuello.

-Bueno, vamos a ver. ¿Qué te hace pensar que está muerta?

Ella se irguió de pronto, con los ojos enrojecidos.

-Está muerta, no me cabe duda. Está fría... y tenía sangre en la nuca.

Comenzó a temblar de tal forma que le castañeteaban los dientes. Después de unos minutos pareció quedarse sin fuerzas, y se hubiera desplomado si él no la sujeta. Tenía las mejillas muy pálidas. La tomó en brazos, la llevó al dormitorio y la tendió en la cama. Su mirada tenía una expresión vaga y retraída.

-Vamos, vamos, mujer... -le dijo, besándola en la frente.

* * *

Se había acercado al teléfono y marcó unos números. Al otro lado contestó una voz femenina.

-Aquí la policía, ¿diga?

Hubo un corto silencio.

-¿Oiga? ¿Me está escuchando?

-Sí, le escucho. Ha llamado a la policía. ¿En qué podemos servirle?

Él carraspeó.

-Quería... quería denunciar un... asesinato.

La voz femenina se hizo más apremiante.

-¿Dice que alguien ha sido asesinado?

De nuevo, el hombre tardó en contestar.

-Sí, señora se trata de una mujer mayor que estaba sola en casa -continuó-. Necesito que vengan ustedes.

La voz de la mujer se volvió más sorda.

-¿Cuándo ha sido?

Ahora, el hombre contestó de inmediato.

-Ha sido esta mañana, entre las ocho y las tres de la tarde. Alguien ha debido llamar a la puerta, ella ha debido abrir, y quien sea la ha golpeado con algún objeto pesado.

Hubo un silencio tenso, en que se oía la respiración del que llamaba.

-Está muerta, seguro -añadió, y su mirada se ensombreció de pronto.

-¿Puede darme la dirección?

Él se la dictó, y recalcó que vivían en el octavo piso.

-No se preocupe, iremos enseguida.

Habrían pasado diez minutos cuando sonó el telefonillo. Él se irguió, se pasó la mano por la frente y corrió a abrir.

-Suba, es el octavo -dijo, y apretó el botón del teléfono.

-Sí, lo sabemos -le dijo una voz grave.

Se oyó el motor del ascensor, y antes de que nadie llamara él abrió la puerta. Del ascensor salieron cuatro hombres, dos uniformados. El que entró el primero parecía el jefe, y le mostró una placa. Llevaba gafas de carey y miró a su alrededor.

-Yo soy el inspector. ¿Es usted el que ha llamado? -preguntó.

Él dijo que sí con la cabeza.

-¿Ha habido robo?

El hombre asintió.

-Desde luego que sí, toda la casa está revuelta, y ha desaparecido una cantidad en billetes, que estaba en un cajón de la cómoda -dijo con lentitud-. El que fuera, ni siquiera se ha molestado en cerrar la puerta al salir.

-¿Dónde está la víctima? -preguntó el policía, y él lo condujo al cuarto de baño.

-Ahí la tiene, no hemos tocado nada, ignoro con qué la habrán golpeado.

Él se acercó y la estuvo mirando. Luego volvió al vestíbulo y se dirigió a sus compañeros.

-Doctor, es mejor que usted pase a verla. Y vosotros -les dijo a los otros-, podéis hacer fotografías y tomar muestra de las huellas, aunque dudo de que encontréis nada. Se han llevado el arma del crimen.

El médico era el último hombre que había entrado. Llevaba puesto un abrigo castaño, una bufanda a rayas, y calzaba mocasines.

-Desde luego, ahora mismo voy.

Todos se dirigieron al baño. El inspector ocupó uno de los sillones del salón y le hizo seña al hombre de que se sentara a su lado.

-¿Cómo piensa que ha entrado el ladrón?

Él contestó sin dudar.

-Sencillamente, llamó a la puerta y ella le abrió, no cabe duda.

-¿Cómo es eso?

El otro hizo un movimiento nervioso, y carraspeó:

-Al llegar sobre las tres y media, mi esposa y yo la hemos encontrado abierta, aunque estaba entornada y sin forzar -vaciló un

momento y luego siguió hablando despacio-. Yo ya iba a abrir con llave, pero me ha sorprendido que cediera sin más.

El policía lo miró de frente.

-¿La muerta era parienta suya?

-Sí, señor, era la madre de mi esposa. Mi mujer se encuentra indispuesta, todo a causa del gran golpe que ha sufrido. Está descansando en nuestro dormitorio.

El inspector reflexionó.

-¿Tienen ustedes hijos?

El hombre sacudió la cabeza.

-Tenemos una hija, pero no vive en casa ya. Se ha mudado con unas amigas.

-¿Ella sabe ya lo de su abuela?

-Sí, la he llamado desde el móvil, no tenemos teléfono fijo.

El policía pareció meditar.

-¿A qué se dedica usted, si no es indiscreción?

-Claro que no lo es. Siempre he sido soplador de vidrio, y ahora me he instalado por mi cuenta. Tengo un socio, y nos dedicamos a hacer objetos de adorno.

-¿Posee un local propio? -insistió el policía.

-Sí, claro, allí guardamos los materiales, y tenemos el horno.

-Y... ¿cómo le va el negocio?

El hombre se encogió de hombros.

-Pues... nada mal, ¿qué quiere que le diga? -manifestó con cierto orgullo.

-Perdone, ¿su esposa trabaja con usted?

Él hizo una profunda inspiración.

-No, cuando nos conocimos ella era ya auxiliar administrativa en una empresa. Lleva allí muchos años, y no quiere dejarlo, dice que no viene mal un sueldo fijo, aunque no sea muy elevado.

El detective asintió, pensativo.

-En eso tiene razón.

Apartó la mirada y la dirigió al cuarto contiguo. Se puso en pie y anduvo unos pasos.

-¿Puedo entrar?

-Sí, claro, no faltaba más.

La mujer seguía acostada sobre las almohadas, sudorosa y pálida. En la mesilla al lado de la cama había un tubo de pastillas. El esposo dijo desde la puerta:

-Le he dado un calmante. Eso la hará dormir, y se despertará más tranquila.

El otro asintió.

-Desde luego -afirmó, convencido.

* * *

Cuando volvió al salón, el policía tenía una mirada extraña. Volvió a sentarse y miró al hombre que estaba a su lado.

-Oiga, hemos estado hablando con el portero de la finca que nos ha contado hasta el último detalle... Tendría que preguntarle algo, si a usted no le importa.

-Sí, lo que usted quiera. ¿A qué se refiere?

-A algo que nos ha dicho, y que me ha llamado mucho la atención -dijo el otro en tono cortante.

-¿Y es?

Él lo miró a los ojos.

-Al parecer, cuando han llegado por la tarde, usted ya sabía que estaba descompuesto el ascensor.

El hombre frunció el ceño.

-¿Y?...

-Pues él me ha dicho que se ha averiado a las doce en punto. Lo sabe exactamente, porque una vecina se ha quedado colgada, y ha tenido que rescatarla. Dice que estaban dando las doce campanadas en el reloj de la iglesia vecina, que tiene un carrillón con música que suena a esa hora.

-Y, ¿qué tiene eso que ver?

El inspector se quitó los lentes y los limpió por fuera y por dentro.

-Pues verá: esta mañana cuando han salido ustedes, el ascensor estaba funcionando. No tenían ustedes teléfono en casa, luego la señora no pudo comunicarles la avería.

Los labios del hombre temblaron.

-¿Qué quiere decir?

El policía sonreía irónicamente.

-Quiero decir que usted sabía que estaba descompuesto, luego ha vuelto usted solo a la casa entre las doce y las tres y media de la tarde. Y que, en este espacio de tiempo, usted ha podido matar a su madre política...

El otro se había cruzado de brazos.

-Vaya imaginación -rio.

La puerta seguía abierta, y en aquel momento entró el portero sin llamar. Su mirada recorrió los rostros de todos los presentes, yendo a detenerse en el dueño de la casa. Había oído parte de la conversación y habló con voz profunda:

-Perdonen si les interrumpo -rogó.

El inspector se puso en pie.

-¿Quería usted algo?

-Pues... sí -dijo respetuosamente, y todos lo miraron.

-Pues mire, inspector, he estado pensando en todas esas cosas, y he llegado a la misma conclusión que usted: aquí el caballero ha tenido que volver a la casa después de las doce, porque sabía lo del ascensor -parpadeó-. En la casa no tienen teléfono, y no pudo hablar con su suegra.

El policía asintió, y el portero continuó despacio:

-Mientras yo estaba repartiendo el correo, que llega después de las doce, debió de volver a la casa, no puede ser de otra manera.

El inspector consultó las notas que había tomado Los datos coincidían en todos los detalles.

-Claro, tengo aquí su declaración -indicó.

La garganta del dueño de la casa profirió un ruido áspero. Cuando trató de encender un cigarrillo, su mano temblaba.

Yo... -murmuró.

-Siga, siga -le indicó el policía al portero.

-Seguramente abrió con la llave y llamó a la señora, que le contestó desde la cocina -dijo, frunciendo el entrecejo-. Debió de entrar con alguna excusa, y aprovechando que ella fregaba unos cacharros y estaba de espalda, cogió una botella y se la rompió en la cabeza.

El hombre se echó a reír.

-Vaya, era una magnífica ocasión -dijo, con una carcajada-. Lo malo, es que ninguno de ustedes tiene pruebas.

El policía se había puesto serio. Se quitó los lentes y los limpió por fuera y por dentro.

-Lo siento, pero voy a detenerle por el asesinato de su suegra -le dijo, acercándose-. Y no se resista, será mucho mejor.

* * *

El asilo

-Vas a estar muy bien, madre -dijo él-. Ya verás, es un sitio estupendo, allí vas a estar muy entretenida y muy bien acompañada.

Era un hombre fuerte, de cabellos pajizos, de unos cuarenta años, la boca más bien dura y gestos arrogantes. La esposa lo miró. Tenía la tez y el cabello oscuro, pero sus ojos eran de un azul turquesa.

-¿Estás completamente seguro?

-Pues claro que lo estoy -dijo tranquilamente él.

La anciana iba a cumplir setenta y cinco años. Había sido maestra hasta que se jubiló, y de eso hacía ya diez. Toda su vida había trabajado, y cuando se casó su única hija se fueron a vivir con ella, e incluso estuvo ayudando económicamente al matrimonio, hasta que él encontró trabajo. Se había despedido de las pocas amigas que le quedaban, porque muchas habían muerto.

Ella misma había perdido la movilidad y actualmente no salía, y se pasaba el día en la casa en su silla de ruedas.

Su nieta mayor estaba muy triste. Era una bonita niña de unos doce años, con la nariz respingona y la frente despejada, y el pelo peinado en dos coletas sueltas. Le daba mucha pena que la abuela se marchara de casa, pero al parecer era lo más conveniente para todos.

El pequeño, que tenía seis años, la quería mucho, pues prácticamente lo había criado, ya que la madre trabajaba también. El niño tenía los ojos azules, como su madre y su abuela.

-Desde que nació ha estado colgado de ella -decían en casa.

Un día el padre lo llamó y le hizo sentarse a su lado.

-Ven aquí, quiero decirte algo.

El pequeño acudió y se acomodó en sus rodillas.

-Tienes que pensar que ya eres mayor, ya vas solo con tu hermana al colegio... Ya va siendo hora de que te apañes por tu cuenta.

El día había amanecido espléndido. El sol brillaba deslumbrante y el cielo resplandecía. El termómetro marcaba una temperatura elevada.

-Hemos tenido suerte -dijo él-. Ya veréis lo agradable que es aquel lugar.

El camino se les hizo muy largo. Pájaros de brillante plumaje chillaban y trinaban en lo alto de los árboles, y había poco tránsito en la estrecha carretera.

Finalmente, había pasado algo menos de una hora cuando llegaron a una especie de finca vallada, y el auto se detuvo delante de una verja abierta. Un hombre uniformado estaba a la entrada.

-¿Vienen ustedes aquí? Pasen, por favor, pasen.

El marido condujo hasta el edificio interior, por un camino de arenilla. Ante ellos se elevaba un edificio de tres plantas, grisáceo. Era una casa antigua con muchas ventanas. El marido se volvió hacia el asiento trasero, donde iba su esposa con los niños.

-¿Has metido la bolsa de agua caliente? -preguntó.

Ella afirmó con un gesto. Estaba seria.

-Claro, todo está en la maleta.

Se detuvieron a la puerta del edificio, él se bajó primero seguido de su esposa y los niños, y al final él sacó la silla de ruedas y ayudó a la suegra a sentarse.

-Se ha hecho un poco tarde -dijo él, mirando alrededor-. No hay que entretenerse demasiado.

-Ya lo sé -dijo ella-. Tendremos que saludar al director y a las enfermeras...

-Sí, eso por supuesto.

La acompañaron dentro, preguntaron a un mozo dónde estaba la dirección y, tras saludar al matrimonio, él cogió la maleta y los condujo por un largo pasillo hasta una gran puerta de madera.

-Es aquí, el director está dentro. Yo llevaré la maleta a la habitación, no se preocupen.

El padre se volvió.

-Chicos, aguardad aquí, no tardaremos nada. Allí enfrente tenéis unas sillas.

Ellos obedecieron y esperaron un rato hasta que salió el director precediendo a la mujer y al esposo, que llevaba la silla. Era un hombre de perfil regular, bastante agraciado. Más bien alto y robusto, tenía el cabello negro y recortado y, a pesar de representar unos cincuenta años, tenía un aspecto juvenil. Sus ojos eran muy alegres.

-Seguro que se encontrará como en su casa -le dijo a la anciana, sonriendo-. Pronto tendrá un montón de amistades. Ahora, suban al piso de arriba y el enfermero les mostrará su habitación. No es individual, pero seguramente se encontrará así más acompañada. Pueden subir en el ascensor.

En la habitación había dos camas articuladas y dos armarios empotrados. Las colchas eran blancas de algodón, y junto a cada cama había una mesa de noche. Estuvieron colocando la ropa, mientras ella los veía hacer. Una enfermera que había entrado cogió la maleta vacía y la colocó en un altillo del armario.

-Si necesita algo, puede llamar al timbre y enseguida vendrá una compañera. No se preocupe, la ayudaremos a desnudarse y a vestirse, y la ducharemos por las mañanas. Y la bajaremos al salón cuando quiera. Allí puede ver la televisión, y el comedor está al lado.

La anciana sonrió.

-Muchas gracias, hijita. Eres muy amable.

El rostro enrojecido de la anciana no mostraba ningún asombro y sus ojos estaban secos, sin brillo. El hombre consultó su reloj de pulsera.

-Bueno, abuela, vamos a dejarla tranquila, debe descansar un poco -le dijo, y dirigiéndose a los niños-. Vamos, vosotros despediros de ella.

Los niños se precipitaron hacia la anciana, la abrazaron y la cubrieron de besos. La hija también la abrazó, y él le puso una mano en el hombro.

-Ánimo -dijo.

Ella los miró.

-Hasta la vista, hijos.

La anciana se quedó a la puerta de la habitación y ellos tomaron el ascensor de bajada y salieron del edificio.

Cuando ya estaban en el coche, el niño se echó a llorar con desconsuelo.

-Pero ¿qué es lo que te pasa ahora?

El pequeño lo miró con ojos llorosos.

-Papá...

-Dime, ¿qué te pasa?

Él se quedó pensativo.

-Oye, ¿aquí admiten hombres?

El padre se volvió, extrañado.

-¿Cómo dices?

El pequeño había dejado de llorar y estaba muy serio. Contestó:

-Lo pregunto, para saber si cuando tú seas viejo puedo traerte aquí también...

* * *

El cristal

Era un jueves a las cuatro y media de la tarde, y hacía calor en la comisaría. La voz de una mujer sonaba histérica en el teléfono. El policía al otro lado trataba de entenderla, pero sus palabras eran entrecortadas por los gemidos.

-Tranquilícese, oiga -le rogó-. Así no vamos a ninguna parte.

Ella lloraba ahora desconsoladamente, pero se sobrepuso y habló con voz débil.

-Mire, yo...

El hombre suspiró.

-Señora, por favor...tome aliento, no le entiendo nada. Respire hondo, y cálmese.

-Sí...sí.

-Eso está mejor. ¿Me puede decir lo que ocurre?

Ella tardó unos segundos en contestar:

-Pues... verá, acabo de venir de la calle y me he encontrado a mi suegro... muerto.

El policía arrugó el ceño.

-¿Cómo dice? ¿Tenía alguna enfermedad?

Ella carraspeó.

-Él... No, señor, estaba sano, aunque tenía muchos años, pero hoy…

Hubo un silencio tenso.

-¿Está su marido en casa?

-No, mi esposo murió hace dos años.

Se detuvo un momento y continuó con voz monótona:

-Era sordomudo, estaba empleado en una escuela de equitación.

El otro siguió preguntando:

-Entonces, ¿vivía sola con él?

Ella respiró profundamente.

-Sí... -el hombre tosió.

-Estaría jubilado, ¿no?

-Sí, claro, era bombero. Pero vengan pronto, por favor.

-Si nos dice las señas...

Ella se las dio.

-Es un primer piso, mirando a la calle. No tarden, por favor.

-Está bien, está bien.

Se trataba de un barrio agradable y tranquilo, un barrio de casas antiguas. Cuando llegaron, ella los aguardaba a la puerta. Era una mujer cejijunta, de labios delgados. Llevaba un moño cuidadosamente peinado hacia atrás.

-Ah, ya están aquí -suspiró.

Los cuatro policías iban de paisano. Entró primero el inspector jefe, un hombre corpulento, con la cara de un color encendido, y los ojos color uva bordeados de rojo. Tenía las patillas largas y canosas.

-¿Es usted la persona que nos ha llamado?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y apretó fuertemente sus labios temblorosos. Él repitió en voz más alta la pregunta.

-Sí, señor, yo soy -respondió la mujer con la respiración entrecortada.

El vestíbulo era una habitación muy reducida. Tenía una pequeña consola con su espejo y dos sillas con el asiento de rejilla.

-Pasen, por favor.

El pasillo estaba saturado por el olor de habitaciones sin ventilar. Ella los hizo pasar al cuarto de estar, donde había un televisor encendido, mostrando un partido de fútbol. Enfrente, en un sillón tapizado en cretona y manchado de sangre, estaba sentado un anciano con la cabeza hacia adelante y una herida en la nuca.

El hombre era casi calvo, y vestía una bata a cuadros grises y blancos. Era delgado y aparentaba unos setenta años. Uno de los recién llegados señaló la herida del cuello.

-Vaya un golpe, le han dado con ganas -dijo, y la mujer se estremeció.

El inspector miró alrededor. Debían haberlo golpeado con un atizador, que estaba en el suelo, aunque la chimenea estaba apagada.

-Bueno, vamos a ver...

El policía se había acercado y le tomó el pulso. Movió la cabeza a ambos lados.

-Sí, es verdad que está muerto. Y la explicación está a la vista. ¿Sospecha usted de alguien que haya podido hacer esto?

Ella se aclaró la garganta.

-Yo no sospecho nada, solo sé que quien sea lo ha golpeado con el atizador.

Él le lanzó una mirada dura.

-Eso está claro. señora, ¿estaba viendo el partido?

Ella afirmó con un gesto.

-Sí, era lo único que le distraía, ver partidos de fútbol. Siempre había sido muy aficionado, lo mismo que mi esposo. En cambio, yo...-el inspector tosió.

-Claro, es natural.

Ella miró de reojo el cadáver.

-De milagro no me encontraron en casa.

El hombre arqueó las cejas.

-Afortunadamente, sí.

Ella contuvo la respiración y miró hacia otro lado.

-No crea -musitó-. Cuando pienso que si hubiera venido antes habría podido impedirlo... De verdad, en cierto modo me siento culpable.

El policía estuvo un momento mirando la pantalla y luego desconectó el aparato. Buscando el teléfono dio un vistazo alrededor. Se volvió hacia sus hombres.

-Yo avisaré al forense y al juez -indicó-. Haced lo vuestro, tomad fotografías, y a ver si encontráis huellas dactilares, sobre todo en el atizador.

La mujer intervino:

-Bueno, tendrá las mías y también las de él... Los dos lo utilizábamos.

Él asintió.

-Sí, claro, ya me lo imagino. Pero, de todas formas, quiero esas huellas. ¿Entendido?

Mientras aguardaban al médico y al juez, el inspector estuvo entrevistando a los ocupantes del edificio. Empezó por las otras tres puertas que había en el descansillo, pero nadie había visto nada. Luego llamó a los pisos altos, pero nadie había advertido nada fuera de lo normal.

La mujer intervino:

-Han debido entrar por el balcón -sugirió-. Como es un primer piso no es difícil trepar por la reja que tiene el entresuelo y saltar ahí. Mire, el cristal está roto -añadió, corriendo el visillo.

La puerta que daba a una terraza estaba entreabierta.

-¿Podemos ver el resto de la casa? -preguntó el policía.

-Sí, pasen por aquí -indicó la mujer.

Aquel hombre de ojos fríos e impacientes y de boca severa, no le caía bien. El pasillo estaba medio a oscuras y ella encendió la luz. Había un pequeño dormitorio al fondo junto a la cocina, que tal vez se había proyectado como dormitorio del servicio. Encendió otra luz.

-Ahí dormía él -señaló-. Mi esposo y yo ocupábamos el de la derecha, pero ahora duermo ahí yo sola.

Él entró en el cuarto pequeño. Era una simple habitación larga y estrecha, sin adornos y sin ninguna ventana. Había una cama de metal y un pequeño armario empotrado.

Luego dio un vistazo al otro cuarto, mucho mayor que el anterior. Tenía una cama de matrimonio antigua, de caoba al parecer, en forma de góndola, con los pies más bajos que la cabecera. Había dos mesillas de noche, una cómoda panzuda y un

sillón a juego con la cama, enfrente de un gran armario de luna. Y tenía una ventana a un patio.

-¿Quiere ver la cocina? -preguntó la mujer-. Está aquí, y a continuación el cuarto de baño.

Las camas estaban hechas, la cocina limpia, y el pequeño cuarto de baño muy limpio también. El apartamento mismo era pequeño, con muebles casi todos baratos, limpio y ordenado casi con exageración. Dio una vuelta observando los rincones, registrando los armarios, mirando debajo de las camas y hasta en la ducha con mampara del cuarto de baño. El registro no reveló nada en absoluto.

En aquel momento llamaban a la puerta y se presentaron el médico y el juez.

-Ah, ya están aquí, pasen -indicó el policía.

El doctor estuvo observando un buen rato al hombre que yacía en el sillón, y se fijó sobre todo en la nuca, donde mostraba la profunda herida que había sangrado abundantemente tiñéndole la bata, el respaldo, y hasta en el suelo de losas amarillas se podía distinguir un goteo de sangre.

-El golpe es mortal, desde luego, como verán. De eso no cabe la menor duda.

El juez estuvo pendiente del doctor y, cuando este acabó, dio la orden de que levantaran el cadáver. Se dirigió al facultativo.

-Usted me comunicará el resultado cuando efectúe la autopsia, aunque en un caso así no creo que fuera necesaria -observó-. De todas formas, le agradeceré que me tenga al corriente.

-¿Quiere que le lleve? -le dijo después-. Tengo el coche a la puerta y llevamos el mismo camino.

Los policías habían terminado y el inspector se volvió a los suyos.

-Podéis marcharos vosotros también -indicó, y uno de ellos emitió un suspiro de alivio.

-Cuánto se lo agradezco, jefe. Llevo veinticuatro horas sin dormir.

Él sonrió.

-No hace falta que me lo jures -dijo.

Habían vuelto al cuarto de estar. y el cadáver del hombre seguía en su sitio, esperando a que la ambulancia se lo llevara. El inspector observaba los muebles, la alfombra un poco desgastada, la puerta que daba paso a la terraza.

-Ciertamente, el asesino ha entrado por aquí, no cabe duda. Lástima que no haya llovido en los últimos días, hubiera dejado huella de pisadas.

Dejó vagar la mirada y agregó:

-El que fuera entró, y aquí lo golpearon -terminó en voz baja.

Salió por la puerta a la terraza desde donde se veía perfectamente la calle. Era céntrica, y bastantes personas caminaban por las aceras. Como era un piso bajo, los autos al pasar producían un fuerte ruido.

-No me extraña que tengan ustedes la puerta siempre cerrada, si no sería insoportable -observó.

Dio unos cuantos pasos y algo crujió a sus pies. Se dio cuenta de que había pisado un cristal. Volvió la mirada, y al otro lado de la puerta vio a la mujer que seguía en el cuarto de estar. Se quedó pensativo.

-Hay algo que no cuadra...

El cielo aparecía todavía azul y no había una sola nube. Una ambulancia había entrado en la calle y vio cómo se detenía a la entrada de la casa. En efecto, al momento sonó el timbre y la señora de dispuso a abrir. Hubo un ligero murmullo en el vestíbulo y a poco dos enfermeros con una camilla entraron en el cuarto de estar.

-¿Podemos llevárnoslo ya?

Él habló desde la terraza.

-Desde luego, tenemos la orden del juez.

Habían pasado tres horas desde que llegaron, y fuera se oyeron unas campanadas que daban las ocho de la tarde. El inspector estaba cansado y hambriento, pues cuando lo avisaron acababa de llegar de la calle y estaba sin comer. Sus hombres ya se habían marchado hacía rato. Dispuesto a irse, entró de nuevo en la casa y se dirigió a la salida, acompañado por la dueña de la casa. Había un par de sillas en el vestíbulo y se dejó caer en una, agotado.

-Bueno, un pequeño esfuerzo... -suspiró-. Vaya día que llevo. Encima, mis hombres se han llevado el coche y tendré que ir andando.

Ya había abierto la puerta y se disponía a dejar la vivienda, cuando se detuvo un momento.

Sus verdes ojos estaban brillantes, y sus cejas se alzaron.

-Señora, siéntese, por favor.

-¿No hemos terminado todavía? -preguntó ella, recelosa, y él movió la cabeza.

-A ver, de repente me asalta una duda.

-¿Una duda? ¿Qué dice? Creí que ya estaba todo claro, por Dios.

-Bueno, las cosas parecen estar claras, pero...

-Pero ¿qué? Me tiene usted en vilo.

-He estado pensando... No sé si usted se ha fijado en ese detalle. Parece una tontería, pero a veces los detalles más tontos nos ayudan a saber la verdad.

-¿A qué se refiere?

-¿A usted no le ha chocado nada?

-Hombre, me ha chocado que alguien haya sido capaz de matar a mi suegro. ¿Le parece poco?

-No me refiero a eso, sino a algo que he observado cuando he salido a la terraza.

-No dirá que había alguien allí... ¿Qué es lo que ha observado?

-Pues... verá. Me ha parecido que pisaba un cristal.

-Hombre, es natural, alguien ha roto el de la puerta, eso ya lo sabemos. ¿Entonces?... El hombre se había puesto en pie.

-Hemos pasado por alto una cosa importante, nadie se ha dado cuenta.

-¿Y qué es?

Él hizo un gesto vago.

-Pues es que el cristal fue roto desde dentro, por eso los fragmentos están en la terraza -pronunció despacio-. Lo siento, señora, pero he de decirle que es usted quien ha matado a su padre político...

* * *

El enfermo

Dos hombres habían pedido hora en la consulta de un famoso doctor. Vivía en el centro de la ciudad, y su consulta ocupaba una planta de un hermoso edificio antiguo. Subieron unas escaleras de mármol y se detuvieron ante una gran puerta que contenía el rótulo del facultativo. Llamaron al timbre, y una enfermera joven vestida de blanco les abrió la puerta.

-Tenemos hora dentro de unos minutos -dijo el más alto de los dos-. Espero que pueda recibirnos.

-Sí, claro, pasen -dijo ella-. Pasen al despacho.

Les hizo pasar a una habitación grande, con las paredes recubiertas de madera oscura. Había varios asientos confortables, y un par de sillones cerca de una gran mesa de nogal donde estaba sentado el médico.

A un lado de la habitación había una camilla para el reconocimiento, y en las estanterías libros y algunas figuras de adorno. También había una vitrina de cristal transparente con instrumental médico y quirúrgico como un estetoscopio, un manguito para medir la presión arterial o un martillo de reflejos. Al verlos el médico, que estaba sentado a la mesa, se puso de pie.

-Buenas tardes -les dijo-. Hagan el favor de sentarse.

-Buenas tardes, doctor -dijo el hombre más alto, acercándose y dándole la mano, que el doctor no cogió.

-Perdone que no responda a su saludo, pero lo hago por higiene...

El otro sonrió.

-Claro, claro, no se preocupe.

El acompañante era un hombre bastante delgado. Tenía la nariz aguileña, y sus ojos azules permanecían tranquilos dentro de profundas cuencas. El médico les indicó de nuevo que tomaran asiento.

-¿Qué se les ofrece? -les dijo.

El más bajo estaba en silencio y observaba con curiosidad alrededor. Su compañero tomó la palabra.

-Pues... verá. Este amigo va a casarse con mi hermana...

-Ah, enhorabuena -sonrió el doctor-. Y, ¿cuál es el problema? ¿Padece alguna enfermedad? El hombre denegó vivamente.

-No, no, de eso se trata, pero es un hipocondríaco total y está muy preocupado...

-Preocupado, ¿por qué?

El interesado callaba, y fue el otro quien explicó:

-Al parecer, hay casos de cáncer en su familia, y en cuanto tiene el más mínimo dolor lo achaca a algún tumor maligno. Le aseguro que es un sinvivir.

El médico rio abiertamente.

-Vaya, vaya. ¿Con que esas tenemos?

El otro siguió:

-Y no solo eso, sino que teme padecer del corazón, y más de una vez se ha angustiado temiendo tener una angina de pecho.

-Y, ¿siempre ha sido así?

Finalmente habló el interesado.

-Sí, desde que tengo memoria, y no puedo evitarlo -dijo-. Pero ahora que voy a casarme me preocupo mucho más que antes. No

es raro que sienta un gran dolor en el pecho, que a veces me llega hasta el brazo izquierdo... ¿Eso no es grave, doctor?

El médico se le quedó mirando y movió la cabeza.

-A veces se trata tan solo de una contracción muscular -explicó-. ¿Le han hecho alguna prueba?

Él tardó en contestar.

-Pues mire, no. Pero, por más que pretenden tranquilizarme mis amigos, no lo consiguen.

Su compañero intervino de nuevo:

-Por eso le he dicho que tenía que venir sin falta. Usted es un médico de mucho prestigio, y creo que un certificado suyo de que no tiene nada podría tranquilizarlo.

El médico se había puesto en pie. Llevaba un pantalón blanco y una chaqueta a juego. Era el mayor de los tres, tenía el cabello rizado y canoso, pero su rostro carecía de arrugas.

-Está bien, para eso tendré que hacerle una analítica completa, y una serie de pruebas de todo tipo. No va a ser rápido, tendrá que venir a la consulta varias veces para hacerlo todo.

Los dos hombres se habían levantado también.

-No importa, doctor. Haré lo que sea -dijo él.

-Muy bien, le diré lo que haremos: tenemos que hacer un electro, varias radiografías, ecografías y estudios endoscópicos. Hoy puedo empezar extrayéndole sangre.

El hombre asintió.

-Muy bien, cuando quiera.

Quedaron en volver al día siguiente y lo hicieron luego cada dos o tres días. Habían pasado dos semanas desde la primera visita, cuando el interesado recibió un correo diciendo que podía recoger

todas las pruebas. De nuevo, los dos hombres acudieron juntos a la consulta y el médico los recibió con una amplia sonrisa.

-No tiene nada en absoluto, ningún padecimiento -aseguró.

-Es un hombre completamente sano.

Imprimió algo en el ordenador, metió las hojas en un sobre y se lo tendió.

-Puede casarse con toda tranquilidad, va a sobrevivirnos a todos -terminó, riendo.

* * *

Se había celebrado la boda en el juzgado, sin más invitados que el hermano de la novia, la madre del novio y un matrimonio amigo, que ejercieron de padrino y madrina. Tampoco hubo celebración, y todos se fueron directamente a casa.

El hombre alto acompañó a la pareja. Se despidió del novio con un abrazo y de su hermana con dos besos en ambas mejillas. Como él, la mujer era alta y delgada y tenía los mismos ojos azules.

-Nos vemos, espero que todo os vaya muy bien -sonrió.

Lo más extraño fue que los dos cónyuges no se acostaron juntos, sino que lo hizo cada cual en una cama en habitaciones distintas. Sí que salieron de viaje, y estuvieron fuera algo menos de quince días, siempre en habitaciones de dos camas.

-Tenemos que volver -le había dicho ella-. Se me acaba el permiso, y tengo que regresar al trabajo.

-Está muy bien -le dijo él, y así lo hicieron.

Pasó el tiempo y, aunque vivían juntos, seguían durmiendo separados. Iban a cumplirse dos meses cuando una mañana ella se

levantó temprano y, antes de marcharse a trabajar, pegó en la puerta del marido.

-Hasta luego -le dijo-. Sigue descansando.

Se detuvo un momento y aguardó. Pegó nuevamente en la puerta y, al no recibir contestación, abrió y se dirigió hacia la cama.

-¿Te ocurre algo? -preguntó, pero el hombre no se había movido, y ella pareció alarmarse.

-Vamos, despierta. ¿Qué te pasa?

Levantó las mantas para tomarle el pulso, y comprobó que no latía. Después de unos momentos se fue al salón, cogió el teléfono y marcó unos números. Al otro lado oyó la voz de su hermano. Le dijo en voz baja:

-Mi marido ha muerto, ¿qué hago?

Él carraspeó.

-Debes llamar al médico enseguida, yo voy para allá.

-Ven enseguida -dijo ella-. No tardes.

-Ahora mismo voy.

Al rato llamaron al timbre, ella abrió y vio que era el hermano el que llegaba.

-El médico no ha venido aún...

Él apoyó la mano en su hombro. Vio que estaba llorando.

-Hermana -dijo-, ahora debes tener mucha calma. ¿Has llamado a un médico?

Ella asintió con la cabeza y se limpió los ojos y la nariz con un pañuelo.

-He llamado al centro de salud -se detuvo un momento y gimió-: Pobrecillo. Le había cogido cariño, de veras. Era tan amable...

Él la besó en la frente.

-Eso está bien. Esperemos a ver qué dice el médico. ¿Has avisado en tu oficina?

Ella tosió.

-Claro, es lo primero que he hecho.

Había entrado en el dormitorio y le tocó el cuello al cuñado. Movió la cabeza a ambos lados.

-Sí que está muerto, pobre hombre. Habrá que avisar a la madre, y va a ser un golpe durísimo. A ella le había ocultado su enfermedad, y va a ser una dolorosa sorpresa.

La hermana lo miró de frente.

-¿Tampoco sabe lo del dinero? -preguntó, y él negó con un gesto.

-Desde luego que no. No lo hemos comentado con nadie.

De nuevo llamaron a la puerta y esta vez era un hombre robusto, de rostro redondo y un bigote negro y recortado.

-¿Me han llamado ustedes? -preguntó-. Perdonen mi tardanza, he tenido que hacer otra visita de paso. ¿Dónde está el enfermo?

-Pase por aquí, doctor -le indicó la mujer con los ojos llorosos.

Él entró en la habitación, lo estuvo reconociendo con calma, y cuando volvió tenía una expresión preocupada.

-Siéntese, señora. Tengo que decirle que su esposo...

Ella lo miró fijamente.

-¿Qué tiene que decirme? Dígalo pronto, por favor. ¿Está mal?

Él hizo un gesto de asentimiento.

-Su esposo está muerto, señora -explicó-. Según mi opinión ha fallecido de un ataque cardíaco, por una enfermedad coronaria. En estos casos, el color de la piel se vuelve azul violáceo...

-¿Se trata de un infarto? -preguntó el hermano, y él asintió.

-Es lo mismo. Si el corazón no recibe suficiente oxígeno, el músculo cardíaco acaba muriendo y así sobreviene la muerte. No tengo la menor duda, y para que conste les firmaré un certificado.

* * *

Al funeral del fallecido asistieron los compañeros y amigos de la esposa, además de algunos vecinos. En cuanto a la madre, estaba tan consternada por la muerte que la nuera y su hermano le aconsejaron que no acudiera al cementerio.

-Debe quedarse en casa, será demasiado emotivo, y puede dañarla -le dijo la mujer-. Yo trataré de visitarla a menudo, y sabe que estoy para lo que necesite. No dude en llamarme...

-Eres muy amable, querida. Tú también estarás muy triste, es terrible quedarse viuda de recién casada...

Al cabo de unos días, el hermano se presentó en su casa. Ella lo hizo pasar a una pequeña habitación, apenas amueblada. Los pocos muebles eran muy sencillos, y todo en la casa respiraba un aire de pobreza.

-Siéntese, por favor -le indicó, y él lo hizo a su lado.

-Señora, sé que lo que voy a decirle no la consolará de su pena. De todas formas, le comunico que su hijo tenía un seguro de vida por una buena cantidad. Y lo hizo con la condición de que la mitad del dinero sería para la esposa, y la otra mitad para usted.

Ella lo miraba con incredulidad.

-¿Qué me está diciendo? ¿Un seguro de vida? Pues... no me había dicho nada.

-Es natural -le dijo él-. Tampoco pensaba morirse tan pronto. Pero ya que es así, yo mismo puedo acompañarla al banco para abrir una cuenta, y ahí le ingresaremos el dinero. Con el producto de esa cantidad podrá vivir con desahogo el resto de su vida.

Habían pasado quince días cuando el teléfono del hombre comenzó a sonar. La voz al otro lado le resultaba conocida.

-¿Ya habéis cobrado el seguro? -preguntó.

Él estaba asombrado.

-¿Quién es usted? ¿Qué dice?

El otro habló suavemente.

-Sabe muy bien a qué me refiero, al seguro que ha cobrado su hermana por la muerte de su marido.

Él notó que todo su cuerpo se tensaba.

-No sé de qué me habla -murmuró, y la voz sonó con más fuerza.

-Claro que lo sabe, y me consta que tienen el dinero. ¿Se creen muy listos, ¿verdad? Ya me los imagino frotándose las manos y pensando que todo ha salido muy bien. Ustedes cobran el seguro y se van de rositas, ¿verdad?

Él tardó en contestar.

-¿Qué es lo que quiere? -dijo.

El otro siguió hablando con firmeza.

-Quiero la mitad -contestó-. Quiero mi parte, creo que tengo derecho.

El hombre arrugó el ceño.

-¿A qué derecho se refiere, si se puede saber?

-Yo me presté al reconocimiento. De ninguna manera le hubieran concedido un seguro al hombre que se casó con su hermana. Era un enfermo terminal, ¿no es así?

-Usted no tiene derecho a nada...

El otro soltó una risita.

-Ustedes verán... Casó a su hermana con un enfermo terminal para cobrar el seguro de vida, pero tuvo que presentar a reconocimiento a un hombre sano, y lo hicieron conmigo. Y aquí me tiene, dispuesto a reclamar mi parte.

Él agachó la cabeza y no dijo nada. La voz prosiguió:

-Sería muy fácil para mí hablar con la policía y contarles lo sucedido. No solo tendrían ustedes que entregar el dinero, sino que ambos acabarían en la cárcel por fraude al seguro...

* * *

El lugar

La muchacha había aparecido muerta junto a unos acantilados rocosos. El lugar estaba cercano al cabo Finisterre, en la Costa de la Muerte, salpicada de abruptos precipicios y de extensas playas de ensueño, visitadas solo en pleno verano por los habitantes de los pintorescos pueblos marineros.

La leyenda de esta costa se había forjado a base de naufragios desde el principio de los tiempos, pues en época de los romanos ya era considerada el fin del mundo, allá donde el sol se hundía en el océano.

La había encontrado un pescador, quien enseguida marchó corriendo hacia la casa más cercana que tenía teléfono, a fin de comunicar a la policía su hallazgo. Eran las tres de la tarde, a últimos de mayo.

Un equipo de agentes no tardó en llegar. La chica estaba boca abajo, pero tenía la cabeza de lado y los brazos doblados bajo el cuerpo.

El inspector jefe se inclinó sobre ella. Tenía los ojos verdes muy abiertos, como en un gesto de terror, y pudo darse cuenta de que sus mejillas estaban cubiertas de pecas. Era muy bonita, y tenía el cabello de un tono castaño rojizo. Vestía una blusa de algodón blanco y una falda estampada, y se le habían salido las sandalias.

-¿No es esta la hija del marino? -le preguntó a su compañero, que se encogió de hombros.

-¿A qué marino te refieres? No tengo ni idea.

Él se quedó pensativo.

-Sí, seguro que es ella, es inconfundible, y se parece mucho a su padre.

-¿Y tú lo conoces?

El otro asintió.

-Claro, en esta zona lo conoce todo el mundo. Cuando se jubiló, y antes de quedarse viudo, se compró la casa más grande del pueblo. Tú no sabes quién es, porque vienes de fuera. Es un marino muy respetado, que ha ejercido puestos importantes en varios submarinos... tiene varias medallas.

-¿La madre ha muerto, dices?

El inspector afirmó con un gesto.

-Sí, la madre y un hermano murieron en accidente de automóvil, así que ella vivía en la casa solo con su padre. Va a ser terrible para él.

-Algunos tienen una suerte perra, ¿no crees?

-Sí, y él es uno de ellos.

Habían avisado al forense y al juez, que llegaron a las cinco en punto.

Estuvieron reconociendo a la chica, mientras los policías se dedicaban a registrar el paraje. Era un lugar muy elevado, como había muchos por allí, y tan rocoso que apenas crecía la vegetación. Solo había cerca un gran árbol de tronco retorcido.

La impresión causada por el hecho se reflejaba en los rostros del juez y de los investigadores. El juez no dejaba de mirar el cadáver, moviendo la cabeza como si no creyera lo que estaba viendo.

-Si les parece, yo le daré la noticia a su padre, es amigo mío. Me espanta la idea, pero creo que va a ser lo mejor.

Todos asintieron. El forense estaba inclinado y les hizo un gesto con la mano para que se acercaran.

-Yo diría que alguien la ha estrangulado con sus propias manos. Vean las moraduras que tiene en el cuello.

El inspector notó que, bajo el sudor de su camisa de franela, su espalda estaba fría.

-Es lo que me había parecido -afirmó.

* * *

A última hora de la tarde, el juez consiguió por fin hablar con su amigo. Estaba seguro de que al día siguiente el suceso aparecería en primera página de todos los periódicos, y quería adelantarse, por encima de todo.

-Ah, ¿ya estás en casa? Menos mal...

-Perdón, veo que me has llamado varias veces. He estado ocupado todo el día, por eso no me has encontrado. ¿Qué se te ofrece?

El juez carraspeó.

-¿Podría verte ahora?

El marino contestó enseguida.

-Claro, cómo no. ¿Dónde nos encontramos?

El juez hizo una pausa.

-Bueno... había pensado que nos podemos ver en tu casa. ¿Te parece?

-Está bien, como quieras.

Tuvo que hacer gala de toda su prudencia para comunicarle la noticia. Notaba un nudo en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para expresarse con serenidad.

-Siéntate, por favor -le indicó a su amigo.

-Era... tengo que hablarte de tu hija.

Los pálidos ojos verdes se clavaron en los del juez.

-¿Mi hija? ¿Qué ocurre con ella? La he despedido esta mañana temprano, y desde entonces no he vuelto a verla. ¿Le ha ocurrido algo?

El juez estaba muy serio y le costaba empezar. El marino habló fría y calmosamente.

-Vamos, habla ya. ¿Qué tienes que decirme?

El juez se limpió las gafas con el pañuelo. Tenía los ojos llorosos.

-Pues verás...

Empezó a hablar despacio. Con voz entrecortada le estuvo explicando lo ocurrido mientras su amigo permanecía muy quieto, con la vista perdida, mirando a un punto lejano.

-¿Dónde está ahora? -preguntó-. Quiero verla.

Fueron juntos a la morgue y el forense los recibió afablemente. No tuvo más que levantar un ángulo de la blanca sábana y apareció el rostro de la chica, muy pálido. El padre se la quedó mirando y rompió a llorar con desconsuelo.

-¿Quién ha podido hacerlo? -gimió-. ¿Qué bestia ha podido matar a mi hija?

-De momento no sabemos nada, pero no cejaremos hasta dar con el culpable. Lo detendremos, puedes estar seguro.

Él movió la cabeza, dubitativo.

-¿Y quién me la devuelve? -susurró-. ¿Quién me la devuelve?

* * *

Aquella misma tarde, el inspector que había asistido al levantamiento del cadáver y los agentes que lo acompañaban fueron recibidos por el comisario jefe de la brigada de investigación criminal. El inspector tomó la palabra, y estuvo contando las circunstancias en que la habían hallado, y todos los detalles de la investigación.

-El padre es un hombre muy conocido en la región -indicó-. Es un marino muy condecorado, por lo que el caso dará mucho que hablar. Los periodistas ya estarán indagando por su cuenta...

El comisario se demoró en hablar.

-Esto es muy serio -dijo-. Es prioritario, hay que poner toda la carne en el asador. Usted, con dos de sus ayudantes, tienen que comenzar sin demora. Encuentren al culpable, si no los periodistas nos van a crucificar.

-Desde luego, señor. Ya he puesto a dos policías de paisano a indagar en la vida de la chica. Por de pronto, sabemos que había dejado a un antiguo novio, y que en una fecha próxima iba a contraer matrimonio con otro.

El comisario se había levantado y giró sobre sus pies.

-Ah, ¿sí? Y, ¿quién iba a ser el afortunado? ¿Lo saben?

-Sí, señor. Se trata de un marino joven, que había sido ayudante del padre.

-¿Qué saben de él?

-Pues, al parecer es un hombre muy serio y trabajador. Parece que es muy inteligente, y que estaba muy enamorado de ella. Está fuera de toda sospecha.

En aquel momento entró un policía, y tomó asiento tras una mesa auxiliar, ante una máquina de escribir. El comisario insistió con voz seca:

-Que alguien vigile el lugar del crimen las veinticuatro horas. Pueden irse turnando, pero no quiero que dejen de vigilar ni un minuto, lo mismo de noche que de día. Ustedes verán cómo lo hacen. Hay que controlar el lugar del hecho, pues el criminal suele volver.

El inspector arrugó el ceño.

-¿Es posible que vuelva?

El otro asintió.

-Por raro que parezca, lo es. Es algo así como un juego macabro entre el ratón y el gato, y no solo una vez, sino varias. Es increíble, pero sucede a veces. Puede ser para asegurarse de no haber olvidado nada que pueda incriminarlo, o para vigilar y escuchar si la policía tiene pistas...

-Parece mentira, qué cosas.

El jefe añadió, sonriendo:

-Y hasta, a veces, vuelve para sentirse orgulloso de la "victoria" que ha obtenido al salir impune de su crimen...

El inspector pareció recordar.

-Señor, hay cerca un gran árbol, un árbol retorcido y musgoso. Creo que será un buen sitio para observar todo el lugar. No se preocupe, se hará como lo dice.

-Está bien, está bien.

Segundos después, el comisario abandonó el recinto y todos lo siguieron. Esa misma noche empezaron los turnos, pero llegaron las doce del mediodía siguiente y nadie había aparecido por allí. El

propio inspector fue quien hizo el relevo. Estuvo todo el resto del día, y cuando venían a sustituirlo se negó a abandonar.

-No estoy cansado, y he traído bastante comida. Me quedaré esta noche, pueden venir por la mañana.

-Está bien, hasta mañana pues.

Había sido una noche estrellada y tranquila. El inspector se había acomodado en el hueco del viejo tronco, desde donde dominaba todo el lugar. Se oía únicamente el murmullo de las olas al chocar con el acantilado. Aunque intentaba permanecer despierto, cabeceaba a intervalos, pero aun así sus oídos estaban atentos. Sabía que pronto, quizás al día siguiente o quizás durante la noche, ocurriría algo especial.

Poco después de las cuatro de la madrugada el viento arreció. Eran las cinco y media cuando oyó unos pasos que se aproximaban desde lejos. Se quedó inmóvil, expectante, mientras los pasos se acercaban, y al mismo tiempo distinguió la luz de una linterna que zigzagueaba.

-Amigo, ya estás aquí -susurró, poniéndose tenso.

Los pasos y la luz se fueron acercando hasta llegar al lugar preciso donde había muerto la chica. Aguardó, hasta que la sombra de un hombre se destacó en lo alto del acantilado. El recién llegado estaba recorriendo el lugar y, ayudándose de la linterna, iba enfocando cada piedra del camino.

Súbitamente, había crujido una madera a su espalda. Se volvió, mirando, pero no vio a nadie y, aun así, se estremeció en la oscuridad de la noche. El ruido de las olas era ahora más fuerte que antes.

El policía había abandonado su escondite. Caminó sobre las puntas de los pies, furtivamente, y se encaró con él, que emitió un grito a la vez que retrocedía.

-¿Qué hace usted aquí? -preguntó el agente en voz alta-. Este no es sitio para venir a pasear a estas horas...

El otro lo miraba, atónito. Apagó la linterna, pero el inspector encendió la suya, mucho más potente, y con ella le alumbró la cara. Se trataba de un hombre joven, bien parecido. Era delgado, de tez morena y cabello negro y rizado. Llevaba puestos pantalones tejanos, una camisa deportiva de color azul pálido, y una chaqueta de pana azul oscuro de aspecto barato.

-Vamos, contésteme. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

El muchacho permaneció en silencio porque no tenía nada que decir. Inclinó la cabeza y sonrió como si fuera un autómata.

-Yo... no he perdido nada -susurró.

-Entonces, ¿qué hace? ¿A qué ha venido entonces?

-Pues... estaba paseando.

El policía habló con voz cortante.

-¿Paseando, a estas horas y en este lugar? ¿Y yo me lo voy a creer?

El chico asintió, inclinando compungido la cabeza. Fijó un instante la mirada en su interlocutor.

-Bueno, yo... quería...

Su mente estaba turbia. Permanecieron allí los dos, de pie, con las caras sin expresión.

-¿Estaba acaso pensando en la chica muerta? -preguntó el inspector-. Nadie más que el asesino podía conocer el lugar. ¿No será usted el antiguo novio de la muchacha asesinada?

Él escuchaba con expresión ausente, como si le estuvieran hablando a otro. La cara del hombre enrojeció, y se le hincharon las venas de la frente.

-¡Vamos, hable ya!

Él se derrumbó. Habló lentamente, con voz muerta y sin expresión.

-Yo la quería -gimió-. La quería desde que éramos niños, antes de que su madre y su hermano murieran. Y yo era amigo de su hermano...

Continuó hablando atropelladamente, lleno de excitación.

-Ella me quería también, fuimos novios durante mucho tiempo, hasta que llegó ese desgraciado con su uniforme y sus modales elegantes...

Alzó las manos sobre la cabeza, dio un paso adelante y sonrió con tristeza.

-Está bien, me puede detener, no voy a resistirme -se detuvo un momento-. Lléveme con usted y lo confesaré todo. Quiero que acabemos de una vez...

* * *

El museo

El museo estaba abarrotado de público. Habían llegado gentes de toda Europa para admirar una exposición temporal de Picasso.

-Es una maravilla digna de verse, pocas veces se podrá en adelante contemplar una exposición tan completa -decían-. Está más que justificado el viaje. Se trataba de una colección de sus famosas esculturas en hierro, alguna llevada a cabo en colaboración con su amigo, el escultor Julio González. Este había sido un maestro del hierro y la orfebrería, y ambos artistas se habían conocido en su juventud en París.

El museo donde se ubicaba la exposición era un edificio antiguo, actualmente remozado, pero que no había perdido su sereno equilibrio y conservaba una gran solidez. Estaba construido con bloques de piedra y constaba de una planta baja y otra superior, además de una tercera abuhardillada, donde seguramente se encontraban los antiguos graneros, y que ahora se utilizaba como almacén de las obras que no se exponían. Puertas y ventanas daban a un jardín con aceras de piedra también.

Los turistas habían estado aguardando durante horas a que se abriera el museo, y fuel tal la afluencia de público que los directivos se vieron obligados a establecer turnos de visitas. El último turno había comenzado a las seis de la tarde y terminaba a las ocho. Como era invierno, cuando salieron sus visitantes era ya noche cerrada.

Las grandes puertas se cerraron con estrépito, y la mayoría de las luces se apagaron. Dentro no quedaban más que algunos funcionarios en sus despachos, y unos cuantos vigilantes de noche. Estos tenían a su cargo la gestión de las llaves, así como el control de los accesos y el de los ascensores.

La cabina principal de vigilancia estaba a un extremo del museo, y uno de los guardianes controlaba desde allí las cámaras instaladas en los diferentes lugares.

Eran más de las cuatro de la madrugada, y los vigilantes se habían reunido en una pequeña sala donde había una mesa y varios sillones.

-Vaya día que llevamos -dijo uno-. Estoy derrengado, tantas horas de pie, y sin apenas comer nada.

-Y que lo digas -afirmó un compañero-. Tendrían que haber previsto que para una cosa como esta haría falta mucho más personal.

El otro soltó una risita.

-Je, el horno no está para bollos... Bastante ha pagado el museo para traer la exposición.

-Sí, y a los vigilantes que nos den. Siempre pasa lo mismo.

-Pues, ¿sabéis lo que os digo? -intervino otro-. Que yo me voy a echar un sueño. ¿Qué tal si apagamos todas esas luces?

Al mismo tiempo que hablaba se dirigió a uno de los interruptores, lo accionó, y la sala quedó poco más que en penumbra.

-Así está mejor, ya se me estaba cansando la vista.

Era un hombre pequeño, de frente despejada y expresión muy viva. Se recostó en un sillón y cerró los ojos. Un compañero que estaba a su lado había sacado un termo y un envoltorio con varios bocadillos y los puso encima de la mesa.

-Si alguien quiere café, estáis invitados.

Otro, muy alto y delgado, estaba de pie junto a la puerta.

-Gracias, pero voy a dar una última vuelta por las salas, luego me reuniré con vosotros -dijo con un bostezo.

Estuvo recorriendo las salas de la planta baja del museo, y luego subió en uno de los ascensores a recorrer la superior. Como la luz era escasa, encendió una fuerte linterna y con ella fue recorriendo cada sala, deteniéndose a veces y enfocando alguna de aquellas esculturas.

-Vaya un gusto que tiene la gente -gruñó-. Tanto jaleo para esto...

* * *

El edificio estaba en silencio. Eran ya cerca de las cinco cuando una sombra se movió en una de las salas de arriba. Alguien se había agazapado detrás del pedestal de una de las mayores esculturas, y salió sigilosamente hasta colocarse en el centro de la sala, que estaba apenas alumbrada por un pequeño foco en el techo.

Debía ser alguien que conocía el lugar, porque sus movimientos eran ágiles y seguros. Llevaba puesta una gabardina negra con dos bolsillos interiores. Medio a oscuras recorrió varias salas y fue a detenerse ante una escultura de pequeño tamaño.

-Y es la más hermosa de todas -pronunció en voz baja.

Sabía de sobra cómo desconectar la alarma, ya que él mismo la había instalado hacía un año, con otros trabajadores de su misma empresa.

-Es suficiente con que desconecte esta sala, será cosa de poco -se dijo.

Le constaba que, a última hora de la madrugada, los empleados encargados de la cabina principal de vigilancia estaban adormecidos, o se reunían en la sala con el resto de los vigilantes.

Sacó una pequeña bolsa de herramientas y estuvo trabajando en silencio. Cuidadosamente, fue desmontando una a una las pequeñas piezas que formaban la escultura, las juntó todas con cinta adhesiva y se las guardó en los grandes bolsillos.

-Hasta que los técnicos no noten su falta, nadie la echará de menos -pensó-. Y eso será por lo menos a media mañana.

Tuvo tiempo de sobra, en media hora había terminado. El día siguiente era domingo, así que las limpiadoras no tendrían que ir a trabajar hasta el lunes. Nadie entraría allí hasta la hora en que lo hicieran las primeras visitas, así que decidió volver junto al pedestal de la gran escultura.

-Habrá que dar una cabezada -murmuró.

Estaba amaneciendo cuando se despertó. Todavía era pronto, aunque por ser invierno amanecía más tarde. Empezaron a oírse los pequeños ruidos del personal que entraba, y a la hora de siempre llegaron los primeros visitantes. Vio a un grupo de turistas nacionales y se unió a ellos con todo disimulo. La luz ya entraba por las altas ventanas.

Nadie se había percatado, y a nadie le había extrañado su presencia entre aquel grupo numeroso. Observó a las chicas que entraban: todas iban envueltas en gruesos abrigos, y muchas llevaban bufanda.

Se trataba del primer turno. Con ellos estuvo visitando el museo durante dos horas, y se propuso disfrutar al máximo de la exposición. A la salida, después de haber recorrido todas las salas, uno de los conserjes, muy joven, había detenido a una mujer que llevaba un gran bolso colgado del brazo.

-Un momento, por favor -le dijo-. ¿Cómo la han dejado entrar con un bolso tan grande? ¿Tiene la bondad de mostrármelo, por favor?

Ella así lo hizo y el muchacho le dio el visto bueno.

-Muchas gracias, puede usted salir.

Fuera, una larga cola de turistas aguardaba su turno. El hombre respiró hondo y echó a andar deprisa. Estaba contento, cuando se dieran cuenta de que no estaba la escultura él estaría ya muy lejos. No solo estaba de buen humor, sino también muy orgulloso:

-Ha sido una idea brillante, la de ocultarme en el museo cuando lo cerraban, y salir al día siguiente con los primeros visitantes...

* * *

El perro faldero

El ayuda de cámara había pasado el fin de semana de permiso, y al llegar por la mañana el lunes le extrañó no hallar en su habitación al dueño de la casa. Tenía el cabello casi blanco. A pesar de representar unos sesenta años, era un hombre de aspecto juvenil. Vestía impecablemente, lucía una agradable sonrisa y gozaba todavía de una buena dentadura. Sus ojos eran muy alegres, con un brillo de juventud. Era un hombre delgado y un poco cargado de espaldas, pero todavía se encontraba con buena salud.

Estuvo recorriendo varios cuartos, también miró en los baños, pero no lo encontró.

Los muebles eran antiguos y de hermosa línea, el dormitorio era espacioso y claro. La cama era grande, de nogal, y a juego la cómoda y las mesas de noche. Todo rezumaba paz hogareña, una tenue luz se deslizaba por los largos pasillos.

Finalmente se dirigió a la zona noble y al fondo, no lejos de la chimenea, le pareció ver un bulto en un sillón. Las luces estaban apagadas y cerradas las contraventanas, así que encendió una lámpara de pie que estaba a su alcance, y vio entonces que el señor se hallaba sentado, con la cabeza hacia delante, y sin moverse lo más mínimo.

Dos grandes sillones de cuero se hallaban a ambos lados de la chimenea, sobre la mullida alfombra floreada, y él ocupaba el de la izquierda.

Lo primero que pensó fue que el hombre estaba dormido, pero al acercarse y abrir la ventana vio claramente que tenía clavado en el cuello un fino estilete, y un hilo de sangre le manchaba un lateral de la bata de casa.

Se quedó mudo, contemplándolo. Conocía aquel objeto, el señor lo tenía sobre la mesa del despacho para abrir cartas y paquetes. Por unos minutos no reaccionó, como si la escena que estaba observando lo sobrepasara.

-Señor, señor... -musitó.

El muerto tenía un perfil armonioso, con la nariz un poco aguileña, y notó que sus ojos estaban abiertos. Pensó en cerrárselos, pero no lo hizo. No lejos, hacia el centro de la habitación vio que el pequeño perro del amo yacía sobre la alfombra.

El perro también estaba inmóvil, cosa que le extrañó, porque cada vez que alguien entraba en la casa se deshacía en saltos y cabriolas.

Era un gracioso perro faldero y lo habían estrangulado con una correa. El criado se enderezó y, sobreponiéndose, se dirigió al teléfono que estaba sobre una mesa baja. Mientras estaba llamando se dio cuenta de que había algo que le extrañaba en aquella habitación, pero no tuvo tiempo de pensar demasiado porque al otro lado ya le estaban hablando. Le contestó la policía.

-Sí, aquí es. ¿Qué se le ofrece? ¿En qué podemos ayudarlo?

-Vengan enseguida -pronunció, nervioso-. El señor... mi señor está muerto. Pensó en revisar con cuidado el resto de las habitaciones, pero no lo hizo, para no dejar solo el cadáver. No tuvo que aguardar mucho porque se presentaron enseguida. Abrió la puerta y los hizo pasar. Uno de los recién llegados le mostró la placa.

-Soy el comisario, y estos tres hombres son mis ayudantes. ¿Es usted quien nos ha llamado?

Él afirmó con la cabeza.

-Sí, pasen, por favor. Han matado al señor, y han estrangulado a su perro.

Los llevó a la sala, donde el muerto seguía sentado en su sillón, sosteniendo un libro en la mano. El comisario se le aproximó, y al moverlo el libro cayó al suelo. Él hizo seña al más alto de los ayudantes.

-Ve tomando fotografías mientras llegan el forense y el juez. Y vosotros, encargaos de tomar las huellas.

Luego dio un vistazo a los grandes sillones de aspecto muy cómodo, que estaban tapizados en cuero de color verde oscuro. La moqueta amarilla apagaba el sonido de los pasos. Sobre la mesa baja y alargada vio un par de gruesos volúmenes de cine, y unas bonitas cajas semiesféricas de madera policromada. Las cortinas blancas dejaban pasar ampliamente la luz. Luego se volvió hacia el criado.

-¿Qué profesión tenía el señor?

Él se quedó un momento pensativo.

-Pues... el señor trabajaba en el cine, era técnico en efectos especiales, o algo así. Había ganado mucho dinero.

-¿Está casado? -preguntó el policía, y él negó con un gesto.

-No, señor, eso me dije yo en un principio, pero ha pasado el tiempo y seguía soltero.

-Es raro, trabajando en el cine...

El criado carraspeó.

-Bueno, en realidad es que el señor... -dudó un momento, mientras el comisario insistía:

-¿Tampoco tenía compañera?

-Pues verá... Yo más bien diría que esporádicamente tenía algún compañero...

El policía sonrió.

-Ya...

-Bueno, la verdad es le duraban poco tiempo, conocía a mucha gente. Solamente ahora...

-¿Ahora qué?

-Pues... parece que últimamente tenía algo más serio.

El comisario alzó las cejas. Dio un vistazo a los cuadros, que le parecieron muy valiosos. Hubiera jurado que entre ellos se hallaban un Degas y un Van Gogh.

-¿Sí? ¿A qué se refiere con más serio? No estaría pensando en casarse.

-Bueno, tanto como casarse, no lo sé. Pero nunca he visto que una amistad le durara tanto...

-Y ahora esta persona, ¿dónde está?

-Creo que lleva cosa de un mes en el extranjero.

El policía se volvió. La gran chimenea donde habían ardido los leños estaba apagada.

-Y, ¿de quién se trata? Necesito que me diga su nombre, es muy importante. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

-No lo sé, pero el señor tiene una agenda en su despacho, y ahí lo tendrá apuntado. Solo sé que es alguien del cine, un actor, me parece. Hace días, el señor me hizo una confidencia que me extrañó mucho.

-¿Una confidencia?

-Sí, era raro, porque era un hombre muy poco comunicativo. Me pareció que estaba verdaderamente interesado, al parecer se trata de un actor poco conocido, a quien había ayudado. Me dijo que era muy inteligente, y que le auguraba una gran carrera. Lo había conocido por medio del sobrino...

-¿El señor tenía un sobrino?

-Claro que sí, un hijo de su hermana, que vive con él.

-¿Y eso?

El criado se quedó pensativo.

-Perdió a los padres muy pequeño en un accidente de coche, y desde entonces el señor se había encargado de su educación, lo había llevado a buenos colegios, luego a la universidad en el extranjero... Bueno, el chico está acostumbrado a disfrutar de todo lo bueno.

-¿Está el sobrino bien situado económicamente?

-En realidad, no lo sé. Al parecer, la boda de sus padres había sido un matrimonio de conveniencia. Era la madre quien tenía el dinero, y él la heredaría, supongo.

-Y, ¿dónde está ahora?

Él movió la cabeza.

-Ha pasado fuera el fin de semana -explicó.

-¿Ah, sí? ¿Cuándo se marchó?

El hombre aspiró hondo y tardó en contestar.

-Salió el sábado a mediodía, lo sé porque yo me fui por la tarde, y lo vi salir con la moto.

-¿Es motorista, entonces?

Él hizo un gesto vago.

-Pues... bueno, tiene un bonito automóvil que está en el garaje con del señor, pero muchas veces coge la motocicleta. Esta vez lo ha hecho. El señor tiene una finca de caza, y él es muy aficionado. Es una finca magnífica, yo la he visitado varias veces.

-¿Cuándo vuelve el sobrino? -preguntó el policía, y el otro contestó sin dudar.

-No creo que tarde mucho, suele estar aquí los lunes a mediodía.

-¿Alguien más tiene la llave de la casa?

El hombre denegó.

-No, que yo sepa. Bueno, creo que el amigo que salió de viaje tenía una, pero ese no volverá lo menos en un mes. Es seguro, porque llama a menudo desde el extranjero.

Habían llegado el forense y el juez, y este le indicó a un acompañante que podían llevarse el cadáver. El juez era un hombre de edad, y llevaba unas gafas muy gruesas con montura de pasta. Habló con voz profunda.

-Al parecer, estrangularon al perro, y luego lo mataron a él. El

comisario no estaba de acuerdo, y movió la cabeza.

-No, no puede ser. Pienso que las cosas no ocurrieron así -matizó.

-¿Ah no?

El comisario habló despacio.

-Creo que fue estrangulado después de morir su dueño, y por una persona conocida. Él se hubiera alarmado por los ladridos, y estaba leyendo un libro cuando murió.

El forense era un hombre pequeño y cetrino, con un gran bigote y el pelo grasiento, frente despejada y expresión muy viva. Llevaba el pelo muy planchado, separado a ambos lados por una raya.

-Claro, tiene usted razón -dijo-. En fin, convendría que alguno de ustedes se quedara en la casa hasta que vuelva el sobrino.

El policía afirmó vivamente.

-Por supuesto, ya lo he pensado. Uno de mis hombres lo hará.

* * *

Era algo más de mediodía cuando el sobrino, provisto de una llave, entró en la casa. Era un muchacho no muy alto, pero robusto y fuerte, aunque parecía no tener ni un gramo de grasa. Tenía la tez morena, como de quien practica el deporte al aire libre, y caminaba con gran seguridad. Sus manos eran también morenas y anchas.

Llevaba el cabello en una melena castaña y lisa que le tocaba los hombros, y se recortaba en la frente en forma de un largo flequillo. Llevaba puesta una cazadora de cuero y gruesas botas, unos pantalones azules, y debajo de la chaqueta le asomaba una camisa con rayas rojas y verdes.

Entró directamente al baño y después de unos minutos salió. Vio que estaba abierta la puerta del despacho de su tío, y pensó que el ayuda de cámara estaría en la cocina o en el lavadero, pero no le interesaba dar con él demasiado pronto, así que se dirigió al salón.

Dudó unos instantes antes de entrar, y luego lo hizo decididamente. Tampoco su tío estaba allí, y por el contrario se topó con el policía que aguardaba. Él se mostró muy sorprendido.

-¿Qué hace usted aquí? Y, ¿dónde está mi tío?

Por toda respuesta el hombre se dirigió al teléfono y marcó el número de su jefe.

-Ya ha venido. ¿Qué hago?

Se detuvo un momento, y añadió:

-Sí, de aquí no me muevo, no se preocupe. Sí, aguardaremos a que venga. ¿Algo más? Está bien, está bien.

Ahora, sí se dirigió al recién llegado.

-¿Es usted el, sobrino? -preguntó, y el otro asintió con un gesto.

-Sí, lo soy. ¿Dónde está mi tío?

Él carraspeó.

-Bueno... prefiero que hable con mi jefe, que vendrá enseguida. Él pareció alarmarse. ¿Es que se ha puesto enfermo? ¿A dónde se lo han llevado?

El policía se encogió de hombros.

-Mi jefe no tardará, y él se lo explicará todo.

-Y el ayuda de cámara, ¿tampoco está?

Él hizo un gesto vago.

-Hace un rato que ha salido de aquí, debe estar en la zona de servicio. ¿Quiere que lo llame?

El muchacho se volvió en redondo. Su voz se había alterado.

-¿Por qué? -casi gritó-. Yo me encargaré de llamarlo. ¿Qué misterios son estos?

Abandonó el salón, y no había vuelto todavía cuando llamaron al timbre. Había hablado con el criado, y él le informó de lo ocurrido. El ayuda de cámara salió al vestíbulo y abrió la puerta.

-Pasen, pasen.

De nuevo pasaron todos al salón. El comisario había tomado asiento, y consultó las notas que tomara unas horas antes. Les hizo seña a los demás de que lo hicieran, y todos lo imitaron.

-Ya me he enterado de lo ocurrido -pronunció el sobrino en voz baja-. Ha sido terrible. ¿Sospechan ustedes de alguien?

Hubo un silencio tenso, y el comisario se mordió los labios.

-Bien, no tenemos a ningún sospechoso. De momento, parece que aquí este señor ha sido el único que ha tenido ocasión... -señaló al ayuda de cámara.

Él dio un respingo en su butaca.

-Pero ¿qué dice? Yo les he contado la verdad. ¿Es que no me cree?

¿Qué motivos iba yo a tener para matarlo? Todo esto es absurdo.

El policía lo miró fijamente.

-Yo no lo estoy acusando de nada, me remito a su declaración. Usted mismo ha dicho que fue el último en salir el sábado, y el primero en entrar esta mañana.

El sobrino también lo observó, con los ojos entrecerrados.

-Si es verdad lo que él me contó...

El policía se irguió en el asiento.

-¿A qué se refiere?

Hubo un largo silencio, en que se oyeron los ruidos de la calle. El muchacho estaba sonriendo.

-Estoy seguro de que usted lo sabe, mi tío le había dejado una buena cantidad de dinero en su testamento.

Él pareció abrumado.

-Sí, eso es verdad -afirmó-. Él insistió tanto que no tuve más remedio que acceder, aunque me pareció excesivo. Pero esa no es razón suficiente...

-¿No lo es? -intervino irónicamente el policía.

El hombre estaba atónito. Mantenía los dedos cruzados, y sus manos temblaron. Estaba rígido, sentado en su butaca, y tenía la mirada perdida, como si estuviera aguardando la ayuda de alguien que no aparecía. Recorrió con la vista el fondo del salón, y miró a la ventana. De pronto su expresión cambió. Aspiró hondamente, y exclamó:

-¡Ya está!

Todos los miraron, extrañados. Él se había puesto en pie, y sus manos temblaban todavía.

-Ya me parecía a mí que estaba usted muy escamado con el último compañero de su tío -afirmó, mirando al sobrino-. ¿Quizá temía que se volara una herencia considerable? -se detuvo un momento y luego prosiguió-. Ha tenido que volver usted a la casa después que yo me fuera.

Él se echó a reír.

-¿A qué viene semejante tontería? Yo me fue directamente a la finca y he pasado allí todo el fin de semana. Pueden interrogar a los guardeses.

El anciano volvió a sentarse, y lo miró.

-¿Es que no se ha separado de los guardeses en dos días?

Él se encogió de hombros.

-¿En qué se funda para pensar que he vuelto a la casa?

El hombre parecía haberse tranquilizado, miró de nuevo a la ventana y tardó en contestar.

-Usted no se ha dado cuenta, pero hay tierra en el suelo junto a esa maceta -señaló-. Yo limpié el mismo sábado, y la tierra no estaba ahí. ¿No será que el perro se le revolvió al verlo atacar a su amo, y tiró la maceta?

-Vaya imaginación...

Él siguió hablando, convencido.

-Claro, seguro que fue eso, y hay algo que lo prueba: la planta ha cambiado de posición.

El chico se le quedó mirando, extrañado.

-Pero ¿qué dice?

Él asintió con la cabeza.

-Usted no lo nota, pero es así. Las ramas iban hacia la ventana por causa de la luz, y ahora van en dirección opuesta.

-Eso son cuentos chinos -dijo el muchacho con una risa chirriante, pero el comisario le dio la razón.

-Eso es muy cierto, lo sé porque en la galería de mi casa ocurre lo mismo. Las hojas y las ramas van siempre en busca de la luz. Dice mi mujer que eso se llama foto... foto no sé qué -se había puesto en pie delante del chico, y le cortaba el paso hacia la salida-. Así que, por favor, va a acompañarme, vamos a tener una pequeña conversación usted y yo.

* * *

El pintalabios

Era un espectáculo dantesco. La mujer estaba caída de bruces sobre el tocador, y la sangre que brotaba de una herida en la cabeza teñía sus cabellos rubios esparcidos, resbalando por el mueble y formando un charco oscuro sobre la moqueta color crema.

La había encontrado la asistenta, que acudía a la casa a las nueve de la mañana, e inmediatamente se había puesto al habla con la policía.

Ellos tardaron pocos minutos en acudir, y se encontraron con un panorama devastador: la habitación estaba totalmente en desorden, todos los cajones estaban abiertos y había numerosas prendas de ropa esparcidas por el suelo y encima de la cama.

-Pasen por aquí, hagan el favor -indicó ella, y los tres policías uniformados entraron en el dormitorio.

Inmediatamente la vieron, aunque el rostro se ocultaba a causa de la postura.

-¿Cuándo la ha encontrado? -preguntó el inspector, un hombre de perfil regular y pequeñas orejas. Tenía el cabello negro y recortado, y había a los lados de su boca un rictus de preocupación.

-He llegado a la casa a las nueve en punto, y ya en la cocina me han extrañado que la señora no hubiera dejado en el fregadero los cubiertos de la cena, como suele hacer.

El inspector se había adelantado, y retirándole el cabello consiguió verle el rostro.

-No quiero moverla, hasta que los fotógrafos no hayan venido a tomar las fotografías.

De todas formas, estaba a la vista que era una mujer hermosísima. Era estremecedor ver sus cabellos de un color rubio casi platino, que habían absorbido gran parte de la sangre que brotó de la terrible herida. Sus facciones eran hermosas, su boca carnosa y grande, pero proporcionada, y sus brazos blancos y bien torneados. Vestía un traje de lentejuelas negras y grises, que se ceñía a su figura, y en el suelo junto a ella había caído una prenda, algo así como una suave capa de piel.

La muchacha se adelantó un paso. Era una chica sencilla, con el cabello castaño en una corta melena. Tenía ojos grandes y expresivos y las cejas arqueadas. Vestía una falda de tablones y una blusa camisera.

-Al principio pensé que habría cenado en la calle -dijo, pensativa-. Pero también me llamó la atención que la ventana del vestíbulo estuviera cerrada, cuando ella suele dejarla abierta para que se ventile la casa, y soy yo quien la cierra luego.

-Entonces, ¿qué hizo?

-Pues... me dirigí al dormitorio, pensando que quizá estuviera enferma y no se hubiera levantado de la cama.

-Y, ¿qué pensó cuando la vio?

-Cuando entré, las contraventanas estaban cerradas y solo un hilo de luz alumbraba la habitación. Sí que distinguí la silueta caída sobre el tocador, pero pensé que quizá se había quedado dormida.

-Luego, abrió las ventanas...

-Sí, claro está. Y entonces pude ver claramente lo que había sucedido. Estaba tan asustada que pensé llamar a casa de los vecinos, pero luego pensé que era mejor llamar a la policía.

-Sí, desde luego que sí.

-¿Qué hizo usted? ¿Tocó algo dentro de la habitación?

Ella denegó vivamente.

-De ninguna manera. Sé de sobra que en un caso así no puede tocarse nada.

-¿Ni siquiera movió el cuerpo de la señora para comprobar si estaba muerta?

Ella lo negó de nuevo.

-No me hizo falta, no había más que ver la herida de la cabeza, y la cantidad de sangre que había perdido.

-¿En qué trabajaba la señora? -La chica pareció dudar.

-Era... bueno, era bailarina de revista, o algo así. Me dijo una vez que era *streep-girl*, pero yo no sé lo que es eso. Como yo no la entendía lo escribió en un papel, pero tampoco me enteré. Solo sé que la señora era muy guapa, y tenía un vestuario precioso. Además, como eran cosas del teatro, salía por las noches y regresaba de madrugada.

El policía disimuló una sonrisa.

-Vaya, vaya -comentó, pero luego se puso serio.

-¿Era casada la señora?

-Oh, no. Yo no lo conocí, pero ella me dijo que su marido había muerto cuando los dos eran muy jóvenes.

-¿Así que era viuda?

-Pues parece que sí. Pero le aseguro que no necesitaba a nadie, ella sabía muy bien ganarse la vida.

-¿Tenía algún pariente cercano?

-Ah, sí, sus padres viven con una hermana en un pueblo de Extremadura, pero apenas los conozco. Luego está... su hermano, que vive aquí. Ese viene de cuando en cuando.

-¿Sabe usted las señas del hermano?

-Yo no las sé, pero ella lo tendrá anotado en la agenda.

-¿Dónde está la agenda?

-La tiene en un mueble del salón, al lado del teléfono. Aguarde un momento, que ahora se la traigo.

Ella salió un momento y volvió con una agenda encuadernada en piel.

-Ahí puede encontrar su teléfono. Se llama Federico...

-Ya.

-¿Puede decirse de su señora que era una viuda rica?

-Bueno, dicho así... Quiero decir que lo que tenía no lo había heredado de nadie, que ella ganaba con creces para lo necesario, y mucho más.

-¿Solía guardar mucho dinero en la casa?

Ella contestó sin dudar.

-No guardaba más de lo necesario, y lo pagaba todo con tarjeta. El resto, lo metía en el banco. Así que solo han podido llevarse unos cuantos billetes que había en el bolso... Lo digo, porque el bolso estaba abierto en una silla, y he visto que falta el billetero. Se lo había regalado su hermano, y era de piel de cocodrilo...

-Ya, ya. Su señora tendría muchos amigos...

Ella tardó en contestar.

-Pues no lo crea. Yo no le conocía muchas amistades masculinas.

-Pero alguna tendría, ¿no?

-Sí, señor. Estando yo en la casa la visitaba un caballero con muy buena pinta, pero... hace tiempo que no ha venido por aquí. Sé que era extranjero, y tenía un nombre muy raro. Ahora, al parecer, tiene un amigo mucho más joven, pero ni siquiera lo conozco. Lo sé, porque cuando llama por teléfono no tiene voz de hombre mayor. Parece simpático, y no como el otro...

-¿Es que el otro no lo era?

-Al principio, sí. Pero luego oí que discutían mucho por teléfono. Y no es que yo estuviera pendiente, se lo aseguro, es que en esta casa se oye todo...

-Claro, claro está.

El inspector hizo varias llamadas, entre ellas al hermano de la fallecida. Poco tiempo después sonó el timbre, y la muchacha abrió la puerta. Eran los fotógrafos de la policía, y los acompañaban el forense y el juez. Cuando iba a cerrar, llegaron dos agentes más, vestidos de paisano, que se unieron a los tres que ya estaban dentro. La chica se dirigió al que ya conocía, que parecía el jefe.

-Bueno, yo los dejo, tengo que hacer varias cosas en la cocina. Como seguramente vendrá el hermano, tengo que prepararle la comida, como siempre hago, y limpiar un poco el resto de la casa.

* * *

Estuvieron recogiendo las pruebas. Uno de los agentes espolvoreó varios objetos y tomó las huellas, mientras el médico forense reconocía el cadáver.

-Indudablemente, la muerte ha sido producida por la gran herida que tiene en la cabeza, hecha por algún objeto pesado.

El inspector se volvió.

-De ser así, el asesino lo ha llevado consigo. No hemos hallado nada parecido.

-Claro, es natural. En la autopsia podremos comprobar el contenido de su estómago, para saber si había comido antes de morir, y qué pudo tomar.

-¿Ha visto que solo tiene pintado el labio superior? -preguntó uno de los fotógrafos, y el médico asintió.

-¿Usted también se ha dado cuenta?

-Se estaba maquillando cuando la golpearon. Ni siquiera pudo pintarse el labio de abajo.

-Es muy cierto -corroboró el forense.

La mujer tenía la mano derecha cerrada, y el médico la abrió con cuidado.

-Está claro que se estaba pintando -señaló-. Todavía sostenía la barra en la mano.

El inspector se quedó pensativo.

-Sí que es curioso -comentó en voz baja-.

El doctor movió la cabeza.

-Creo que aquí se ha simulado un robo, pero el motivo del asesinato ha sido otro muy distinto. En fin, son ustedes los que tienen que investigar el caso...

El juez había ordenado el levantamiento del cadáver. De nuevo sonó el timbre, y ahora llegaron los dos empleados de la ambulancia, que se encargaron de bajar el cuerpo para ingresarlo en el servicio de patología, a fin de que el forense realizara la autopsia.

El inspector se había llevado la agenda a la comisaría, y la estuvo estudiando con toda atención. Sacó un lápiz rojo del bolsillo, y subrayó algunas de las direcciones y teléfonos.

-Vamos a ver qué dice el hermano -murmuró.

El hombre había acudido al mediodía a casa de la hermana, y allí la asistenta le estuvo contando lo ocurrido.

-Se la han llevado ya -le dijo-. Puede usted comer, le tengo la comida hecha.

-Muchas gracias, mujer, pero no tengo ningún apetito...

Eran ya las seis de la tarde cuando se presentó en comisaría. Parecía deshecho, y sus ojos mostraban que había estado llorando. Era un muchacho joven, de elevada estatura, de aspecto atlético y facciones angulosas. Lucía un atuendo deportivo, camiseta negra con chaqueta de pana. Sus manos eran fuertes y alargadas.

-Pero ¿cómo ha podido ocurrir? -preguntó, y no pudo contener un sollozo-. ¿Qué les ha contado la asistenta?

-Pues... que esta mañana ha sido ella quien ha encontrado el cadáver. Enseguida nos ha telefoneado, denunciando los hechos. ¿Quién ha podido hacer algo así? -gimió.

El inspector aspiró hondo.

-Eso es lo que quisiera yo saber. La asistenta no sabe nada. Según el forense, el crimen se cometió ayer por la noche, sobre las diez. El hecho de no tener nada en el estómago lo corrobora ya que, según la chica, ella solía cenar a las once, antes de acudir al espectáculo.

El hermano se había puesto tenso.

-¿Es que le han realizado la autopsia?

El otro afirmó.

-Comprenda que tiene que ser así. Hay que conocer al detalle todo lo ocurrido, y el cuerpo nos lo dice casi todo. No dude que lo tendremos al corriente de cualquier novedad.

* * *

El actual amigo de la artista era un hombre joven y bien parecido, con una negra barba y el cabello también negro, largo hasta los hombros. Tenía una profunda mirada en sus ojos oscuros.

-Siéntese -le indicó el inspector-. ¿Qué estaba haciendo ayer sobre las diez de la noche?

Él no dudó al contestar:

-Salí con unos amigos a tomar una copa.

El policía lo miró de frente.

-¿No acudió a buscar a su amiga para acompañarla a su trabajo?

Él movió la cabeza a ambos lados.

-No, ya le digo que estuve dando un paseo con tres amigos míos hasta las doce de la noche. Aproveché que ella parecía tener un compromiso, y me pidió que la dejara sola.

El policía arrugó el ceño.

-¿Un compromiso?, ¿con quién?

El otro contestó enseguida.

-Pues mire, no lo sé. Y era raro, porque siempre la acompañaba, e incluso aguardaba a que terminara su trabajo para llevarla a casa. Me extrañó mucho, pero no quise preguntar, ya que no había salido de ella decírmelo.

-Comprendo -dijo el inspector-. Si no le importa, dele a mi ayudante los nombres y teléfonos de sus tres amigos.

-Cómo no -dijo él-. No hay inconveniente. ¿Alguna cosa más?

-No, y gracias por venir.

Él se puso de pie y le tendió la mano.

-No tiene que dármelas, yo soy el primero que desea que todo se aclare. Estoy a su disposición a la hora que sea.

No fue tan fácil conectar con la antigua pareja de la artista. No contestó al teléfono en toda la tarde, tampoco por la noche, y hasta el día siguiente al mediodía no pudieron dar con él. Por fin, el teléfono del inspector sonó a las doce y media.

-Le paso la llamada -le dijo el ayudante-. Es el tipo con quien quería hablar.

El que estaba al otro lado de la línea habló con ronca voz. Después de haberse identificado, preguntó:

-¿Cuál es el motivo de su llamada?

El policía no dio muchas explicaciones. Dijo que se tratabas de un asunto urgente y le dio las señas de la comisaría.

-¿A qué hora puede venir? -le preguntó, y el otro tardó en contestar.

-Pues mire, qué quiere que le diga, cualquier hora me supone un trastorno. Soy un hombre muy ocupado, ¿sabe?

-Está bien, si quiere yo lo visitaré en su oficina.

El hombre carraspeó.

-¿Aquí? No, desde luego que no. ¿Le parece bien a las cinco de la tarde? Podría aprovechar un hueco...

-Está bien, a las cinco lo espero en la comisaría.

Había tenido tiempo de comunicarse con los tres amigos del deportista, y los tres habían corroborado lo dicho por él. Todos estaban consternados por la noticia, y se prestaron sin dudarlo a colaborar con la policía.

-Es terrible -había dicho el último-. Una mujer tan guapa...

Estaban dando las cinco en el reloj del vestíbulo cuando un policía de paisano llamó a la puerta del inspector.

-Un hombre pregunta por usted.

Él estaba sentado ante su mesa de trabajo y se puso de pie.

-Dile que pase -indicó-. Lo estaba esperando.

Se oyeron pasos fuera, y apareció en la puerta el interfecto. El policía lo observó con curiosidad. Era un hombre de mediana edad, robusto, con enormes lentes que cubrían unos ojos de búho. Vestía muy bien, y su cara estaba sombría y gris, del mismo gris moteado de su traje.

-Pase, por favor, y siéntese -indicó, sentándose a su vez-. Le agradezco que haya encontrado un hueco para venir.

El otro tomó asiento en un sillón de cuero negro.

-¿Qué se le ofrece? -preguntó.

El comisario aspiró hondo.

-¿No se lo imagina? -le dijo, y él se mostró extrañado.

-¿Qué tengo que imaginar? No entiendo nada...

La puerta había quedado entreabierta, y el policía se encargó de cerrarla. Luego se sentó en una silla, enfrente del recién llegado.

-Espero que no se sorprenda si le digo que antes de anoche una conocida suya ha sido asesinada.

Él se puso en guardia y su mandíbula se tensó.

-¿Qué me está diciendo? ¿A quién han matado?

El inspector se había puesto serio.

-Alguien lo vio a usted sobre las diez de la noche, cuando entraba en casa de su antigua amiga -mintió-. ¿Qué había ocurrido? ¿Es que lo dejó a usted por otro más joven?

El recién llegado no pestañeó. Trató de sonreír, pero se había puesto pálido.

-Pero ¿quién ha dicho que me vio? Yo no... yo no he matado a nadie.

El policía se había puesto en pie, y dio unos pasos para interceptar la salida.

-Sabemos que ustedes tuvieron una larga relación -explicó-. Y también, que fue ella quien rompió con usted.

-¿Está soñando? -preguntó el hombre, pero su aspecto era de estar derrotado. Le temblaban las manos, y había empezado a sudar-. ¿En qué se basa para acusarme?

El otro contestó:

-Me baso en que el amigo actual no pudo hacerlo, y usted sí. Por de pronto no tiene coartada, porque lo hubiera dicho.

Él se mordió los labios.

-¿Qué dice? Pudo hacerlo cualquiera...

El policía denegó.

-Usted pensó que, simulando un robo, íbamos a descartar otros motivos.

-Qué imaginación...

El comisario siguió hablando despacio:

-Ella conocía al asesino, porque al morir se estaba pintando los labios al espejo, y cuando la hallaron todavía sostenía la barra en la mano... De haberse alarmado, hubiera soltado la barra sobre el tocador.

El hombre estaba mudo, y el otro añadió:

-Queda usted detenido -le dijo-. Ahora mismo lo enviaremos a la cárcel, y será el juez quien decida si es culpable o no.

* * *

El político

El político había llegado por la mañana a la sede de su partido, que estaba en una calle céntrica de la ciudad. Todos los días acudía allí, donde tenía un gran despacho y recibía a personalidades de todo tipo. Allí se reunía con sus compañeros de partido, y era allí donde se llevaban a cabo proyectos y negociaciones a nivel nacional.

Era un hombre bastante joven, de unos cuarenta años, muy bien parecido. Vestía a la última moda y frecuentaba los círculos más elegantes, siempre acompañado de su bella esposa. Tenía dos niños pequeños y una niñera para ellos, además de una cocinera y dos doncellas, ya que en su casa también solía recibir a sus amistades.

Su carrera había sido meteórica: a los vente años ya estaba afiliado al partido político y, gracias a su simpatía y a su don de gentes, no le costó ningún trabajo ascender en la escena política.

Muchas personas habían puesto las esperanzas en él. Sus ideas eran moderadas, por lo que contaba con el aprecio de muchas personas.

-Tiene las ideas muy claras -decían-. Y es muy realista, no es de los que se andan por las ramas -decían de él-. Todo el mundo le augura un brillante futuro.

Aquella mañana se había levantado especialmente optimista. Las cosas iban bien en todos los sentidos. No podía quejarse, ya que todo parecía salirle a pedir de boca.

-Hoy iré caminando al trabajo -le dijo a su mujer.

-Está bien, no te enfríes.

El tiempo era bueno, y el sol lucía en un cielo de primavera. Su casa era céntrica y no distaba mucho de su sede política. Subió por una calle y cruzó una plaza; al otro lado se dirigió hacia un lujoso portal que ostentaba unas siglas en un balcón.

Subió unos cuantos escalones y tomó el ascensor. Llevaba ya años acudiendo allí y siempre tropezaba con las mismas personas, que lo saludaban con respeto.

-Buenos días -le dijo el conserje-. Le ha llegado una carta y se la he puesto en el despacho.

-Gracias, muchas gracias -dijo, entrando en un largo pasillo.

Su despacho era amplio y tenía una gran ventana orientada al mediodía. La luz entraba de lleno, haciendo resaltar los colores.

Se dirigió a la mesa y tomó asiento. Enseguida vio que había un sobre junto a su carpeta de piel.

-Vaya, ¿qué es esto? -murmuró.

Era un sobre de color crema, y notó que estaba fuertemente perfumado. El hombre arrugó el ceño y procedió a abrirlo con un abrecartas.

Cuando terminó de leer la nota, su expresión era adusta. Permaneció en silencio, profundamente pensativo.

Observó que el matasellos de la carta era de la misma ciudad. La carta era amenazadora y tajante:

"Tiene veinticuatro horas para pagar la cantidad que pongo abajo, enviándola al código postal que figura al lado. Si al final de la semana no recibimos el dinero, el grave secreto que usted tiene ahora será un secreto a voces. Y si acude a la policía, tenga por seguro que la noticia se publicará en los periódicos."

Se había levantado y miró por la ventana. Era un segundo piso, y las aceras estaban ya cubiertas de peatones que iban y venían. Los automóviles rodaban, deteniéndose al paso de los semáforos. De pronto, le pareció que el día no era tan luminoso como antes.

Abandonó el despacho y se detuvo ante la garita del conserje.

-Tengo que ausentarme -le dijo-. Tengo a varias personas citadas, diga que tardará unas dos horas en volver.

-Así lo haré, no se preocupe.

Fue directamente al banco. Como la cantidad era elevada, se detuvo dudando ante la caja.

-¿Sería posible que me recibiera el director? -preguntó.

-Desde luego, señor, no faltaba más -le dijo el empleado-. Siéntese un momento, que ahora mismo lo recibe.

Al cabo de un par de minutos se abrió una puerta y apareció un hombre alto y delgado, con el pelo canoso y unas gafas con montura dorada.

-Haga el favor -le dijo con un gesto.

El director lo precedió y lo invitó a sentarse en una silla frente a él.

-Me alegro mucho de verle. ¿En qué puedo servirle?

Él dudó un instante y luego dijo:

-Es el caso que tengo un negocio con un socio y necesito una buena cantidad de dinero en metálico para comenzar. Siento no haberle avisado antes, pero me ha sido imposible.

El otro le preguntó la cantidad, y cuando la oyó frunció el entrecejo.

-Bueno... eso excede lo que solemos entregar en metálico, pero puede arreglarse. Voy a decir a un empleado que nos traiga el dinero.

-No sabe cuánto se lo agradezco -dijo él, y el otro sonrió.

-Tampoco usted es un mal cliente -dijo-. Y sabe cómo lo apreciamos.

El director habló por teléfono. Aguardaron un rato, y al final la puerta se abrió y un empleado dejó el dinero encima de la mesa.

-Acabo de contarlo -dijo-. No obstante, si quiere lo comprobaremos otra vez.

-Está bien, proceda -dijo él.

Había traído un contador de dinero y, después de enchufarlo, el recién llegado fue colocando los billetes hasta que terminó con el último.

-Es correcto -dijo el director-. Muchas gracias.

El cliente cogió el dinero y lo metió en un sobre que el empleado había dejado sobre la mesa. A continuación, guardó el sobre en una cartera de mano.

-Tenga mucho cuidado -le dijo el director, levantándose.

-No se preocupe, lo tendré -dijo él-. No voy muy lejos.

Abandonó el banco y se dirigió a una sucursal de correos. Allí compró un sobre especial, pidió vez en las ventanillas y se dispuso a enviar el paquete certificado con urgencia a un apartado de correos.

-Hijos de puta -musitó.

No habían pasado veinticuatro horas cuando una pareja entró en una oficina de correos de la periferia. Él era un hombre fuerte y rubio, vestido de oscuro, y llevaba puesto un sombrero negro y gafas de sol. La mujer era delgada y también alta. Vestía un traje de chaqueta y portaba al hombro un gran bolso de piel. Llevaba los labios muy pintados y su cuerpo era cimbreante y esbelto.

-Vamos a ver si el pájaro ha cantado -rio-. Me extrañaría que no lo hubiera hecho.

-Eres tremenda -dijo él-. Yo todavía no me lo creo.

La mujer había tomado una pequeña llave y fue directa a uno de los casilleros. Su compañero la siguió con el ceño fruncido, y aguardó un momento hasta que oyó un ligero clic. La puerta se había abierto, y dentro del casillero apareció un sobre marrón.

Ella tenía los ojos muy abiertos y se mordía los labios. Abrió un sobre y comprobó que estaba lleno de dinero.

-¿Qué dices ahora? -preguntó, volviéndose.

-Que eres maravillosa -dijo él-. ¿Cómo sabías que cedería al chantaje?

-Yo no sabía nada -contestó la mujer-. Solo sabía que era un político muy importante. y, ¿sabes qué? Pues te diré una cosa: Por regla general todos los políticos se sienten amenazados, todos han infringido de alguna manera la ley...

* * *

El profesor

Ahora estaba segura de que era él.

-Hijo de mala... -gruñó, cuando se hubo dado cuenta.

Seguro, era el mismo hombre que la sorprendía por las noches en la calle, y que salía de la parte más oscura del callejón. Llevaba gabardina, y cuando estaba a su altura exponía sus genitales durante unos segundos, y desaparecía luego en la oscuridad. Los pasos que se alejaban resonaban en el suelo de cemento. No le ocurría a diario, sino más o menos dos veces por semana.

-Nunca lo hubiera sospechado, pero ahora estoy segura de que es él. Tiene los mismos andares, y la misma pinta. ¡Será desgraciado!...

La verdad era que había oído hablar de los exhibicionistas, pero nunca se había tropezado con ninguno.

Ella era una muchacha atractiva, con unos grandes ojos negros y largas pestañas oscuras. Más bien gruesa, sin exageración, su cintura era estrecha y tenía un buen busto, y unas largas piernas de forma perfecta.

Estaban en pleno invierno y anochecía muy pronto. La chica contaba con un buen empleo por las mañanas en una zona céntrica de la ciudad, y tenía a gala el mantener su despacho ordenado con toda pulcritud. Por las tardes, asistía a última hora a las clases nocturnas del Instituto. Al final, al salir del centro hacia su casa, era ya completamente de noche.

Vivía con sus padres en un barrio retirado, de casas modestas y que se hallaba medio a oscuras cuando anochecía. Ocupaban aquel

apartamento desde hacía veinte años. Ya de noche el lugar se parecía a una ciudad fantasma, envuelta en sombras y silencio. Solo unas cuantas farolas expandían su escasa luz en las callejuelas, y en los edificios el único local iluminado era un cineclub.

-Me da un poco de miedo de que vengas sola y tan tarde a casa por esas calles oscuras y desiertas -le decía su madre-. Bueno, tú sabrás lo que haces.

Ella se echaba a reír.

-Vamos, que no soy una niña. Qué más quisiera yo que tener las clases por la mañana, pero sabes que eso es imposible.

Ella tenía gustos caros, y la costumbre de vivir más allá de sus posibilidades la hacía pasar apuros algunas veces.

Ya estaba harta de tener que desviar la mirada, o de cerrar los ojos, y de salir corriendo hacia el edificio de apartamentos donde vivía. Cuando entraba en el ascensor para subir hasta la quinta planta, emitía un suspiro de alivio.

-¿Quién eres tú? -se preguntaba en voz baja.

Era imposible distinguir su rostro, ya que el hombre se lo cubría completamente con una bufanda, y llevaba una gorra calada hasta los ojos.

Sí que sabía que era alto y bastante delgado, aunque tampoco podía hacerse mucha idea, ya que la gabardina que usaba era amplia y le llegaba casi hasta los pies. Por tanto, tampoco podía ver si vestía traje completo, ni de qué color.

Pero, aunque estaba a la sombra algo llamaba la atención en su atuendo, y eran sus zapatos: los usaba de tipo clásico y en dos colores, blancos y negros por la punta, que era estrecha y puntiaguda.

-Ay, como te encuentre, cabrón...

Y ahora sabía que era él. Lo conocía del instituto, y en cuanto le vio los pies estuvo segura.

-Claro -se dijo, completamente sorprendida-. ¿Cómo es posible?

Nunca lo hubiera pensado, pues era un profesor respetado de todos. Lo había tenido en cursos anteriores y recordó que lo había sorprendido varias veces mirándola fijamente.

Sabía de antiguo que le gustaba mucho el cine, y hacía tiempo lo habían comentado.

-A mí también me gusta mucho -le había dicho ella-. Cerca de mi casa tengo un cineclub, y voy a menudo.

Habían salido todos los compañeros y solo quedaba el profesor, que solía juguetear con un abrecartas agudo que tenía siempre sobre la mesa.

-Eso es muy interesante -le dijo él-. Es una de las aficiones más absorbentes que se conocen. Quizá nos encontremos allí alguna vez.

Era casi Navidad, y el clima se había vuelto frío, demasiado frío. Desde que se dio cuenta de su doble personalidad lo tuvo vigilado. Estuvo preguntando discretamente a unas amigas por él, y todas coincidían en que su vida era intachable.

-Tiene mujer y dos hijos mayores, y lleva por lo menos diez años dando clases en este instituto. El director lo aprecia mucho, es muy buen profesor.

No estaba dispuesta a callarse. Gracias a ella, todos sabrían que no era oro todo lo que relucía, y si no lo comentaba con nadie era porque no tenía pruebas palpables, y se exponía a ser acusada de calumnia.

El espacioso vestíbulo de su casa estaba amueblado con gusto; el comedor era luminoso, pero su cuarto no era gran cosa: tenía una cama dorada, algunas sillas y una mesa donde trabajaba algunas noches con el ordenador.

Sus padres cenaban aquella noche fuera. Se dirigió a la cocina y abrió una lata de cerveza. La cocina estaba limpia y ordenada, el frigorífico se hallaba bien abastecido de comida y la despensa se encontraba repleta. Salió bostezando, y al llegar a su cuarto cogió una revista y comenzó a volver las páginas, fijándose en las fotografías.

Con un hábil movimiento cerró la persiana. Se había desnudado ya y se disponía a meterse en la cama, cuando de pronto se le ocurrió lo que tenía que hacer: no debía huir, sino todo lo contrario: trataría de identificar al sujeto, porque seguramente se hallaba entre sus personas conocidas, dado el acoso a que la tenía sujeta.

-Es posible que, al final, a todo este tema pueda sacarle partido -se dijo.

Así que una mañana lo llamó por teléfono. Un pálido sol penetraba a través de la ventana abierta. El teléfono sonó varias veces antes de que nadie contestara.

-¿Quién es? -preguntó él, y ella respondió con evasivas.

-Soy alguien que lo conoce bien, conozco sus manejos.

Él se había quedado callado y aspiró hondamente.

-¿Cómo dice?

Ella carraspeó.

-Mire, vamos directos al grano. Conozco su doble vida. Sé quién es usted y conozco sus... bonitas costumbres.

El hombre tardó unos segundos en hablar. Su voz era ronca.

-¿De qué costumbres habla, si se puede saber?

La muchacha se echó a reír.

-Digamos, sus costumbres... secretas. Las que oculta bajo la gabardina.

Un largo silencio al otro lado. Ella insistió:

-¿Está usted ahí? ¿No me oye?

-Sí, la oigo. ¿Qué quiere?

Ella rio de nuevo y contestó despacio:

Lo que quiero es dinero, y una buena cantidad. Espero que sea usted bueno y no se niegue...

-¿Y si me niego?

Si se niega hablaré con su esposa, y sería una vergüenza para sus hijos. Además, en el instituto lo sabrá todo el mundo, incluso el director. ¿Eso le gustaría?

Otro largo silencio. Ella se quedó unos momentos mirándose en un espejo en la pared, y al fin el hombre dijo:

-¿Cuándo quiere el dinero, y cuánto?

-En un principio, cuanto antes. Pronto serán las vacaciones de Navidad, y me gustaría hacer un viaje. De momento me conformo con dos mil euros, creo que tendré bastante con eso. Luego...

Se oyó la voz de él.

-Está bien. ¿Cómo se lo doy?

Ella pensó un momento y luego dijo:

-Si le parece bien, el jueves por la noche quedamos en el cineclub. Estaré sentada en la última fila.

-De acuerdo...

Faltaban pocos minutos para las diez y ella llegó la primera. En el cine hacía calor y se quitó el abrigo, apoyándolo en el asiento de la derecha. Estaban proyectando un documental de Cousteau, y a ella pareció interesarle. Casi no se dio cuenta de que alguien había ocupado la butaca de su izquierda. Era el profesor.

-¿Me ha traído el dinero? -preguntó sin volverse, y él contestó en voz baja:

-Le he traído lo que merecía...

Ella apenas lo percibió. De repente pudo notar que su corazón latía con fuerza y no podía respirar. Quiso decir algo, pero no tenía fuerza suficiente y no lograba ni siquiera encontrar las palabras. Sintió un fuerte dolor en el lado izquierdo del pecho que no duró mucho, porque enseguida perdió el conocimiento.

Al día siguiente, sus compañeros la echaron de menos en la clase, y se extrañaron mucho.

-Qué raro que no haya venido, en plenos exámenes -dijo la que era más amiga, y otra bajita contestó:

-No es la primera vez que se ha marchado sin despedirse, esa tía es un poco especial...

La otra dijo, ofendida:

-Tú no le tienes simpatía, pero es muy legal. ¿Será que está enferma?

La otra sonrió, mordaz.

-Qué pena, pensaba marcharse de vacaciones al extranjero, pero si está enferma no podrá viajar, me imagino...

Luego, a la salida, alzó una mano en gesto de despedida.

-Tenga felices vacaciones, profesor...

* * *

El robo

A un empresario sevillano le había tocado el gordo de la lotería y de la noche a la mañana se vio millonario. No obstante, siguió con sus negocios como si nada hubiera ocurrido.

-No podría estar ocioso -les había explicado a sus amigos-. Y ahora, con más capital, me irá mucho mejor.

Era un hombre robusto y de una gran vitalidad. Lo primero que hizo fue comprar una casa acorde a su actual nivel de vida. La vivienda era tan extensa que, según su esposa, podía haberse instalado una escuela allí.

El *chalet* se hallaba a las afueras de la ciudad. Ocupaba el centro de un gran jardín, y su fachada principal estaba cubierta de una frondosa parra. Contaba con una piscina climatizada, sauna y minigolf. Desde sus ventanas podían contemplarse las tierras bajas con sus villas y jardines alrededor, y los grandes árboles, destacándose a lo largo del río contra el sol poniente.

-Es lo que siempre soñé para nosotros -le dijo a su mujer-.

Ella dudó un momento. Aquel día la doncella había arreglado el salón con ramos de flores frescas y ella tenía un clavel en la mano. Sonrió débilmente.

-Me hace extraño, tener esos vecinos con tantísimo dinero… -pronunció en voz baja.

Él la había abrazado con fuerza.

-Pronto te acostumbrarás -le contestó-. Tú eres la más elegante, la más culta, y siempre lo serás...

No habían tenido hijos, y a los pocos meses habían decidido adoptar un niño.

-Yo prefiero una niña -había dicho ella, y él asintió:

-Será como tú quieras...

Estuvieron haciendo gestiones, y terminaron por convencerse de que habrían de adoptar en el extranjero.

-A mí me da lo mismo -dijo ella-. Lo que sí querría es que fuera bebé... Es mucho mejor tenerlos desde muy pequeños.

Habían adoptado a una niña china, que había hecho feliz a su madre. Desde un principio solo les dio alegrías, pues era muy inteligente y viva, y adoraba a sus padres. Pero no había cumplido los dos años cuando su médico se dirigió al padre por teléfono.

-Me hubiera gustado hablar personalmente con usted, pero hasta ahora no he podido localizarlo, y es bastante urgente.

Él no disimuló su alarma.

-¿Qué ocurre, doctor?

El otro tardó en contestar.

-No se preocupe, no es nada de cuidado, pero querría hacerle unas pruebas a la niña para salir de dudas.

-Unas pruebas, ¿de qué? ¿Es que le ha notado algo extraño?

El médico carraspeó.

-Bueno, verá, quisiera hacerle un electrocardiograma, es por una duda que tengo. ¿Podrían traerla cuanto antes?

-Desde luego, doctor, mañana mismo la llevamos ¿A qué hora le parece bien?

Quedaron a primera hora de la mañana, y llegaron los padres con la niña con toda puntualidad. Tomaron asiento en el despacho y, después de hacerle las pruebas pertinentes, una enfermera entró con la pequeña y se la entregó a su madre. A poco entró el doctor, y el padre se puso de pie.

-¿Qué puede decirnos? ¿Qué le pasa?

El recién llegado sonreía.

-Pueden estar ustedes tranquilos, la afección es leve, y la combatiremos con algo de medicación. Ahora mismo les haré la receta.

-¿De verdad que no tiene importancia? -le preguntó la madre, nerviosa, y él la tranquilizó con un gesto.

-La niña podrá hacer vida normal, será como los demás de su edad, no tiene que preocuparse en absoluto.

En efecto, la niña creció fuerte y alegre. En el colegio la querían todas, y era de las más aventajadas de su clase.

De todo esto hacía mucho tiempo. La esposa había fallecido hacía años, e incluso él se había jubilado. Incluso ahora seguía siendo un hombre muy bien parecido, aunque su cabello era completamente blanco.

Cuando murió la madre la chica ya había cumplido los dieciocho años, y su padre decidió de acuerdo con ella que se fuera a París y se matriculara en la Sorbona.

Aquel día estaba sentado perezosamente en un sillón de madera, y a través del gran salón con molduras de nogal podía divisar el paisaje a través de la ventana. Era una estancia agradable, con gruesas alfombras y muebles relucientes. La hija había entrado en silencio y se sentó a su lado.

-Pero ¡qué maravilla poder emprender esto, papá! -suspiró-. Siempre he querido hacerlo y hasta mamá lo deseaba. Al parecer, ella quería haberlo hecho también, pero no le dio tiempo... ¡Eres un encanto!

Cuando ocurrió la muerte de su padre ella ya se había graduado y vivía con él. Con su aprobación, había instalado en Sevilla una cadena de anticuarios, en los que se centraba sobre todo en valiosos objetos chinos.

Tal éxito tuvo que a los veinticinco años era una de las personas más ricas de la ciudad.

-No sé cuándo piensas casarte -le decían sus amigas, y a ella le daba mucha risa.

-Anda, que no sois pesadas. ¿Qué prisa tenéis?

* * *

Por fin en Madrid, en una fiesta, conoció a un abogado chino, y se casó con él. La boda había sido fastuosa, y había asistido a ella lo más exclusivo de la sociedad sevillana.

Estuvieron más de un mes de viaje de novios. Hicieron un crucero por el Caribe en un lujoso buque de recreo, recorrieron Estados Unidos y Canadá, y luego viajaron a Europa, visitando las capitales y los lagos de Suiza.

-Me hubiera gustado ir a China -dijo ella, y él se echó a reír.

-No, por favor, bastante obligación tengo ya de viajar allí de cuando en cuando por trabajo. No podría soportarlo.

Más tarde volvieron a los alrededores de Sevilla, pero en lugar de volver a su casa se alojaron en un hotel de lujo de los alrededores. El director del hotel era un hombre de edad madura

que había sido amigo de su padre, por lo que los alojó de manera gratuita en la suite nupcial.

-Ya tengo ganas de volver a casa -dijo ella, y él la besó.

-Tendremos mucho tiempo, querida, ya pronto estaremos allí.

Habían pasado dos años y estaban cada vez más unidos. Ella enseguida quiso tener hijos, pero él se negaba todavía.

-Solo lo digo por tu bien -le repetía una y otra vez-. Eres demasiado joven, espera a tener los treinta, hazlo por tu corazón.

-Mi corazón está bien -le contestaba ella, risueña.

Enseguida se hicieron amigos de muchas parejas de su entorno. Ella llevaba el negocio de los anticuarios en un elegante despacho en Sevilla, mientras que él estaba obligado a menudo a ir a Madrid, donde tenía clientes, e incluso sus asuntos le forzaban a viajar a la China.

Alternaban mucho, y aunque todo el mundo sabía que ella poseía innumerables alhajas de esmeraldas, rubíes y brillantes que pertenecieron a su madre, lo cierto era que siempre se mostraba elegante y discreta, usando tan solo detalles sobrios, como pendientes y pulseras de perlas.

Una noche acababan de volver a la casa, cuando él le dijo que un asunto lo reclamaba urgentemente en China. Ella pareció desolada. Estaban sentados en un amplio sofá en la penumbra del salón.

-No me digas que tienes que irte ahora -le dijo-. ¿Y nuestro tercer aniversario? Será pronto, ¿lo habías olvidado?

Él la estrechó entre los brazos.

-De ninguna manera -le dijo, riendo-. ¡Pero si falta todo un mes! Qué exagerada eres...

-¿Cuándo te vas? -él le pellizcó una mejilla.

-Pasado mañana. Mañana prepararé el equipaje. ¿Vas a ayudarme?

Ella movió la cabeza, pensando.

-Mañana tengo que estar en el despacho, he citado a un cliente importante que ha venido exclusivamente de América.

-¿Y pasado mañana? -ella le pasó un brazo por los hombros.

-Me tienes para ti todo el día, te acompañaré al aeropuerto.

-Fenomenal, siento dejarte sola.

Ella se encogió en el sofá.

-Bueno, no estoy sola. Está la doncella, y están el jardinero y el chófer. Y la asistenta estará todo el día. ¿Te parece poco?

Por fin había llegado el día y el chófer los trasladó hasta el avión. Al despedirse se besaron largamente.

-Me acordaré de ti cada momento, procura tardar poco, o me encontrarás muy enfadada.

Él sonrió.

-Tardaré lo menos posible, descuida.

* * *

Había pasado una semana y él no había vuelto todavía, aunque la llamaba casi a diario y hablaban un buen rato. Ella le decía que estaba muy ocupada en el despacho, que estaba trabajando mucho.

-Cómo no, querida. Tú no eres capaz de otra cosa... ¿qué haces?

-¡Qué quieres que haga? La rutina de siempre...

En efecto, era una mujer tan ordenada que su vida estaba organizada de forma perfecta. Trabajaba durante todo el día y por las noches después de cenar se desnudaba, tomaba la medicina con un poco de agua y se acostaba con un libro. Solía leer hasta que la vencía el sueño.

Pero aquella noche no pudo leer. Después de guardar el pastillero estaba de pie mirándose en un espejo que había en la pared, cuando sintió que se ahogaba. Trató de asirse a un mueble porque notó que se quedaba sin fuerzas, pero no pudo más y cayó al suelo, desvanecida.

Tenía las luces encendidas, y así permaneció durante varias horas hasta que unos golpes sonaron en la puerta.

-Señora, ¿está despierta? -se oyó-. He visto encendida la luz...

La puerta no estaba cerrada y la doncella entró. Y de pronto se quedó quieta, mirando a la mujer que estaba en el suelo.

-Señora, ¿qué le pasa? ¿Está bien?

Se aproximó a ella, la tocó y se dio cuenta de que estaba fría. Horrorizada miró a todos lados, como si no supiera muy bien lo que debía hacer. Lo primero que hizo fue despertar al jardinero, que descansaba en uno de los dormitorios de servicio.

-Por favor, venga corriendo, parece que a la señora le ha dado un ataque. Me imagino que ha sido algo de corazón...

Llamaron por teléfono al médico que la había tratado siempre, y que acudió enseguida a pesar de lo intempestivo de la hora. La llevaron a la cama, y allí la estuvo auscultando con expresión grave.

-Lleva muerta más de dos horas -les dijo.

La doncella se limpiaba las lágrimas con un pañuelito.

-¿Ha sido el corazón, doctor?

Él alzó la cabeza.

-Casi sin duda ha sido eso. ¿No tomaba la medicación?

Ella asintió.

-Sí, señor, la tomaba todas las noches.

-En fin... lo siento mucho, pero tengo que avisar a la policía, ya que no he sido testigo de su muerte, y no podría firmar el acta de defunción. ¿El señor está fuera?

Los dos criados afirmaron al unísono.

-Sí, señor -dijo el jardinero-. Además, esta vez está lejos, en China.

El médico se le quedó mirando.

-Pues habrá que avisarlo -indicó.

La policía no tardó en llegar. Venían dos hombres, uno uniformado, que era el inspector y mostró su acreditación. Se aproximó a la cama y observó a la mujer. Luego le tomó el pulso.

-¿Estaba así cuando murió?

El jardinero avanzó un paso.

-Por supuesto que no -contestó enseguida-. Estaba caída en el suelo, y la hemos echado en la cama.

El hombre pareció contrariado.

-Mal hecho -dijo-, nunca hay que hacer eso.

El doctor intervino:

-Se trataba de comprobar su estado, no sabíamos que estuviera muerta -dijo.

El inspector hizo un gesto vago.

-Está bien, está bien -admitió-. Hay que avisar a los peritos y al forense. Ustedes pueden marcharse -señaló, y los dos criados salieron.

Al poco rato había varios hombres en la habitación. El inspector se volvió hacia ellos.

-Hagan fotografías, aunque haya habido cambios. Y me gustaría que registraran bien todo el cuarto, sobre todo el secreter, y tomen nota de cualquier anomalía. Ya sé que la señora padecía del corazón y ese ha debido ser el motivo, pero dadas las circunstancias será el forense quien lo dictamine, una vez realizada la autopsia. ¿Pueden decirle al jardinero que venga? -indicó después-. Quiero saber si ya han avisado al marido. Y llamen también a la doncella, por favor.

-Ahora mismo, señor.

Hicieron un registro exhaustivo. Uno de los guardias había sacado unos documentos de un cajón y los estuvo ojeando. Algo llamó su atención.

-Mire esto -le indicó al inspector-. ¿Qué le parece?

Él movió la cabeza.

-Vaya -exclamó-. Había asegurado las joyas, es natural.

El jardinero dijo que había avisado al dueño de la casa, y de todas formas el inspector le pidió la dirección en China y el número de teléfono. Luego le preguntó a la chica:

-¿Sabe dónde guardaba la señora sus joyas?

Ella asintió con viveza.

-Sí, claro, era bastante confiada. Estaban en un compartimiento secreto que se cierra con una llavecita. Se fiaba de mí y la vi sacarlas y meterlas muchas veces. La llavecita está en el *secreter*.

-Muy bien, puede marcharse. La avisaré si la necesito.

Tres horas más tarde ya se habían llevado el cadáver, y cuando los policías abandonaron la casa ya había amanecido.

* * *

El avión había aterrizado puntualmente. Cuando los pasajeros bajaron, el abogado salió de los primeros. En el aeropuerto lo estaba aguardando el inspector, que vestía de paisano y se le había aproximado.

-Siento su pérdida -le dijo, inclinándose.

El hombre lo miró, extrañado.

-¿Quién es usted? Creo que no lo conozco.

El policía se presentó, y el otro pareció asombrarse.

-¿Un inspector? ¿A qué viene esto?

-Yo se lo explicaré. Por cierto, sepa que su chófer no vendrá a buscarlo.

Él se puso rojo.

-Pero ¿qué está diciendo?

El otro sonrió.

-No se preocupe, yo lo llevaré, y antes pasaremos por comisaría. El comisario quiere hablarle.

-¿Y si no quiero?

El inspector bajó la voz.

-Se lo ruego, señor. No tiene importancia, será pura rutina. Sabe que las circunstancias han hecho que hayamos tenido que intervenir, pero eso ocurre muchas veces.

-Está bien, vamos.

Cogieron el auto, y en poco tiempo habían llegado a su destino. Un clérigo se cruzó con ellos en la puerta. Una vez allí, lo introdujeron en un despacho donde había un hombre sentado a la mesa. Era un despacho ordenado, que sugería eficiencia. El hombre se puso en pie y le dio la mano al recién llegado. Llevaba una barbita oscura, un bigote recortado y la cabeza casi rapada.

-Siento mucho lo que le ha ocurrido, pero necesito hacerle unas preguntas.

El otro pareció resignado. Su cuerpo era delgado y flexible y llevaba su ropa con elegancia.

-Bien, pregunte lo que quiera -dijo.

-Por favor, siéntese.

Comenzó preguntándole su nombre, y otros cuantos datos para su identificación. Luego inició otras preguntas, remontándose a años atrás. El teléfono que había sobre la mesa sonó, y el comisario contestó:

-¿Qué hay?

Después de hablar varios minutos se puso en pie y fue hacia la salida.

-Va a perdonarme, pero es una llamada urgente y tengo que salir.

-Salga, salga.

Abandonó el despacho, después bajó unas escaleras y salió del edificio. Había pasado media hora cuando se abrió la puerta, y en lugar del comisario entró el inspector.

-Lo siento -dijo-. El jefe ha tenido que salir y me ha dejado encargado de lo suyo. Veamos... Dígame su nombre y el número de su carné de identidad.

El otro arrugó el ceño.

-¿Otra vez?

-Sí, si no le importa. Si usted quiere, le encargo un café.

-Claro que quiero un café -dijo, colérico.

Volvieron a empezar y el hombre parecía enojarse. Estaba muy nervioso. Un policía joven entró con un café y se lo puso delante sobre una mesita. Él no le dio las gracias.

-Pero bueno, ¿a qué viene todo esto? Hace horas que he llegado y todavía no me han dejado que vaya a mi casa.

-Tranquilo -le dijo el inspector, y él pareció saltar en el asiento.

-¿Tranquilo, dice? ¿Le parece poco que mi mujer haya muerto, y encima nos hayan robado? Pienso presentar una queja a sus superiores, sepa que tengo contactos importantes.

-No lo dudo -dijo el policía-. Pero tendremos que esperar a que vuelva el comisario.

-¡Por Dios!..-. se quejó el hombre, revolviéndose en el asiento-. ¿Es que se han propuesto sacarme de quicio?

El inspector negó con la cabeza.

-Nadie pretende sacarle de quicio. Creo que no tardará.

-Eso espero.

Bebía café a sorbitos y echó una mirada hacia la puerta que estaba medio abierta. Se sentía cansado y había ansiedad en su voz. Se pasó la mano temblorosa por el cabello.

El policía esperaba tranquilo, dando golpecitos con la uña en la superficie pulida de la mesa. Fuera se oyó ruido y el inspector hizo una mueca.

-Aquí lo tiene usted -dijo, levantándose-. Yo me voy.

Salió, pero se quedó hablando fuera con el comisario, que tardó unos minutos en entrar.

-Perdone la tardanza -se disculpó, y se acomodó en una silla frente a él.

El hombre estaba serio. Dos surcos profundos aparecieron en su frente.

-No pasa nada -ironizó-. Usted parece tener tiempo para todo.

Hubo un silencio en la habitación. El policía se quedó pensativo.

-Vamos a ver, he estado hablando con el inspector, y él me ha contado algo.

-¿Que le ha contado qué?

El comisario se encogió de hombros. Sus manos delgadas estaban enlazadas. La expresión pensativa se profundizó en su rostro.

-¿Por qué sabe usted lo del robo? Nadie le ha dicho nada, que yo sepa. Sabíamos que se había cometido un robo porque mis hombres hallaron en un *secreter* el resguardo de un importante seguro hecho para unas joyas, y las alhajas no se han encontrado.

El hombre se quedó boquiabierto.

-¿Qué dice?

-No lo sabía nadie más que nosotros -dijo despacio el comisario-. Ah, y hay algo más.

Él pareció alarmado. Respiraba con dificultad por la nariz y contuvo el aliento.

-¿Puede haber algo más?

Desde hacía un rato, un zumbido sordo parecía sacudir los cristales y todo el edificio, como si en algún piso hubiera una obra, y estuvieran utilizando un taladro.

-Su esposa no murió del corazón -dijo el comisario por fin-. El resultado de la autopsia dio que había sido envenenada aquella misma noche, y la conclusión natural fue que alguien había rellenado la cápsula del medicamento con cianuro potásico.

El marido se irguió en su asiento.

-Pero eso es imposible -gimió.

El otro asintió con un gesto. El despacho aparecía iluminado por el sol que se filtraba oblicuamente.

-Por desgracia, es lo que ha ocurrido -aseguró.

Al recién llegado le latía fuertemente el corazón y sentía que se le doblaban las piernas.

-Y, ¿quién ha podido hacerlo? -musitó.

El policía sacudió débilmente la cabeza, esforzándose por dar con las palabras adecuadas.

-¿A usted qué le parece? Y hay algo más: en el registro, mis hombres han hallado el testamento en que su esposa le legaba toda su fortuna.

El desagradable zumbido había desaparecido. Hubo un largo silencio, en el que se oyó el tictac de un reloj.

-¿Qué pretende usted? Ni que yo fuera sospechoso, no necesitaba matarla...

El policía suspiró.

-Está claro que siempre la habría heredado, pero, no sé por qué, su ambición reclamaba la posesión inmediata de todo su dinero.

Él lo miró con una expresión casi estúpida, como si no hubiera oído bien. El comisario no pudo evitar una sonrisa.

-Pero las cosas le han salido mal... Pensaba usted que el médico de siempre firmaría el acta de defunción por paro cardíaco, pero mire por cuánto hemos dado con una persona escrupulosa, que ha preferido que lo hiciera el médico forense.

La puerta se abrió un par de centímetros y unos ojos inquietos los atisbó desde allí. El policía se había puesto serio.

-Mala suerte, amigo -terminó.

* * *

El taxista

El hombre estaba demudado. Había llegado a su casa muy tarde, casi a las dos de la madrugada y, aunque procuraba no hacer ruido, los escalones crujían a su paso. Estaba definitivamente borracho, así que a duras penas pudo dar con la llave de la casa.

Su esposa lo recibió despierta y la encontró en la cocina. Tenía la radio puesta y una orquesta tocaba ya las últimas melodías de jazz. Llevaba en la mano una bandeja de platos para guardarlos en una alacena.

-Vaya, menos mal -le dijo ella y miró su reloj.

Eran las tres y media. Él colgó el abrigo en el perchero y ella lo miró de frente.

-¿Qué te ha pasado para venir a estas horas? Me dijiste que acabarías con el taxi sobre las nueve y media o diez, y fíjate la hora que es...

Él apenas podía explicarse. Carraspeó.

-Yo... tengo que decirte...

Se balanceaba con la barbilla hundida en el pecho. Su espalda se encorvaba contra el techo bajo de la cocina aguardillada. Ella clavó los ojos en los suyos, llorosos.

-¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

Él carraspeó y se volvió rígidamente.

-Me han robado.

Ella lo tomó del brazo.

-¿Que te han robado? Y, ¿cómo es eso?

Él se encogió de hombros.

-Lo que te digo, un pasajero me ha atracado y se ha llevado nuestro dinero.

Ella se había quedado helada.

-¿Conque nuestro dinero? ¿El que nos había prestado mi padre para pagar la deuda del banco?

Hizo una pausa y movió la cabeza a ambos lados.

-No puedo creerlo -continuó-. ¿Cómo es posible? Te dije esta mañana que lo ingresaras cuanto antes. ¿No lo has hecho? -dijo en un susurro horrorizado.

El hombre suspiró. Había encendido un cigarro, aspiró el humo y lo expulsó con fuerza.

¿Tú sabes el trabajo que he tenido toda la mañana? -casi gritó-. ¿Te crees que me voy tocando las narices? -mantuvo en alto el cigarrillo y su voz se elevó todavía más-. Claro, tú tranquilita en casa, y este tonto que se vaya a currar...

-Pero ¿qué estás diciendo? ¿Y tener que pedirle a mi padre el dinero? Presta atención, estoy hasta la coronilla de tus malas maneras.

Él exclamó de pronto brutalmente:

-¿Qué malas maneras? No me provoques, que puedo explotar.

Ella se le quedó mirando. Estaba rojo, y la mano del cigarrillo temblaba.

-Estás borracho -dijo-. No sé qué mosca te ha picado hoy.

-¿Te parece poco lo que me ha sucedido?

-No, me parece demasiado -arguyó ella con convicción-. Por cierto, si no te molesta, habría que llamar a mi hermano para denunciar lo del robo, cuanto antes mejor. Así nos prestarán más atención.

Él arrugó el ceño.

-No pensarás llamarlo a estas horas...

Ella bostezó.

-Pues mira, sí. Ayer, cuando estaba tendiendo la ropa me vio, y me dijo desde la ventana de su casa que estaría de guardia esta noche, así que lo llamamos.

Se precipitó en su cuarto donde estaba el teléfono. Él se quedó indeciso.

-¿Vas a llamar a la policía?

Ella se volvió.

-¿Quieres hacerlo tú?

Él denegó.

-Espera... -murmuró.

-No espero nada -dijo ella, y marcó un número en el teléfono.

Él la miraba hacer.

-Como quieras -dijo en voz muy baja-. Pero yo lo dejaría, de momento -añadió en tono implorante.

Ella estaba de mal humor. No colgó el teléfono, y cuando lo cogieron peguntó con voz tímida por su hermano. Se oía gritar órdenes y varias personas hablando a la vez. El que lo había cogido contestó:

-No se encuentra ahora mismo aquí, pero ha dicho que volvería enseguida.

-Dígale que me llame cuando vuelva, por favor.

El otro asintió. Ella volvió con su marido y vio que se le habían caído un pañuelo y la cartera. Ella se agachó y estaba recogiendo ambas cosas cuando se dio cuenta de que en esta había una tarjeta amarilla. La sacó, la leyó y era el anuncio de una sala de bingo. La examinó sonriendo.

-¿Es tuyo esto? -preguntó de buen humor, y entonces él se volvió. Su cara ardía ahora de vergüenza.

-No sé... -le dijo idiotamente.

-Querido -recalcó ella-, pues si no es tuya, ¿de quién es?

-¡Deja eso! -dijo él de pronto-. No tienes ningún derecho...

Ella se echó a reír.

-¿Que no? ¿Y resulta que te habían atracado en el taxi?

-La cosa no tiene gracia -dijo él con un esfuerzo.

-Y tanto que no la tiene, dímelo a mí.

Él no dijo nada. Llamaron al teléfono y ella contestó.

-¿Qué querías? -le preguntó su hermano-. Me dicen que me acabas de llamar.

-Ha sido una confusión -dijo ella-. Perdona.

El policía se llevó la mano a la frente.

-¿No era nada, y son las cuatro de la madrugada? -resopló-. Muy propio de ti.

-Te he pedido perdón -le dijo ella, y el hermano se encogió de hombros.

-No, si a mí me da igual. Pero tú tienes unas cosas...

-Bueno, vale, déjalo ya. Mañana nos vemos. Colgó el teléfono y se volvió al marido.

-Descuida, no pensaba contarle la verdad, que habías perdido el dinero en el bingo y no te atrevías a decírmelo...

* * *

El telegrama

Era un viernes por la mañana, a primeros de mes. Se oyeron pisadas en las escaleras, y a poco llamaron a la puerta de la modesta vivienda. El recién llegado apretó el timbre y esperó. Se trataba de un chico delgado, nervudo y de rostro estrecho.

La dueña de la casa salió a abrir: era una corpulenta mujer de mediana edad, y llevaba rulos en la cabeza.

-Es un telegrama -le explicó el muchacho, tendiéndole un papel.

Ella pensó enseguida que sería de su hijo, que estudiaba en la capital, y estaba en una residencia de estudiantes. Se quedó mirando el telegrama con expresión preocupada.

-No sé qué pueda ser -pronunció en voz baja.

El mensajero aguardaba.

-Perdone -dijo ella, sacando del bolsillo unas monedas.

El chico dio las gracias con una inclinación; después bajó las escaleras y salió del edificio, silbando.

La mujer torció la cabeza y abrió nerviosamente el papel.

-¿Qué es? -oyó por detrás.

Ella se volvió y observó a su marido.

-Parece de Javier -contestó.

Él era un hombre de edad madura, de cabellos canosos, con gafas, y en la nariz algo que parecía un gran lunar. Los años había

humedecido sus ojos, dejándolos sin brillo. Con un sonido ronco, manifestó su interés.

-Pero ¿qué es?

Ella dudó un momento antes de contestar.

-Nos manda un telegrama diciendo que tiene una deuda, que pasarán enseguida a cobrar.

-¿Cómo?

La mujer agitó la cabeza.

-Ha necesitado un dinero para comprar libros, y otras cosas necesarias para sus estudios -se detuvo un momento-. Dice que lo explicará todo en una próxima carta. Y que, si no lo pagamos, puede intervenir la policía...

Él no estaba seguro de haber escuchado correctamente Echó una ojeada al pedazo de papel. Luego, frunciendo el ceño, leyó y releyó la nota.

Su esposa bajó la mirada.

-Es natural, hombre. Ya sabes lo que son los estudios. No tenemos más hijos que él...

-Y habrá que pagar esa deuda, ¿verdad?

-Creo que sí...

Él se encogió de hombros.

-Pues sí que estamos buenos -gruñó.

Almorzaron en silencio, y después él se quedó recostado en un sillón. Estaban viendo la televisión cuando llamaron de nuevo a la puerta, con un timbrazo corto y rápido.

La mujer abrió solo un par de centímetros, y con ojos inquietos atisbó desde allí el descansillo. Hubo luego un sonido metálico, y la hoja se abrió de par en par. Enfrente, había un joven sonriente, de aspecto agradable. Ella le dirigió una mirada sorprendida.

-¿Qué desea? -preguntó.

Era un muchacho bien plantado, con una bonita dentadura y un lustroso pelo rubio. Extendió la mano derecha, en forma amigable.

–¿Es usted la madre de Javier?

Ella lo miró con una expresión casi estúpida, como si no lo hubiera oído. Pero luego contestó:

-Sí, yo lo soy -dijo, tendiéndole la mano a su vez.

-Yo soy un compañero de su hijo. Ocupamos la misma habitación en la residencia de estudiantes. Además, estamos juntos en el grupo musical. Él es el cantante, tiene muy buena voz.

Ella lo observó. Se esforzó por sonreír con expresión cordial.

-Pase -dijo, mostrándole el camino.

Él habló despacio.

-Yo... no quisiera molestarla.

-No se preocupe, no es molestia. Se trata de mi hijo.

Metiendo la mano en su bolsillo, él sacó una fotografía. Era la de un grupo musical, en pleno concierto de rock.

-Tenga, aquí estamos juntos, me ha encargado que se la dé. Al parecer necesita dinero para cubrir algunos gastos. Como yo tenía que venir, me ha pedido que me pasara por su casa para recoger ese dinero. Parece que le corre bastante prisa.

Ella aspiró profundamente.

-Sí, ya lo sé.

Él estudió el rostro ruborizado de la mujer.

-Tengo que volver, y no puedo entretenerme mucho...

Ella vaciló.

-¿No quiere pasar?.

Se oyeron unos pasos dentro, y apareció el padre, con las mangas de la camisa arremangadas. Echó una mirada sorprendida a su esposa por encima del hombro.

-¿Qué ocurre? -preguntó-. ¿Quién es?

Ella apretó los labios. Pensó un momento antes de responder.

-Es el compañero de Javier. Asegura que él y nuestro hijo se llevan muy bien. Trae una foto suya, mira -mostró.

-Ya -admitió el hombre, disimulando su mal humor.

El muchacho lo miró de hito en hito.

-Siento darles esta molestia -se disculpó-; pero Javier me lo ha pedido...

–No se preocupe -dijo ella-. ¿No quiere tomar un café?

-No quisiera ser inoportuno -dijo el chico, en tono de disculpa.

-Al contrario -protestó ella-. Somos nosotros los que le estamos agradecidos.

-Está bien, gracias -aceptó él.

Mientras la madre entraba a preparar el café, el visitante se dejó caer en una silla de la pequeña sala. El padre entró en el dormitorio, y tardó unos minutos en salir. Respiraba pesadamente. Traía un sobre en la mano.

-De casualidad tenía este dinero en casa -se limitó a gruñir-. Acabo de cobrar mi pensión de este mes.

Se instaló en el sofá. La mujer volvió con el café, y se sentó a su vez en el borde de una butaca frente a ellos. Sirvió el café con mano temblorosa, y lo bebió a pequeños sorbos. Ahora, el muchacho la estaba observando con atención.

-Su hijo se parece a usted -indicó amablemente.

Mientras le hacía preguntas sobre sus estudios y la vida en la residencia, ella pensó que el compañero de Javier era una persona agradable. Sacudió la cabeza.

-Dígale que nos acordamos muchísimo de él.

El muchacho asintió. Dejó su taza, con un ligero clic, en el platito, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Se puso en pie.

-Bien, muchas gracias por todo -dijo, guardando el sobre en un bolsillo-. Ahora debo irme -concluyó.

Alzó una mano en un saludo casual y salió de la casa. Ya en la calle miró a derecha e izquierda. Todavía conservaba el original del telegrama, que había enviado por la mañana, desde la capital.

Se quedó mirando el papel, y lo partió en pedazos muy pequeños.

-Serán unas buenas vacaciones -sonrió en su interior.

El aire, en una ráfaga, los hizo bailar en el aire, voltiquear y luego desaparecer.

Él tomó la acera. Había dado media vuelta y se alejó rápidamente.

De pronto sus labios delgados se torcieron a un lado. Todo había resultado muy fácil. Lo cierto es que conocía muy poco a

Javier, y él ni siquiera lo recordaría. Por medio de amigos comunes se informó de las señas de su familia, y de sus características. Puso el telegrama, acudió a la vivienda, y lo demás fue pan comido. No pestañeó mientras decía: su hijo necesita dinero...

En la casa, el hombre conectó el aparato de televisión y se sentó delante de la pantalla, mientras ella trasteaba en la cocina. Luego se levantó, y apagó el televisor.

Durante los días siguientes no hubo novedades. La carta con la explicación nunca llegaría.

Al cabo de una semana, supieron por Javier que aquello había sido un timo.

La madre aspiró profundamente. Las lágrimas vinieron a sus ojos; se sentía traicionada. Musitó:

-En estos tiempos, una no puede fiarse de nadie...

* * *

El viaje

Era una mujercita morena, de unos cuarenta y cinco años, aunque representaba algunos más. A diferencia de sus compañeras no solía ir bien arreglada, y no se preocupaba mucho por su peinado como hacían otras, incluso mayores.

La mujer había telefoneado aquella mañana a la oficina. Se trataba de un bufete de abogados de mediana importancia, que tenía veinte letrados en plantilla con otros tantos secretarios, y aceptaba entre sus clientes a sectores inmobiliarios, de la banca y del mercado laboral. Un compañero había respondido a su llamada.

-No me encuentro bien, lo siento mucho -dijo ella-. Todavía no sé lo que tengo porque estoy esperando al médico, pero tengo una fiebre muy alta y presiento que tendré que faltar varios días, una semana quizá.

El hombre no tardó en contestar.

-No te preocupes para nada, ponte bien -le dijo-. Es muy mala época para las gripes, y es peligroso no cuidarlas, pueden traer complicaciones.

-Está bien, ya llamaré con lo que sea.

Llevaba trabajando en la empresa más de quince años y, aunque su salario no era tan elevado como los percibidos en despachos más grandes no podía quejarse, y además estaba encantada con su cometido como secretaria.

Precisamente ahora era el veinte aniversario de su boda y estaba muy emocionada. Había convencido al marido de que debían

efectuar una especie de viaje de novios y, aunque en principio él se resistió, acabaron poniéndose de acuerdo.

Habían planeado hacer un viaje de una semana al menos, pero, aunque el marido era autónomo y podía disponer de su tiempo, ella había agotado sus vacaciones anuales, por lo que le era imposible faltar al trabajo. Por eso había alegado enfermedad. Consultaron las fechas y ella señaló:

-Ahora o nunca -dijo-. Es temporada baja, así que los hoteles y los viajes no estarán tan caros.

-Bueno, en eso tienes razón -afirmó él.

Pasaron veinticuatro horas, y al día siguiente fue él mismo quien llamó al bufete y dio la noticia. Esta vez fue una voz femenina quien contestó al teléfono.

-Mire, mi esposa les llamó ayer para decirles que estaba enferma, pero hoy... Bueno, tengo que decirle que esta madrugada ha muerto. No he podido hacer nada, y cuando el médico llegó no pudo hacer nada tampoco.

La compañera estaba consternada.

-Pero ¿cómo es posible? Ayer supe que no se encontraba nada bien, pero de ahí a morirse...

Él contestó con un sollozo.

-Sí que no parece posible, pero es lo que ha ocurrido.

La compañera tardó en hablar.

-Bueno, no tengo ni que decirle cuánto lo sentiremos todos. De todas formas, le agradecería que nos comunicara cuándo será el entierro. Por supuesto que acudiremos todos, y lo mismo si hay

alguna misa o funeral... Cuente con que la oficina le hará llegar una buena corona de flores.

-En cuanto lo sepa, lo diré -pronunció el marido despacio-. Y muchas gracias por el interés con que ustedes se lo han tomado.

-No hay que darlas, por favor. Después de tantos años...

La compañera transmitió la noticia al resto de la plantilla, y fue una sorpresa general.

-Es raro -comentó una muchacha joven-. Parecía tan contenta...

-¿Estaba contenta? ¿Por qué?

Ella respondió con convicción:

-Éramos muy amigas, aunque no lo creáis. Me confió un secreto que la hacía muy feliz.

Uno de los secretarios más jóvenes pareció extrañado.

-Y, ¿qué secreto es ese, tan misterioso?

La compañera movió la cabeza.

-Bueno, ahora ya da lo mismo, creo que puedo contarlo. Se cumplía el veinte aniversario de su boda, y estaba la mar de emocionada pensando que quizá podrían emprender un segundo viaje de novios.

-Vaya, sí que es trágico -dijo él, y abrió los brazos en un gesto expresivo-. Pero ¿le quedaban vacaciones?

Ella estaba pensativa.

-Eso pensé yo. Pero me dijo... -se detuvo un momento y después continuó-: Bien, ahora ya puedo contarlo. Me dijo que, para poder hacerlo, iba tan solo a simular una enfermedad, y ahora está muerta...

* * *

El entierro estuvo muy concurrido, pues todos los vecinos y muchos amigos acudieron a él. Había gente de todas las edades, desde personas ancianas a jóvenes, y todo el mundo parecía haber sentido mucho su pérdida.

-Es increíble, parecía gozar de buena salud.

-Es cierto que lo parecía, pero nunca se sabe...

El cementerio estaba a las afueras de la ciudad, y a su entrada habían aparcado un buen número de automóviles. Incluso, algunos habían avanzado hasta las proximidades de la tumba. Había venido un sacerdote para rezar las últimas preces, y sobre la losa de mármol se habían depositado varios ramos de flores, y una hermosa corona enviada por sus compañeros de oficina.

La familia de ella acudió al completo. Sus padres ya habían muerto, pero tenía dos hermanas que habían llegado de fuera. Una de ellas acudió con su marido y la otra, que estaba soltera, había viajado acompañada de dos amigas.

También tenía un hermano que acudió con su esposa, ambos muy enlutados. La cuñada era una mujer alta y robusta, con el pelo canoso, y bonitas facciones. Desde su entrada en el cementerio estuvo llorando desconsolada.

-Quién nos lo iba a decir -murmuraba-. Siempre pensé que duraría más que yo, era tan positiva y optimista...

El marido acudió, también vestido de negro, y pronto lo rodearon sus amigos. Era un hombre alto y fuerte, con un hermoso cabello canoso y una particular arrogancia. Todos los compañeros de su mujer le ofrecieron sus condolencias.

-Cuánto os agradezco que estéis aquí -les decía-. Sé que ella os apreciaba a todos, y estará muy contenta de que hayáis venido a despedirla por última vez.

-Vamos, no faltaba más...

Él era periodista y fotógrafo, y se había hecho un gran nombre dentro de su profesión. Se movía en ambientes elevados y por su trabajo conocía a mucha gente de las altas esferas. Sus clientes iban desde actores de cine y teatro a políticos importantes de varios partidos.

Entre los asistentes había una mujer alta, con el pelo de un rubio dorado y una figura escultural. Llevaba un traje de chaqueta gris muy elegante, guantes del mismo color y un gran bolso de piel natural.

Había permanecido todo el tiempo en segunda fila y no se hizo notar, aunque no pudo evitar llamar la atención de muchos de los asistentes.

-¿Quién será esa mujer tan guapa? -se preguntaban-. No debe ser de aquí, no la conozco de nada.

-Yo tampoco sé quién es, es la primera vez que la veo.

Al final, el esposo se despidió de sus cuñados y de todos los compañeros y amigos. Fue una de las últimas personas que abandonaron el cementerio.

Cuando por fin salió, su coche lo esperaba fuera. Aguardó un momento a la mujer rubia, y ambos se fueron juntos en el coche.

El grupo de los compañeros de su esposa se habían marchado ya, pero su joven amiga se había quedado rezagada, acompañada de su novio. Así que pudo ver cómo el marido salía del aparcamiento.

-Qué cosa tan curiosa -comentó-. Ignoro de quién se trata. No debe ser de la familia, no la había visto nunca.

El novio, que también la había visto meterse en el coche, movió la cabeza.

-A lo mejor el marido ya se ha buscado una sustituta... y no tiene mal gusto -rio-. Bueno, habrá que ir a alguna parte. Hace tiempo que no vamos a bailar.

-Hijo, no creas que me hace mucha gracia, con mi amiga casi de cuerpo presente...

-Tienes razón -afirmó él-. Lo dejaremos para otro día.

Días más tarde quedaron en salir, y acudieron a una conocida discoteca. La música era tan ruidosa que la chica se tapó los oídos con las manos.

-¿De verdad te gusta este sitio? -dijo, muy molesta-. Yo lo encuentro horrible,

-Está bien, si te parece podemos ir a otro lugar más tranquilo.

-Me parece muy bien, algún lugar donde se pueda bailar, pero no con tanto ruido.

Cuando salían, casi tropezaron con el marido de su amiga, que iba acompañado por la misma mujer. En esta ocasión ella estaba deslumbrante. Llevaba un traje descotado y muy ceñido, que hacía resaltar su cuerpo escultural. Se cubría con una estola de piel. Iban cogidos de la cintura y ella reía, divertida.

Nada más entrar él le quitó la estola y la besó en los labios. Luego se dirigió al ropero, y le dejó la prenda a un muchacho muy joven.

-No vayas a perderla, que vale una pasta -bromeó.

-Desde luego, señor, no se preocupe -dijo el muchacho, dándole una pequeña chapa, a lo que él correspondió con una buena propina.

-Muchas gracias, señor.

La amiga y su novio ya estaban en la calle, pero desde fuera ella siguió mirando unos momentos a los recién llegados.

-¿Has visto a esa pareja? -preguntó, volviéndose-. Él es el marido de aquella compañera que murió hace unos meses.

Él asintió.

-Sí, aquella que murió de repente una noche.

-La misma. Ya acudió con ella al entierro de su esposa.

El novio se echó a reír.

-Pues, como ya te dije, parece que se ha consolado muy pronto...

Ella movió la cabeza.

-Sí, demasiado pronto, según creo -contestó, pensativa.

Al cabo de algún tiempo, leyeron en el periódico que la pareja se había casado.

-Al parecer ella está forrada de dinero -comentó la amiga-. Vaya boda, no han debido escatimar los gastos, está toda la alta sociedad.

El novio arrugó el ceño.

-Claro, según dice ahí, ella es una actriz de mucho prestigio -afirmó-. No ha elegido mal, el viudo...

-Y que lo digas -dijo la novia, pensativa-. ¿Sabes una cosa? Que hay algo en todo esto que no me gusta nada.

Él pareció extrañado.

-¿Por qué?

Ella dudó antes de contestar.

-Todo parece demasiado fácil, pero yo no me fío...

Él estuvo a punto de soltar la carcajada.

-¿Qué dices, mujer?

-Lo que oyes. Aquí hay gato encerrado, pero la cosa no va a quedar así.

Al llegar a su casa, la chica estuvo un rato dudando. Por fin se decidió. Descolgó el teléfono y marcó un número.

-¿Es la policía?

-Sí, aquí es. ¿Qué se le ofrece, señora?

Ella carraspeó.

-Quiero denunciar algo muy raro -dijo con voz entrecortada.

-¿Muy raro? ¿A qué se refiere?

Ella estuvo dando su nombre y dirección. Al final, su tono era firme. Estuvo contando todo lo sucedido, desde el día en que se recibió en el despacho la llamada de su compañera. Habló también de su intención de hacer un viaje, y de su muerte repentina. Y de cómo el marido cuando asistió al entierro acompañaba ya a aquella mujer tan hermosa, que además debía ser muy rica.

-Y hoy he leído que ya se han casado. Creo que tienen ustedes bastante como para iniciar una investigación.

La voz del otro lado sonó alterada.

-¿Está diciendo que habría que realizar una autopsia?

Ella chasqueó la lengua.

-Yo no digo nada, pero tengo una teoría...

El otro parecía muy intrigado.

-Y ¿cuál es, si puede saberse?

La chica contestó despacio.

-Pues sí, se lo diré. Aprovechando que ella había simulado una enfermedad, y que todos pensábamos que estaba enferma, el marido aprovechó la ocasión para asesinarla de veras...

* * *

El yate

Era un yate a motor de lujo, de cuarenta metros de eslora. Era cómodo, pero no demasiado grande como para no poder entrar en los puertos medianos más agradables del mundo.

Fácil de manejar con pocos tripulantes, ofrecía un alto nivel de confort. La decoración interior se había adaptado a las necesidades y gustos de sus dueños para acomodar a sus numerosos amigos. Su capacidad era de hasta doce invitados, en sus seis camarotes tipo suite,

En tiempos, el dueño había tenido la costumbre de viajar a menudo acompañado de sus amistades. Con ellos había explorado costas exóticas, se había detenido en los principales puertos y había vivido aventuras ciertamente únicas.

-Todo lo ha ganado con su esfuerzo, desde muy joven fue un gran emprendedor -comentaban sus amigos-. Lástima, que haya muerto en la flor de la vida.

Cuando falleció era dueño de importantes empresas que dirigía personalmente, sin abandonar su hermoso yate. Su viuda quedó desconsolada.

-Si siquiera hubieran tenido hijos... -comentaban sus amistades-. Pero se ha quedado completamente sola, con esa enorme casa, y con ese yate que le traerá toda clase de recuerdos.

-No tendrían hijos, pero siempre estuvieron muy compenetrados...

Habían pasado varios meses en que casi no se había comunicado con nadie, pero aquella tarde había convocado a varios amigos en

el barco. Todos los invitados habían ido llegando a lo largo del día, algunos venidos de lejos.

-Es maravilloso que volvamos a vernos -le decían-. Hacía tanto tiempo...

Había dado permiso a la tripulación para que bajaran a tierra sobre las seis o seis y media de la tarde.

-Pueden quedarse fuera hasta mañana -les dijo-. No les voy a necesitar.

-¿Está segura?

-Sí, claro que lo estoy. Y procuren pasarlo lo mejor posible.

Había mandado preparar al cocinero una exquisita cena fría. El hombre llevaba mucho tiempo con el matrimonio y era un verdadero conocedor de las cocinas de varios países, elaborándolas a la perfección.

Todo estaba preparado, incluidos los platos y cubiertos de plata, así como la hermosa cristalería tallada, que incluía elegantes copas de champán.

El comedor tenía una mesa redonda de madera, una docena de sillas confortables y un banco a juego con la mesa.

-Hoy seremos siete personas -dijo la dueña del barco-. Esperaba a dos amigas más, pero han debido arrepentirse a última hora.

Era una mujercita menuda, de piel y ojos muy claros. Llevaba un vestido negro, largo hasta los tobillos, con un broche de diamantes, ovalado, en el hombro.

Llegada la hora se acomodaron todos en torno a la mesa. A su lado se había sentado una pareja de mediana edad. Él era un hombre canoso y muy elegante. la esposa había sido muy bella, pero

actualmente su poca salud era patente: había adelgazado mucho y tenía unas grandes ojeras moradas.

-Venid a mi derecha -había dicho ella-. Y poneos bien cómodos.

A su izquierda se había sentado un matrimonio de gente mayor. La esposa tenía buen aspecto pese a su ancianidad, aunque estaba algo sorda, pero él era un anciano consumido, con la mente ofuscada por un alzhéimer galopante.

-Cómo me gusta teneros aquí -les dijo ella, alzando la voz; y la mujer le sonrió.

-Tú tan agradable como siempre -le dijo.

Enfrente se sentaron una madre y su hijo. Ella era viuda, farmacéutica, y el hijo era un chico muy alto y delgado, con el cabello de un rubio pajizo. El muchacho era retraído, y en cambio su madre hablaba por los dos.

Estuvieron charlando de todo, recordando tiempos antiguos y, cómo no, hablaron del hombre fallecido.

-Era maravilloso -dijo la farmacéutica-. El mejor amigo que he tenido, y el más cariñoso con mi chico. Lástima que no llegaran a conocerse mi marido y él...

La anfitriona sonrió dulcemente.

-¿Queréis oír algo de música? -dijo, levantándose-. Tengo toda clase de discos: ópera, clásicos, tengo hasta tangos de Gardel.

-Oh, me encanta la música -dijo la mujer de su derecha-. Ya sé que tienes una colección de discos de lo más completa, tu marido solía ponerlos.

Ella se volvió.

-¿Tenéis alguna preferencia? ¿Beethoven, Bach, Tchaikovsky?

Varios contestaron a la vez:

-No, no, lo que tú quieras. Lo que quieras estará bien.

Ella había escogido el concierto para piano de Mozart, y todos aplaudieron.

-Es mi favorito -dijo la farmacéutica.

Iba cayendo la tarde y todos hacían grandes elogios de la cena.

-Este cocinero que tienes es de lo mejor. Siempre ha sido fantástico, pero sigue mejorando.

-Ella había entornado la mirada.

-A mi marido le encantaba. Tiene una gran curiosidad, aprende de todos los sitios donde va.

Estuvieron un rato en silencio, escuchando la música. Todos parecían serenos. Por las ventanas se veía la tarde decaer.

-Lo hemos pasado muy bien -dijo la mujer delgada-. Ha sido de lo más agradable pasar la tarde con vosotros.

Su esposo afirmó con un gesto.

-Sí que ha sido inolvidable -sonrió.

La dueña del barco le dirigió una mirada llena de cariño.

-No tendrás mucho tiempo para recordar...

-Ha sido un acierto por nuestra parte reunirnos hoy -afirmó la mujer-. Suerte que todos estábamos dispuestos.

La dueña del barco había bajado a la bodega y volvió con una botella de champán. Sacaron las copas de un armario y las pusieron sobre la mesa.

-Ahora, todos tenemos que brindar. Pasadme vuestras copas. Y tú, ya sabes lo que tienes que hacer -le dijo a la farmacéutica que asintió, muy seria.

-Claro, no te preocupes.

Todos entrechocaron sus copas, y el hombre canoso se puso de pie.

-Por nosotros -dijo, haciendo un gesto con que los abarcaba a todos-. Amigos, hasta siempre.

Su esposa saboreó la bebida.

-No se nota el sabor en absoluto, eres una artista -le dijo a la madre del chico.

La dueña del yate dejó la copa sobre la mesa.

-Siempre lo ha sido, en muchos sentidos. No os hacéis idea de las esculturas que ha hecho. Algunas han sido expuestas en varios países. Además, en su profesión siempre digo que ha sido la mejor...

La música seguía. Las luces del techo se habían apagado, y en el comedor reinaba una agradable penumbra.

Luego llegó la noche, y el silencio se apoderó del puerto. Nadie había salido del barco, que cabeceaba tranquilo.

El capitán del yate, por la mañana, fue el primero en llegar. No había nadie en los camarotes, lo mismo que en cubierta.

-¿Qué es esto? -exclamó en voz alta-. ¿Dónde se han metido?

A continuación, entró en el comedor. El espectáculo era tan increíble que creyó que soñaba: Todos los invitados, además de la dueña, ocupaban sus sillas en torno a la mesa. Unos habían caído de bruces, y el anciano había resbalado y estaba tendido en el suelo.

-Pero ¿esto que es?

Un marinero lo había seguido y los miró a todos, asombrado. El cocinero venía detrás.

-Parece que se han desmayado -observó el chico, frunciendo el entrecejo. Luego añadió, volviéndose-: ¿No les habrá sentado mal la cena?

El hombre contestó, acercándose:

–¡Seguro que no! Yo mismo la preparé ayer antes de salir, y todos los alimentos estaban en perfectas condiciones...

-¿Y los vinos? -preguntó el capitán, y él contestó enseguida:

-Por supuesto, también. Los subí todos de la bodega... menos el champán. Ese lo subiría la señora.

Se habían aproximado, y en cuanto tocaron los cuerpos vieron que estaban fríos. Fue entonces cuando el capitán se alarmó de veras.

-Hay que llamar a un médico -gritó, y uno de los marineros movió la cabeza.

-Bien, lo llamaremos, pero opino que toda esta gente está bien muerta...

El médico tardó en llegar un cuarto de hora. Entró en el comedor y pareció asombrarse al ver el espectáculo. Tardó minutos en decir:

-Enseguida, llamen a la policía. Se trata de un envenenamiento, sin duda.

* * *

Aquello dio mucho que hablar en la ciudad. El comisario había acudido en persona, y todo un equipo se encargó del caso. El forense, después de las autopsias, comunicó los resultados.

-En efecto, todos han muerto envenenados. El tóxico estaba en el champán. Se trata de una toxina botulínica, uno de los venenos más potentes que hay, y muy fácil de producir. A pequeñas dosis, la utilizan incluso en clínicas dentales...

En la comisaría del puerto, el comisario jefe estaba en su despacho rodeado de varios policías.

Se habían sentado y aguardaban con impaciencia. Todo aquello parecía de locos.

-Al parecer, ha sido un suicidio colectivo -informó-. Se reunieron varias personas que querían morir, y lo llevaron a cabo con toda intención.

Un inspector se había puesto en pie.

-¿Cómo puede ser eso?

El comisario se le quedó mirando.

-Hemos investigado la vida de cada fallecido, y al parecer cada uno tenía sus razones: en cuanto a la dueña del barco, todas sus amistades dicen que al quedarse viuda había perdido las ganas de vivir.

El inspector intervino de nuevo:

-Pero ¿y los otros?

-Pues verá: en un matrimonio, la esposa había enfermado de cáncer, y la esperaban unos sufrimientos horribles. Su esposo querría evitárselos, y tampoco quería quedarse viudo.

-Ah, ya... ¿Y el matrimonio anciano?

El comisario sonrió tristemente.

-El marido tenía un grave Alzheimer. Algunas personas viven más de diez años desde el primer diagnóstico, lo cual es difícil de soportar para una pareja entrada en años.

El inspector se quedó pensativo.

-¿Y ese chico tan joven? ¿También quería morir?

El comisario echó una mirada a su reloj.

-Yo pienso que no. Pero hemos sabido que estaba diagnosticado de una parálisis progresiva. En esos casos, poco a poco el cerebro va degenerando: pierden el habla, no pueden tragar, y llegan a quedarse ciegos. Más tarde llega la demencia... -después de una pausa, añadió-: En ese caso, ha debido ser la madre la que ha tomado la decisión.

El inspector se sentó de nuevo y aspiró profundamente.

-Madre mía, qué cosas...

El comisario habló despacio:

-Nos quejamos de todo, y no nos damos cuenta de las cosas que pasan por el mundo. Y, en general, todos somos tan afortunados...

* * *

La acampada

Un grupo de muchachas que cursaban el último año de bachillerato se habían reunido a tomar el aperitivo en una cafetería de la ciudad. Era un local acogedor, con pequeñas mesitas cubiertas con manteles de color naranja. Encima de cada una había una lamparita encendida y un pequeño jarrón con flores frescas.

Una de ellas era una chica menuda, con el pelo oscuro y rizado y una bonita sonrisa. Parecía comunicativa, y llevaba la iniciativa en la conversación.

-Hay que ver ese Tom, con lo guapo que es y los bonitos ojos que tiene, y lo desagradable que es con todo el mundo -comentó-. Además en un mentiroso redomado, lo sé por experiencia...

-Ya, ya, estás hablando de Tomás -dijo una más alta, que tenía el cabello rubio y liso-. Y, al parecer, también es amigo de lo ajeno... No hace mucho que faltó en dirección una cantidad de dinero, y parece que fue él quien lo cogió.

Su compañera se mostró asombrada.

-¡No me digas!...

Ella soltó una risita.

-Bueno, es hijo único y lo han mimado demasiado. Lo mismo su padre que su madre son ricos, y él se lo tiene bien creído.

-Claro que son ricos -asintió la primera-. Viven en un piso estupendo en el centro. Lo sé, porque mi hermano me ha dicho que suele reunir allí a los amigos y a algún compañero de clase.

-Es cierto -dijo una tercera con el pelo muy corto y unos ojos muy verdes-. Pero no se reúnen para estudiar, sino para jugar a las cartas o drogarse, vaya panda que son.

Por su parte, un grupo de chicos que también asistían a su último año en el instituto, solían quedar los sábados para irse de acampada a algún lugar fuera de la ciudad, o a alguna playa de los alrededores. Uno de ellos era Tomás.

Era sábado y acababa de empezar la primavera, pero este día algunos estaban estudiando y se negaron a salir, así que quedaron solos Tomás y un chico pelirrojo, uno de los más jóvenes del curso. Este se le quedó mirando.

-Tengo que decirte una cosa -le dijo en voz baja-. Ese reloj que llevas no es tuyo, sino que lo has robado, y es un magnífico reloj. Conozco a su dueño, que es compañero de mi hermana, y sé que sus abuelos se lo habían regalado por su cumpleaños. Así que, o se lo devuelves o te denuncio al director.

Él no se amilanó.

-¿Ahora eres un chivato? -rio.

-El otro estaba serio.

-Te aseguro que lo haré -recalcó.

El compañero se encogió de hombros.

-Está bien, como quieras. Con la condición de que vengas de acampada conmigo.

El amigo se quedó pensativo.

-Bueno, vale. No tengo otra cosa que hacer, así que podemos ir juntos.

El lugar estaba a pocos kilómetros y a primera hora de la mañana se fueron en el coche de Tom. Rodearon una playa enorme y pusieron la tienda de campaña, cerca de la orilla.

La arena era fina y la temperatura del agua agradable. A ambos lados de la playa había rocas, y desde allí solía la gente joven lanzarse de cabeza al mar.

Estuvieron nadando un rato. Cuando estaban cerca de las rocas treparon con agilidad para lanzarse desde arriba. Pero Tom, agachándose, cogió una gran piedra del suelo y golpeó en la cabeza a su amigo con saña. Luego empujó su cuerpo hacia una poza y, volviendo por donde había venido, recogió sus cosas y se fue.

Por la tarde, unos excursionistas encontraron el cuerpo y avisaron a la policía.

Interrogaron al grupo de amigos, y cada uno dio su versión de los hechos.

-Solemos salir todos a acampar los sábados por la mañana, pero la semana que viene tenemos exámenes parciales, y casi todos nos hemos quedado estudiando. Uno de la pandilla está enfermo, y no se ha levantado de la cama.

-¿Y no faltó nadie más?

El chico arrugó el ceño.

Bueno... casi nadie, menos Tomás y un amigo suyo pelirrojo. ¿Les ha pasado algo?

El policía asintió:

-Sí, por desgracia. Uno de los chicos ha muerto.

El muchacho no disimuló su asombro.

-¿Muerto? ¿No habrá sido Tomás?

El comisario denegó.

-No ha sido Tomás, sino el otro -aseguró despacio-. Una gran desgracia para unos padres de familia numerosa. Acaban de saberlo y están desconsolados.

-Claro, no me extraña -dijo él.

Cuando el comisario habló con Tom, él negó haberse visto con su amigo.

-Yo tenía hora en el dentista para que me arreglara una caries. Todavía tengo la cara dolorida -añadió-. Por cierto, que mi amigo parecía deprimido de un tiempo a esta parte...

-¿Ah, sí? ¿Por qué lo dice?

Él tardó en contestar.

-Al parecer, estaba triste porque había roto con su novia de años, o eso me dijo.

-¿Cuándo tuvieron esa conversación?

El chico estaba pensativo.

-El jueves por la tarde, al salir de clase, me dijo que su novia lo había dejado, que se había ido fuera a casa de su hermana. Luego, no volví a hablar con él.

-Pero bueno, ¿tan deprimido estaba? ¿Tanto como para quitarse la vida?

-Pues mire, no lo sé. Nadie sabe lo que hay en la cabeza de los otros...

-Claro, eso es verdad.

La policía siguió interrogando a los alumnos. Una compañera sabía que había roto con la novia, y que estaba deprimido por ello.

-Yo le dije que no era para tanto -afirmó, moviendo la cabeza-. Que seguramente ella volvería con él, pero no pude animarlo, estaba deshecho.

Luego, la policía habló con la novia del muerto, que estaba desconsolada.

-¿No dicen sus compañeros que habían reñido?

Ella no contestaba. Estuvo un rato sollozando, con la cabeza baja. Luego los miró.

-Pues... sí. Pero el viernes por la noche hablamos por teléfono y pusimos las cosas en claro. Todo había sido un malentendido, pero nos seguíamos queriendo.

El comisario la observó.

-Entonces, ¿tú no piensas que se ha suicidado?

La chica lo miró extrañada y luego negó enérgicamente.

-De ninguna manera. Si quieren les enseño el mensaje que me envió después.

Le mostró a la policía un mensaje que le había mandado el muchacho el sábado por la mañana. En él parecía contento y muy ilusionado porque habían quedado en salir juntos el domingo.

Más tarde, la policía estuvo comprobando las coartadas. La de la mayoría estaba clara. En cuanto a la de Tomás, no hubo forma de que el comisario pudiera hablar con el dentista. Después de llamarlo varias veces, el lunes de mañana le contestó una enfermera.

-Lo siento, el doctor está fuera -le dijo-. Tiene un *chalet* cerca de aquí, y sale los viernes por la tarde con toda la familia.

-¿Esta semana ha salido también?

Ella contestó sin dudar.

-Pues claro, sí. Esta semana, además, llevaban a la suegra. Yo misma los despedí cuando salieron en el coche. Suele volver los lunes, y a veces no llegan hasta mediodía, por causa de los atascos en la circulación. Si quiere hablar con él llámele a la tarde, por favor...

* * *

La adivina

Eran las nueve de la noche, y estaba anocheciendo cuando un hombre cruzó una calle ajardinada y se acercó a una casa que estaba rodeada de una verja. Era una casa de ladrillo, de dos plantas, con las ventanas y la puerta pintadas de un tono granate.

-Creo que no he tardado demasiado -pensó.

El hombre era menudo y tenía facciones asiáticas; era de tez oscura y cabello negro y liso, tenía los ojos rasgados, una cara redondeada y unas manos pequeñas y nerviosas. Vestía un conjunto de chaqueta y pantalón negro, al estilo chino, y calzaba zapatos también negros con suela de goma.

Le extrañó que la puerta principal de la vivienda estuviera abierta. Como criado cuidadoso, recordaba muy bien haberla dejado cerrada.

-¿Habrá sido un descuido mío? ¡No!

Entró en el vestíbulo, y desde allí subió unas escaleras que le llevaban al piso superior, donde la dueña de la casa tenía su consulta de tarot.

-Ojalá no haya venido nadie en mi ausencia -se dijo.

Había salido a las siete para hacer varios recados de la señora, y había procurado llevarlos a cabo con rapidez. A esa hora la cocinera y la doncella ya se habían ido, y a él no le gustaba que su ama se quedara sola, sobre todo si había que abrir a algún cliente tardío.

-Ya sabes que a partir de las siete de la tarde no me gusta recibir a nadie -le había dicho ella, pero él seguía preocupándose.

Llevaba muchos años sirviéndola y estaba acostumbrado a presentarse limpio y bien peinado desde primera hora de la mañana, atendiendo a las personas que venían a consulta, y mostrándose siempre atento y respetuoso con todos.

La puerta del despacho sí que estaba cerrada. Como siempre hacía, dio unos golpecitos para obtener permiso y aguardó un momento, sin que nadie contestara dentro. Después de llamar varias veces accionó el pestillo, y la puerta se abrió.

-Señora, ¿podría pasar?

La araña del techo estaba apagada, y solo lucía una lámpara de pie en un extremo del despacho. Tenía una pantalla art déco de cristal de colores, y esparcía alrededor una luz amarillenta.

No había nadie sentado en el tresillo de caoba, ni tampoco en los dos sillones acolchados a ambos lados de la mesa de despacho, donde ella solía manejar las cartas del tarot. Creyó ver en la penumbra la figura de la mujer, que parecía haberse dormido encima de la mesa.

-Mi pobre señora, se ha quedado dormida...

Se aproximó despacio, sin encender la luz, y tras una corta vacilación la golpeó suavemente en un hombro, tratando de despertarla.

-Vamos, señora -dijo-. Debe echarse en la cama.

De pronto se dio cuenta de que la mujer estaba fría y exangüe. Sintió terror, y para asegurarse tomó su delgada muñeca entre los dedos. Enseguida notó que no tenía pulso.

-¡Oh no, señora, no!...

El hombrecillo se desmoronó. Se quedó sin aliento y sintió que se mareaba. Hizo un esfuerzo, se apartó de ella y encendió la araña

del techo. Luego volvió a mirarla y vio que algo muy fino apretaba su cuello, estrangulándola.

Aquella mujer era todo lo que tenía en el mundo, y alguien la había asesinado. Era como si un profundo pozo se hubiera abierto a sus pies.

-¡Querida señora!... -gimió.

Luego, su sentido del deber le hizo enderezarse, mientras su proverbial serenidad se impuso al dolor. Sobre la mesa había un teléfono y marcó el número de la policía. Dio cuenta de lo ocurrido y proporcionó todos los datos.

-Y traigan un médico, por favor, aunque creo que no hay nada que hacer... la señora está muerta.

Pasados varios minutos, se oyó en la calle la sirena de un coche policial que conducía un joven policía de uniforme. Algunos mirones se fueron agrupando frente a la entrada de la casa, y en el jardín vecino un perro rompió a ladrar. No tardaron en subir varios agentes a los que acompañaba un médico. El doctor la estuvo reconociendo unos minutos y se volvió, muy serio.

-Ha sido estrangulada con algo parecido a una cuerda de guitarra. Yo no puedo hacer nada, deben avisar al forense y al juez. Y que nadie toque nada, ¿entendido?

El inspector de policía le contestó enseguida:

-Por supuesto, señor. Se tomarán fotos y huellas, pero nadie se acercará al cadáver. No está permitido que los detectives toquemos un cuerpo hasta que llegue el médico forense.

Estuvieron interrogando al criado, que les puso al tanto de lo sucedido aquella tarde. Él contestaba a las preguntas, y cualquiera hubiera pensado que lo hacía con toda frialdad.

-¿Dice que la puerta de la calle no estaba forzada?

Él afirmó con un gesto.

-No solamente eso, sino que la encontré abierta. Y yo la había cerrado al irme, lo hago siempre que salgo.

-¿Está seguro?

-Sí, claro que lo estoy.

Les estuvo contando que la señora se dedicaba a la adivinación y la alquimia, y era muy conocida. La mujer seguía de bruces, con la cabeza apoyada en los brazos. Su cuerpo era esbelto y grácil, y parecía de ébano. Tenía el negro cabello peinado en trenzas diminutas pegadas a la cabeza y estaba vestida con un traje de *lamé* dorado.

-Desde luego, tiene todo el aspecto de una pitonisa -comentó el inspector, pensativo-. Además del teléfono, había sobre la mesa una bola de cristal y una baraja de cartas de tarot.

-¿Eso es lo que utilizaba la señora para su trabajo?

Él asintió con la cabeza, y el policía siguió:

-Habría que localizar a sus parientes -dijo, y el criado lo miró de frente.

-No tenía parientes, señor. Ella vino del extranjero y no los tenía, que yo sepa, y la conozco hace muchos años.

-Tendría amigos, ¿no?

Como le he dicho, tenía muchos clientes...

-No me refiero a eso. Yo digo amigos de verdad.

El criado se quedó pensativo.

-Tampoco le conozco a ninguno. Ella era... hermética, ¿se dice así?

-Sí, claro.

-¿Nunca se había casado?

-Pues mire, no -se quedó callado un momento, y luego siguió hablando despacio-. Hace más de veinte años, cuando yo la conocí, la señora quiso adoptar un niño varón...

-¿Adoptar un niño, siendo ella soltera? -preguntó uno de los policías, y el inspector hizo un gesto afirmativo.

-Sí, claro que es posible. A veces se piensa que solo una pareja puede adoptarlos, pero no es así. Y, ¿vive ese chico con su madre?

El criado tardó en contestar.

-Pues... ya verán, eso es un poco complicado. La señora lo quería muchísimo, estaba loca con él, pero el muchacho... Verá, el muchacho no se ha portado con ella demasiado bien.

-¿Y eso?

-Ahora tiene veinte años, y cuando cumplió los dieciocho y fue mayor de edad, le dijo a su madre que necesitaba independencia...

-¿Ah, sí?

-Pues sí, señor. Así que hace dos años que no vive con ella. Y la señora es tan bondadosa que lo mantiene todavía, e incluso le da muchos caprichos. Yo, aunque lo siento, no he podido hacer nada.

-Y, ¿tienen contacto con él?

-Bueno, de vez en cuando lo vemos, pero suele ser cuando necesita alguna cosa -manifestó el criado.

-¿Tiene su teléfono?

-Pues sí, y lo he llamado esta tarde diciendo lo que había ocurrido.

-Y, ¿cómo ha reaccionado?

-La verdad es que ha sido un golpe para él, lo que demuestra que en el fondo también la quería -sugirió-. Posiblemente, la madre ha sido demasiado blanda con él, y no se puede ser así...

-Desde luego, tiene usted razón -dijo el policía, y dejó vagar la mirada a lo largo de la habitación.

Todo el decorado era barroco: había columnas de formas caprichosas, hermosos candelabros y adornos compuestos de conchas y flores.

-Se ve que la señora era bastante particular, se nota por la decoración de la casa -observó.

-Compréndalo, era importante para las personas que venían a su consulta -dijo el criado mirando alrededor-. Ha sido una adivina bastante conocida, y muchos los años en que ha ejercido su profesión.

El policía sonrió.

-Claro, también por eso era importante para ella tener un criado oriental...

El hombre se había puesto serio.

-Más que un criado, yo he sido un amigo para ella -dijo, saliendo del despacho, porque habían llamado a la puerta.

Uno de los policías se volvió a mirarlo.

-¿Cómo pueden existir las adivinas todavía? Parece cosa del pasado.

El inspector esbozó una sonrisa.

-Amigo, existen desde la prehistoria, y actualmente son muy solicitadas. Las hay en todos los países.

-¿Qué pretenden? -preguntó el compañero, y él se encogió de hombros.

-Pues, como es lógico, adivinar el porvenir.

-¡Qué cosas!...

La puerta se abrió con un chasquido y de nuevo entró el criado, acompañado del forense y el juez. Después de los saludos, el forense se aproximó a la muerta. La contempló un momento y emitió un leve silbido.

-Vaya, vaya... Sí que la cosa es grave.

Después de estudiar un rato el cadáver, resumió su análisis en breves palabras. Sin duda, la muerte se había producido por estrangulamiento, y no parecía que hubiera habido lucha, era como si la hubieran sorprendido por detrás.

-Parece que la han estrangulado con una cuerda de guitarra, o algo así. En algunos puntos la cuerda parece haber cortado la piel -mostró.

Una vez que hubo terminado, el forense firmó un recibo para poder llevarse el cadáver. El juez estuvo asistiendo en silencio. Se había quitado las gafas y jugueteaba con ellas.

-¿Han registrado a la víctima?

El policía asintió.

-Sí, lo he hecho, pero no he encontrado nada de particular. Se han hecho varias fotografías, y se han tomado las posibles huellas.

El juez seguía jugando con sus gafas.

-Bien, daré una orden para que la trasladen al depósito.

Ambos funcionarios salieron precedidos por el criado, que los despidió sonriendo y haciendo reverencias.

Hubo un registro de toda la casa, desde el despacho al dormitorio, y en el piso bajo en la cocina y otras dependencias. Al parecer todo estaba en orden y, según les dijo el criado, no parecía faltar nada.

-Desde luego, el robo no ha sido el móvil de ninguna manera -opinó el inspector-. ¿Una venganza, quizá?

Su compañero miró por la ventana, y vio que un coche de la brigada se hallaba estacionado enfrente.

-Puede ser obra de un loco -murmuró-. Creo que no faltará alguno entre la clientela, hace falta estar un poco chiflado para creer en estas cosas...

Solo el inspector había encontrado algo de interés en un pequeño cajón de la mesa. Era una tarjeta de color marfil, y estaba metida en un sobre con las señas de un importante despacho de abogados. Llevaba un membrete con el nombre de la señora y había unas líneas escritas con una letra pequeña y difícil, tanto que le era imposible leerla, y se la guardó en el bolsillo.

Habían bajado todos al vestíbulo para aguardar a la ambulancia. El inspector tuvo que acudir junto a una ventana para leer la nota a la luz del día, y lo hizo con trabajo. Después de leerla arrugó el ceño, y volvió a leerla de nuevo.

-Vaya, vaya -murmuró-. Esto es muy curioso...

Se hizo un largo silencio, que se rompió de pronto. El timbre sonó cuatro o cinco veces, en largas llamadas insistentes. El criado abrió, y un hombre joven irrumpió en la casa.

-¿Dónde está ella? -preguntó, y le señalaron el piso de arriba.

Él se lanzó precipitadamente a la escalera, y el inspector corrió para seguirlo.

Estuvieron solos arriba, mientras los otros aguardaban, y al cabo de algunos minutos volvieron a bajar. El muchacho estaba muy pálido. Tenía el cabello castaño revuelto, y sus ojos claros estaban rojos, como de haber llorado. Llevaba puesto un *jersey* de punto y un pantalón vaquero, y al cuello enrollada una bufanda de seda blanca.

-¿Cómo ha podido suceder?

El policía habló tranquilamente.

-Ya lo veremos -contestó-. Para eso estamos aquí.

Los labios del joven temblaron.

-Espero que lo descubran pronto -dijo-. Yo no me fío demasiado...

El policía lo miró de frente.

-Yo también lo espero, y sin embargo me fío bastante -contestó en voz baja-. Por cierto, ¿sospecha usted quién ha podido asesinarla? ¿Tiene alguna idea? La puerta no estaba forzada, luego ella tuvo que abrirle al visitante, por lo que tenía que ser un conocido.

El joven había cruzado los brazos sobre el pecho.

-¿Qué quiere que le diga? Ella tenía unas amistades tan raras... En realidad, hacía tiempo que no convivíamos, no sé quién pudo hacer algo así. Tiene toda la pinta de una venganza, ¿no cree? Es...

El inspector lo interrumpió.

-Según nos ha dicho su criado, todos sus clientes la adoraban. Por cierto, ¿cuál es la profesión de usted?

-Soy compositor -contestó él, y parecía muy satisfecho de sí mismo-. Desde pequeño, tuve profesores de música, sin duda los mejores. Ella me los proporcionó.

-Sí, ya sé que ella lo adoptó de muy niño, y que no ha reparado en gastos para su educación.

-Vaya, parece que usted lo sabe todo de mí.

-Todo no, pero algunas cosas. ¿Por qué motivo se fue de la casa hace dos años?

En la cara del muchacho aparecieron diminutas arrugas.

-Necesitaba ser independiente para poder crear. Estando aquí, mi madre adoptiva me tenía controlado las veinticuatro horas, y necesitaba libertad. Por eso me fui a vivir con un amigo, también compositor.

El inspector se limitó a asentir con la cabeza.

-Ya.

Los compañeros habían terminado su tarea y estaban recogiendo. Había llegado la ambulancia y se habían llevado el cadáver. El policía aspiro hondo.

-Según parece, usted y ese amigo que dice seguían viviendo a costa de la señora, ¿me equivoco?

El pálido rostro del muchacho se contrajo en una mueca.

-¿Y a usted le importa mucho? Más bien creo que no le importa en absoluto, perdone. Se está metiendo donde no le llaman, inspector.

El agente se volvió hacia él con una mirada tormentosa y severa.

-En un crimen, lo primero que hay que considerar es quién se ve favorecido. Y aquí, según parece, usted es quien hereda a la persona fallecida.

El muchacho contuvo la respiración y miró hacia otro lado.

-Y usted se cree muy listo, está hablando por hablar -dijo, con un gesto despectivo-. Mire, hoy ha sido un día terrible, si no le importa quiero marcharme a descansar.

El policía metió la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta. Se acercó de nuevo a la ventana y leyó: "Tengo miedo de que me ocurra algo malo. Me han pedido una gran cantidad de dinero, y yo lo he negado. Estoy verdaderamente asustada...".

El rostro del chico se alteró visiblemente.

-¿Qué es eso? ¿Quién ha escrito eso?

-Esto lo había escrito la señora -dijo el inspector en tono cortante-. ¿Le suena de algo?

Él lo miró con odio, pero no contestó.

-Vamos, ¿no tiene nada que decirme?

El muchacho adelantó dos pasos, queriéndose explicar. Se miró las manos.

-Pero ¿qué está diciendo? Mire, yo no sé de qué me está hablando.

Todos contenían la respiración. La voz del policía sonó sorda e intensa:

-Sabe muy bien de qué le hablo. Usted va a acompañarme, y va a explicarnos lo que significa todo esto.

El chico tenía los ojos brillantes. Una carcajada seca se escapó de sus labios.

-Ya lo veremos. Sepa que tengo buenos abogados.

-¿Usted cree? ¿No serán estos mismos, a los que dirigía la señora sus quejas? -dijo, mostrándole las señas del sobre.

Ella no tuvo tiempo de enviarles la nota, pero yo voy a entregársela en mano...

* * *

La aventura

Por fin, ella recibió una contestación satisfactoria en la página de citas en que se había inscrito. Había sido una verdadera aventura. Llevaba un tiempo tratando de hallar el compañero adecuado, pero ninguno de los hombres que se habían puesto en contacto con ella parecía haber llenado sus expectativas. Hasta que ahora, por vez primera, parecía haber hallado lo que buscaba. Había iniciado una correspondencia con él, y desde el principio intuyó que se trataba de alguien muy cercano a sus gustos más íntimos.

Ambos parecían haberse sincerado, declarando sus situaciones sociales y sus preferencias. Desde la primera misiva, que le pareció muy bien redactada, ella fue encontrando este contacto masculino muy acorde a lo que siempre había soñado, Se trataba de un hombre de cuarenta y cinco años, profesor de instituto. En la foto que había incluido en su correo aparecía delgado y bastante alto, con el cabello oscuro y unas anchas cejas arqueadas que daban a su rostro una gran personalidad.

Por supuesto, ella había ocultado la parte de sus datos que no le parecían adecuados. Sí que declaraba su edad, pero en lugar de enviar una foto reciente había aprovechado una fotografía antigua, hecha poco después de haber llegado desde el pueblo a la capital.

De ello hacía ya más de diez años. Había abandonado la casa de sus padres que, disgustados por su rápida huida, habían cortado toda relación con ella.

-¿No le desagrada tanto la compañía de su familia? -había dicho el padre-. Pues bien, nosotros tampoco la necesitamos a ella.

En aquel tiempo había estado buscando un trabajo; al principio en cualquier oficina y, en vista de que no lo encontraba, trató de hallarlo en el servicio doméstico. Pero no tenía ningún aval, así que nadie quiso comprometerse tomándola a su servicio.

Había pasado el tiempo y se le estaban terminando los ahorros, de forma que se vio al borde del desastre. En un principio todo le había parecido fácil, pero la cruda realidad no tardó en acabar con todos sus sueños e ilusiones.

A su llegada había alquilado una pequeña habitación en una casa alejada del centro, En la misma casa, y en el mismo piso, vivía una chica sudamericana, muy bonita y joven. Desde el principio se mostró con ella muy afable, y cada vez que coincidían en el descansillo, la vecina entablaba conversación.

-Yo también estoy sola -le dijo el primer día-. Al principio lo pasas mal, te sientes aislada y sin amistades, pero acabas acostumbrándote. Ya sabes, cualquier cosa que necesites...

En lo que no soltaba prenda era en la clase de trabajo que hacía, y sin duda, tenía un trabajo, ya que vestía bien, y al poco tiempo empezó a invitarla a cenar en algún restaurante del centro. Incluso llegó a prestarle algo de dinero.

-No sé lo que haría si ti. Te lo devolveré en cuanto pueda -le dijo, y la otra negó con un gesto.

-No te preocupes, no pasa nada -dijo-. Hoy por ti, mañana por mí... No tardó en saber que su amiga se dedicaba a la prostitución.

Aunque al principio se quedó horrorizada, se mostraba tan cariñosa y comprensiva que fue haciéndose a la idea. Además, se dio cuenta de que no carecía de nada.

-Eres muy buena conmigo -le había dicho ella, agradecida-. No me merezco tantas atenciones...

-¡Qué dices! No le des tanta importancia, si lo hago es porque puedo, no te preocupes. Además, lo pasamos muy bien. Nunca había congeniado tanto con ninguna amiga, te lo aseguro...

Los años pasaban, y tenía ya más edad de lo que hubiera deseado. Además, nunca le había gustado aquella profesión, y soñaba con algo distinto, aunque la dura realidad de la vida se seguía imponiendo.

Su cabello, en otro tiempo abundante y de un bonito color castaño, se había ido ajando, y presentaba ya algunos hilos plateados.

Sus ojos, en tiempos brillantes y alegres, iban perdiendo brillo por el poco descanso, y sus carnes, que habían sido firmes, habían perdido su turgencia.

-Estoy demasiado cansada -le decía a su amiga, que seguía conservando su aspecto juvenil, a pesar de todo.

-Vamos, no es para tanto -le contestaba ella-. Mírame a mí, me encuentro como nunca. Y tú estás muy guapa, preciosa.

Las curvas de su cuerpo, que en tiempos habían llamado la atención por lo esbeltas y atrayentes, mostraban ahora un exceso de grasas, que afeaban su figura, pese a que trataba de contenerlas por medio de fajas y sujetadores ajustados. Se sentía fatal.

-Tengo que hacer algo -se dijo-. No puedo seguir así...

Alguien le había hablado de las páginas de citas, que ella ignoraba por completo. En un principio la idea le resultó absurda, e incluso peligrosa, pero se dio cuenta de que muchas personas las utilizaban con éxito. Por fin, un día se decidió a probar suerte.

-Bueno, qué puedo perder, puede ser divertido...

Empezó con muchas esperanzas, pero tampoco aquello era fácil. Después de mucho insistir, le pareció que las cosas se arreglaban. Por fin había encontrado a la persona que necesitaba.

Estuvo mucho rato pensando, primero con dudas, y poco a poco con más seguridad. Trato de imaginarse lo que sería llegar a conocer a un hombre íntegro, y poder abandonar aquella vida que la estaba consumiendo. Así que decidió:

-Ahora o nunca, no puedo vacilar.

De manera que sus mensajes se fueron sucediendo, y parecía que aquel contacto iba a ser definitivo. Tras mucho chatear, habían decidido encontrarse por fin. El hombre le envió una carta: tendría que viajar, porque se hallaba en una provincia vecina. En la misiva la citaba en el comedor de un céntrico hotel, muy lejos de los lugares que ella había frecuentado. Suspiró aliviada, pensando que allí nadie podría reconocerla.

Por fin llegó la fecha. Ella se había comprado ropa nueva -quizás un poco atrevida, pensó-, y lo primero que hizo fue acudir a una buena peluquería, donde le arreglaran el pelo, le dieran unos buenos masajes y la maquillaran a conciencia.

Le tiñeron el pelo de color caoba; le estuvieron haciendo las uñas, que tenía muy largas, y entre varios escogió un esmalte de un rojo brillante. Cuando terminó, se miró complacida al espejo. Su cabello había recuperado el brillo perdido y mostraba un caoba casi rojo.

-Vaya, no estoy muy mal...

La peluquera la miró, extrañada.

-¡Cómo! Parece otra de la que ha venido...

Después de vestirse en casa con todo cuidado, de ponerse unas medias transparentes y unos zapatos nuevos de altísimo tacón, tomó un taxi que la llevaría al hotel. Habían quedado en el lujoso comedor, pero cuando llegó no vio más que parejas, y grupos de señoras elegantemente vestidas que se disponían a cenar. Le pareció que aquellas damas la observaban con mucha curiosidad, y le extrañó.

Estuvo aguardando, mientras el corazón parecía querer salirse de su pecho. Pasaron unos minutos que se hicieron eternos, y finalmente se abrió una puerta interior y un hombre entró en el lugar y se detuvo, observando las mesas.

Era un hombre ya maduro, aunque bien parecido, y estuvo mirando alrededor. Ella fue a hacerle una seña, pero se contuvo.

Él la había visto y, aunque se dirigió hacia ella, se sentó en una mesa vecina. Después de unos minutos ella hizo un esfuerzo supremo, se puso en pie y se le acercó, temblorosa. Él la miró, algo confuso.

-¿No me reconoce? -dijo ella-. Habíamos quedado aquí... ¿No es usted la persona que hace días me envió una carta?

El hombre la recorrió con la mirada y frunció el entrecejo. Ella llevaba un vestido muy corto y ceñido, y al mismo tiempo demasiado escotado. En cuanto a su rostro, a la legua se distinguía que su maquillaje era excesivo. Si a eso se sumaban unos zapatos de altísimos tacones...

-¿Cómo dice? -preguntó distraído, y ella se acercó un poco más.

-Me refiero a la carta...

Todo el mundo miraba ahora, como si estuvieran pendientes de la conversación. Él disimulaba su nerviosismo, y no contestó. Entonces ella se sentó en una silla a su lado.

-Por favor, ¿no va a decirme nada?

El hombre sudaba.

-¿Qué quiere que le diga?, Ejem...

-Siguió un silencio tenso, mientras ella observaba al hombre con los pintados ojos muy abiertos. Parecía que iba a echarse a llorar. Él estaba pálido y tragó saliva.

-Mire, señorita...

Otro nuevo silencio, mientras la cabeza de él se debatía entre mil pensamientos: ¿Era esta la maestra? ¿Y cómo podía tener treinta años, si representaba muchos más?

Carraspeó un momento, apartó la silla y se puso de pie.

-Perdone, yo no sé nada de una carta, creo que me confunde con otro. Con su permiso... -dijo.

Se dio la vuelta, y con paso ligero abandonó el comedor.

* * *

La azotea

La casa estaba situada en uno de los barrios residenciales más tranquilos de la ciudad. Era un edificio antiguo, actualmente remozado y convertido en una casa de vecinos de cinco plantas, con una azotea común.

Las viviendas eran extensas, y cada una ocupaba una planta entera. Eran las once de un lunes por la mañana cuando a los habitantes del último piso les pareció oír fuera el gemido de un perro.

-¿Has oído eso? -le preguntó la mujer a su esposo-. ¿Qué le pasará?

-No lo sé. ¿Vas tú, o voy yo?

-Voy yo -dijo ella-. Da un vistazo a la niña, acabo de meterla en la cuna.

El piso superior tenía entrada directamente a la azotea y la mujer salió, alarmada. Miró alrededor y vio a su perro caído al lado de un muro. Estaba inmóvil, y le extrañó. Se aproximó y lo encontró moribundo.

-¿Qué te ha pasado? -dijo, inclinándose sobre él.

La terraza estaba embaldosada de grandes losas de pizarra gris, con las junturas blancas, y vio que junto al animal se había formado un charco de sangre. También había sangre en la pared.

-Pero ¿qué es esto? ¿Qué te han hecho?

El perro era un animal pequeño, un *fox terrier* de pelo duro muy alegre y activo, que pesaba algo más de seis kilos. No cabía duda:

alguien lo había golpeado contra el muro y le había reventado la cabeza. Horrorizada, la mujer corrió junto al marido.

-Lo han matado -gimió-. Lo han estampado contra la pared. ¿Qué vamos a hacer?

Él la miró, extrañado, y movió la cabeza.

-¿Cómo? No puede ser.

-Pues claro que sí. Ve tú mismo, y lo ves.

Cuando volvió el marido estaba pálido.

-¿Quién ha podido hacerlo? -dijo, tomándola entre sus brazos-. Hay que llamar a la policía...

Se habían sentado frente a frente y durante un rato guardaron silencio. Se oyó lloriquear en el cuarto contiguo y el hombre acudió a atender a la niña.

Era un bebé precioso, de ojos muy claros y mofletes rosados, y había crecido mucho desde que la adoptaron de recién nacida. Era muy sonriente, pero últimamente se había acostumbrado demasiado a que la cogieran en brazos.

-Vamos, ¿qué pasa? Vente con papá.

La sacó de la cuna y se dio cuenta de que había ensuciado el pañal, así que fue al armario para coger uno limpio y ponérselo.

La esposa, mientras tanto, había dejado de llorar. Se había puesto en pie, se dirigió al vestíbulo, y tras echarse una chaqueta por los hombros salió de la casa.

Sin decirle nada a su marido se dirigió al ascensor. Aguardó un momento y lo tomó, bajando al primer piso. Allí llamó a una puerta que ostentaba la placa de un abogado conocido. Estaba al lado de una notaría que compartía la planta.

Un hombre salió a abrir. Era de aspecto joven, de no ser porque en su barba poblada había mechas de pelo gris.

-Ah, eras tú. Pasa, ¿qué se te ofrece?

La invitó a pasar con un gesto y cerró la puerta.

-Ven, vamos al salón. Tengo a un cliente en el despacho. Tú dirás.

Ella apenas podía hablar. El salón era una pieza grande con vistas a la calle. Los suelos encerados estaban cubiertos de alfombras, había cuadros en las paredes y las estanterías llenas de libros llegaban hasta el techo. Tomaron asiento en un sofá tapizado de piel.

-Bueno... verás -dudó ella-. No quiero entretenerte...

-No te preocupes, no pasa nada. ¿Qué te ocurre?

-Quería decirte algo...

Él puso una mano sobre la suya:

-Vamos, ¿qué es?

Ella habló en voz muy baja.

-Pues... verás. Teníamos el perro en la azotea, y alguien lo ha lanzado contra el muro y lo ha reventado -balbució.

El hombre casi saltó en el asiento.

-Pero ¡qué me dices!

Se había puesto en pie y empezó a recorrer el salón de un lado para otro. Conocía al matrimonio desde hacía mucho tiempo, antes de quedarse viudo y coger el despacho, y tenía una especial predilección por el perro. Cuando los visitaba, el animal le lamía las manos alegremente como si no lo hubiera visto en mucho tiempo

y hacía cabriolas a su alrededor. Y, cuando le ordenaba algo, el perro movía la cola y bajaba la cabeza en señal de sumisión.

-Créeme, estaba en la azotea y lo han matado. Quería preguntarte si llamo a la policía para contar lo que ha ocurrido. ¿Qué te parece a ti?

El hombre movió la cabeza.

-Te aconsejo que no. Para todos nosotros tiene mucha importancia, pero dudo que la policía tenga mucho que hacer en este caso. Desde ahora te digo que el perro les importa un bledo.

-Y entonces, ¿no hay nada que hacer?

Él arrugó el ceño.

-Mira, ahora no puedo atenderte, me están esperando. Cuando termine subiré con vosotros.

Al cabo de media hora el abogado subió al quinto piso. El perrito había muerto, y sus dueños lo habían envuelto en una toalla. Él tocó la pequeña cabeza.

-¿Quién te ha hecho esto? -murmuró-. A ti, que eras tan cariñoso y tranquilo...

El dueño de la casa lo observó, agradecido.

-He llamado al veterinario, y dice que en un rato vendrán a recogerlo. Vamos a echarlo muchísimo de menos.

Él hizo un gesto de asentimiento. Estaba muy enfadado.

-Eso es seguro. Pero yo quisiera saber...

El marido se irguió.

-Quién lo ha hecho, ¿verdad? Eso quisiéramos nosotros también. ¿Tienes alguna idea?

Él estaba serio. Habló muy despacio.

-Lo único que sé es que nadie de fuera ha podido matarlo, porque solo los vecinos tenemos la llave del portal. Entonces, ¿quién había en la casa esta mañana? -se preguntó-.Tengo que hablar con la portera, aguardadme aquí. Me parece que tengo una idea.

Se había puesto en pie. Directamente, salió a la escalera y fue a tomar el ascensor hasta la planta baja.

La portera era una mujer de unos cincuenta años, de facciones un tanto cómicas. Su cabello era escaso y sus ojos un poco saltones.

-¿Desea algo, señor?

Él le tendió la mano.

-Buenos días. ¿Me concede unos minutos?

La mujer parpadeó.

-Sí, cómo no. ¿Quiere usted entrar?

Él se hizo a un lado.

-Usted primero -indicó-. ¿No está muy ocupada?

Ella se encogió de hombros.

-No, pase.

Él se la quedó mirando.

-Usted, seguramente sabe quién ha estado en la casa durante la mañana. ¿No es así?

-Claro, señor. Conozco las costumbres de todos los inquilinos... tampoco son tantos, ya sabe.

Lo recibió en una habitación pequeña, con escasos muebles de arce. Una ventana baja daba a un patio y él se acomodó de espaldas a la luz.

-Por supuesto -afirmó-. Aparte de mí y de los señores del quinto, ¿qué me puede decir?

Ella se quedó pensativa:

-Vamos a ver... -farfulló-. En el segundo no hay nadie por la mañana, porque ambos trabajan. Él es médico y ella enfermera, y se pasan el día en el hospital, los he visto salir antes de las nueve. Sus hijos son mayores y viven por su cuenta.

-¿Y en el tercero? -insistió él, y la mujer se quedó pensativa.

-El matrimonio del tercero está de viaje con los niños. Han ido a ver a los abuelos, creo. Me han dejado las llaves para que les riegue las macetas. Abajo, ya sabe, en el sótano están los lavaderos, pero ahí no vive nadie. Ni esta mañana ha entrado nadie, yo lo hubiera visto, porque tienen que entrar por mi patio.

-No sabía que había lavaderos abajo -dijo él, y ella se echó a reír.

-Claro, las oficinas no tienen acceso, tan solo las viviendas. Antes no había nada más que trastos viejos, pero hace unos cinco años hicieron obra para convertirlo en un gran cuarto de lavado. Está equipado con todo lujo de detalles, incluso tiene tendederos para el invierno. Todos los vecinos lo usan.

Él se había puesto en pie y fue hacia la ventana. Desde allí se dominaba el patio, incluida la entrada a los lavaderos de la casa. Luego, el hombre giró en redondo.

-Y, en el cuarto piso, ¿quién vive? -preguntó-. ¿No es una señora viuda?

Ella alzó la cabeza y lo miró de frente.

-¿Esa?... Sí señor, es viuda.

Él la observó con atención.

-Parece que no le tiene mucha simpatía...

La portera volvió la cara.

-Pues, ¿qué quiere que le diga? Es una mujer de armas tomar, si usted me lo permite.

Él disimuló una sonrisa.

-Claro que se lo permito, cómo no. ¿Por qué se lo parece?

Ella tenía un pañuelo en la mano y lo estaba retorciendo. Pareció medir las palabras.

-Bueno, el marido era una bellísima persona y lo tenía dominado. Es una mujer seca y no saluda a nadie, se cree por encima de todos. Ni siquiera tiene criada, aunque puede de sobra. Cada vez que viene una le dura dos días...

Él le había tendido la mano de nuevo y ella correspondió al saludo.

-Es usted muy amable, señora -le dijo, sonriendo.

De nuevo, el abogado tomó el ascensor que lo llevó hasta el cuarto piso. Se dirigió a una puerta y tocó el timbre. Tuvo que aguardar varios minutos antes de que una voz femenina preguntara desde dentro:

-¿Quién es?

Él contestó enseguida.

-Soy el abogado del primero. ¿Podría hablar con usted?

De nuevo un silencio, y luego:

-¿Qué quiere?

El hombre empezaba a alterarse.

-¿No puede abrirme, por favor? Solo es un momento.

Cuando abrió la vecina, él se la quedó mirando. Era una mujer muy morena, de unos cincuenta años. Llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, muy tirante sobre la cabeza, y vestía un traje oscuro que le llegaba casi a los tobillos. No lo invitó a pasar.

-¿Qué quiere? Oiga, no lo conozco de nada.

Él sí la conocía de oídas, pero no se lo dijo. Empujó la puerta con fuerza y entró en el vestíbulo. La casa olía a un perfume muy fuerte.

-Quería hacerle unas preguntas -le dijo.

Ella se mordisqueaba una uña.

-¿Qué preguntas? Acabe pronto, tengo mucho que hacer.

El abogado la miró fijamente.

-¿Ha estado usted en casa esta mañana?

Ella parecía a punto de saltar.

-¿A qué viene eso? Y a usted, ¿qué le importa?

-Me importa mucho. ¿Quiere contestarme?

Ella pareció resignarse.

-Está bien. Es lunes por la mañana, que es cuando suelo hacer la colada. He estado en el sótano lavando la ropa y tendiéndola luego, porque parece que va a llover.

Él la agarró de un brazo fuertemente. Sus ojos echaban chispas.

-Es mentira lo que dice -afirmó-. Nadie ha lavado la ropa esta mañana, porque nadie ha bajado al lavadero.

Ella se había puesto roja. Lo miró, asustada.

-¿Quién le ha dicho eso?

-No importa. Le voy a decir lo que ha estado haciendo. Entre otras cosas ha entrado en la azotea, y ha cometido la bestialidad de aplastarle la cabeza a un perrito que no le había hecho daño alguno.

Ella soltó una áspera carcajada.

-Pero ¿qué está diciendo?

Él aspiró hondo, y contestó:

-Dice que no me conoce, y la creo. Pero, cosa curiosa, yo sí que he oído hablar de usted.

-Y eso, ¿qué tiene que ver?

Él la había soltado.

-Escúcheme bien. Yo he estado interesado en el tema de las adopciones, porque tengo en la casa a unos amigos a los que les he conseguido la adopción de un bebé.

Ella rio de nuevo.

-Y, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Él habló con firmeza.

-Me he movido mucho en ese ambiente y supe por unos compañeros que, antes y después de quedarse viuda, usted lo ha intentado por todos los medios. Pero no lo ha conseguido nunca, y esa es la causa de su envidia.

La mujer se derrumbó en una silla. Estaba muy roja y movía ambas manos al hablar.

-¡Claro, esos bonitos papás! Se tienen el uno al otro, y encima les dan una niña. ¿Qué hacen ellos mejor que yo, si puede saberse? Y encima, el perrito...

El abogado movió la cabeza.

-Más vale que se calle -señaló-. Conste que podría denunciarla y podían caerle hasta dieciocho meses de prisión por maltrato animal con resultado de muerte. Y que no lo hago, porque pienso que bastante pena tiene ya por ser como es.

Se detuvo un momento, y luego continuó despacio:

-Eso sí, le exijo que inmediatamente se persone en el piso de los dueños del perro, y que les presente sus excusas...

* * *

La baraja

El edificio tenía tres plantas y estaba abandonado y medio derruido. Situado en una pequeña colina a las afueras de la ciudad, las pocas paredes que estaban de pie daban normalmente cobijo a varios okupas. Era una casa fea, en forma de torre, que en tiempos había sido residencia de personas acomodadas, pero que ahora no dejaba de ser una completa ruina.

Era un día de verano a las tres de la madrugada y las aceras estaban desiertas. cuando un hombre se deslizó por un callejón y cruzó la calle, alcanzando la entrada de la casa.

Se acordó de las veces que había recorrido esa misma calle, y siempre la casa le había chocado, pero nunca se detuvo. En cambio, hoy era muy tarde y no tenía donde ir. Además, estaba bastante borracho.

Sin hacer ruido estuvo recorriendo los desnudos pasillos, y observó a ambos lados varias habitaciones, a las que se habían arrancado las puertas. Tampoco quedaba rastro de las maderas de las ventanas. Uno de los cuartos parecía haber sido una antigua cocina que conservaba todavía el fogón, y los restos de algunos armarios.

En varias habitaciones había personas durmiendo y él se deslizó en silencio para no despertarlos. Había decidido pasar allí la noche y marcharse pronto por la mañana.

Al fondo del pasillo vio que había luz en un pequeño cuarto y sintió curiosidad. Se aproximó en silencio, y pudo comprobar

desde fuera que la luz procedía de una vieja linterna de petróleo que estaba en el suelo.

En el cuarto vio un par de bultos que parecían de ropa, y lo que llamó su atención fue un anciano sentado en un viejo camastro,

-No me lo puedo creer -se dijo.

Pero era real. El hombre tenía varios billetes en la mano, y parecía estarlos colocando en pequeños montones encima de la cama. Estaba en un rincón de espaldas, ajeno a todo, y parecía estar disfrutando con aquella tarea.

-Vaya con el okupa -sonrió para sus adentros-. Deben ser los ahorros de toda una vida.

De pronto, una idea se apoderó de él: era mucho dinero, y él lo necesitaba. Miró alrededor y vio una piedra que se había desprendido de un muro. No la levantó fácilmente, porque era pesada.

Sin hacer ruido, y sin que el viejo lo percibiera cogió la piedra, se acercó por detrás y lo golpeó con ella. Supo enseguida que le había roto la cabeza.

Todo fue tan silencioso que ninguno de los ocupantes se dio cuenta de nada. Recogió los billetes y se los guardó bien doblados. No contento con eso, estuvo registrando al caído, y en un bolsillo de la chaqueta vio que tenía una baraja de cartas. La cogió con cuidado y la observó. Parecía muy antigua, aunque estaba bastante nueva.

-Qué baraja tan rara, no he visto nada igual -pensó, y la guardó con el dinero-. Tengo que salir a toda leche de aquí -murmuró, abandonando el cuarto.

Salió por la puerta trasera del edificio y desapareció por una calle solitaria que conducía al centro. Un rayo de luna salió un momento de detrás de las nubes, iluminando su figura. Él aceleró el paso todo lo que pudo y al mismo tiempo echaba miradas asustadizas por encima del hombro.

* * *

Por la mañana, al despertarse, un indigente entró en la vieja cocina medio derruida, con una cerilla prendió la cocina de carbón, y puso a hervir un puchero con agua para hacer el café. Seguidamente llenó con él dos tazas de metal, les añadió azúcar y, después de beberse el suyo, salió de la cocina con el otro, humeando, en la mano. Por el pasillo se dirigió al cuarto donde dormía el anciano.

-Buenos días, abuelo -le dijo alegremente.

Nadie había apagado el quinqué, y a su luz vacilante vio el cuerpo tumbado en el suelo, al lado del camastro.

Su asombro fue enorme cuando vio que el anciano sangraba con una gran herida en la cabeza, tanto que la sangre empapaba su ropa y hasta salpicaba el colchón.

-Dios santo -exclamó.

Permaneció inmóvil, mirando al caído, sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Se aproximó luego al cuerpo, lo tocó y vio que estaba frío. Su primera intención fue avisar a los compañeros que estuvieran todavía en la casa, pero se dio cuenta de nadie allí podía ayudarle.

Se había derramado la taza de café, y estaba tan caliente que le quemó la mano. Miró alrededor, trastornado.

-¿Qué voy a hacer, Señor?

Tendría que avisar a la policía, pero la idea lo aterraba. Como todos sus compañeros, no estaba en condiciones de presentarse ante las autoridades si quería ahorrarse problemas.

-Pero no tengo más remedio -se dijo-. Es lo menos que puedo hacer por este pobre viejo.

De pronto se acordó de un agente que solía patrullar por los alrededores, un hombre amigable que muchas veces charlaba sin prejuicios con los habitantes de la casa.

-Sí, seguramente no estará muy lejos -pensó-. Y ese no es como los otros.

Salió a la calle y vio que ya había amanecido. Se detuvo ante la entrada de un callejón lateral, y desde allí estuvo vigilando. Después de un rato se dirigió a un pequeño parque vecino, y caminó bajo los árboles que susurraban a causa del viento. Y al fondo lo vio.

El policía se paseaba, silbando distraídamente. Estaba de espaldas y caminaba en dirección contraria a la suya. Le dio la sensación de que se retiraba ya, y aceleró el paso, hasta terminar corriendo a lo largo de la acera.

-Por favor, agente, por favor -le dijo en voz alta, y el otro se volvió.

-Vaya, ¿qué tripa se te ha roto? Estaba terminando la ronda...

-Sí, ya me lo imagino -le dijo, alcanzándolo.

-Pero dime, ¿qué pasa?

Siguieron caminando juntos y él le fue contando lo ocurrido. El policía lo escuchó con atención y movió la cabeza a ambos lados.

-Vaya un asunto feo -gruñó-. Tengo que avisar en comisaría para que vaya un coche para allá. Tardaré cinco minutos en llegar, pero tú debes volver enseguida y procurar que nadie toque nada en la escena del crimen.

-Descuide -dijo él.

Volvió a la casa y pudo comprobar que nadie más había entrado en el cuarto del viejo. No se atrevía a moverlo, dudó un momento y se sentó a esperar al otro lado de la cama.

No había pasado un cuarto de hora cuando llegó un inspector acompañado de tres hombres,

-¿Es aquí donde han asesinado a un anciano? -le preguntó a un muchacho que salía, y él lo miró, extrañado.

-Oiga, yo no sé nada.

El agente se interpuso en su camino.

-No salga, por favor. Nadie tiene que salir de aquí.

Un hombre habló desde dentro. Era el que había encontrado el cadáver.

-Oiga..., perdone. Yo he sido quien ha avisado a su compañero. El viejo está dentro, si quiere acompañarme...

El individuo llevaba una camisa azul muy remendada. Tenía el cabello largo y liso, sujeto atrás con una goma.

-Ah, ha sido usted -le dijo el agente, volviéndose-. Está bien, hablaremos ahora. Por cierto, ¿cuál es su profesión, si la tiene?

Él asintió con un gesto.

-Sí, señor, soy carpintero de obra, pero ahora estoy parado. Por eso estoy aquí, no tengo otro sitio donde ir.

El policía se dirigió a los suyos.

-Tú, mantente a la entrada y que no salga nadie -le indicó al más alto, un hombre de mediana edad-. Y mira a ver si hay más puertas de salida.

El otro asintió.

-Ahora mismo, señor.

Precedido por el carpintero, el inspector se dirigió a la habitación del anciano. No tuvo más que inclinarse para ver que estaba muerto. No obstante, se puso de rodillas y contempló la cabeza destrozada del hombre, que parecía mirar todavía con sus ojos abiertos. Los otros aguardaban alrededor.

-Qué barbaridad -musitó.

Enseguida se puso de pie, y en su celular marcó el teléfono de la comisaría.

-Hola, ya sabéis dónde estoy -pronunció despacio-. Tenemos un cadáver, necesitamos que vengan el forense y el juez.

Estuvo interrogando a las personas que habían dormido allí. Empezó por el carpintero y siguió con el muchacho al que había impedido salir. Había también un hombre de unos cuarenta años que parecía adormilado y llevaba en los labios un cigarrillo apagado.

Luego se presentó una chica muy joven. Era delgada, estaba muy pálida y mostraba unas profundas ojeras. Tenía las pupilas dilatadas y los ojos vidriosos, era a todas luces una drogadicta. El policía estuvo interrogándola con pocas esperanzas.

-¿No queda nadie más?

El carpintero dio un paso adelante.

-Estos somos los ocupantes fijos. Normalmente, otros pasan aquí la noche, pero salen temprano, antes del amanecer.

Nadie había visto nada ni había huellas aparentes. Se oyó ruido a la entrada, y aparecieron el forense y el juez.

-¿Qué tenemos? -interrogó el doctor, y el policía contestó:

-Es todo suyo, ya hemos hecho las fotos. El arma del crimen es una piedra muy rugosa donde no se puede detectar ninguna huella. En cuanto a la sangre, seguramente pertenece al anciano.

Después que el forense y el juez hubieron terminado, este indicó que podían llevarse el cadáver.

-Que lo trasladen a la morgue -dijo, cogiendo su cartera de mano.

No había forma de obtener más información en un lugar como aquel, abierto a todo el que quisiera entrar y salir. Nada pudo encontrarse, teniendo en cuenta que tampoco había ningún testigo. Había sido un crimen perfectamente efectuado, y al parecer el móvil era el robo. Así que la policía tuvo que archivarlo.

* * *

Meses después, en un bar de mala muerte pareció encontrarse una pista. Era mediodía. Había mucha gente en el local y en una mesa cuatro hombres estaban jugando a las cartas. Varias personas bebían en la barra y algunos se habían acercado a observarlos.

Había cuatro jugadores: uno era un anciano con una gorra a cuadros, con una barba gris y unos ojos brillantes; otro era un tipo corpulento, medio calvo, vestido con una camiseta, pantalón de trabajo y alpargatas blancas. Frente a ellos jugaban un muchacho de unos veinte años, bastante grueso y con el cabello casi rapado, y finalmente el que parecía llevar la voz cantante, un tipo duro, de rostro rubicundo, que tenía el rostro surcado por una cicatriz. Tenía las cejas muy pobladas y negras y no se había afeitado en varios días. Sus manos eran anchas y fuertes, y estaban cubiertas de pecas.

-Vamos, que es para hoy -dijo a su compañero-. Que no tenemos todo el día.

Una mujer muy avejentada se acercó y se quedó mirando la mesa con el ceño fruncido. Iba pintarrajeada y llevaba pantalones vaqueros y un *jersey* negro muy ajustado, sin mangas. Tenía una larga cabellera rojiza, quizá poco apropiada para alguien de su edad.

En un primer momento no parecía prestar mucha atención, más bien seguía con la vista a los que estaban observando. Miraba a uno y a otro con aspecto derrotado, al tiempo que sus facciones mostraban un gran cansancio.

De pronto, algo pareció cobrar vida en su rostro. Estaba mirando a la mesa y sus mejillas se colorearon. Pestañeó, y se llevó la mano a la boca, como para ocultar un gesto de asombro.

Permaneció inmóvil durante unos minutos y luego fue hacia el teléfono del bar, donde marcó unos números.

-Aquí la policía. ¿En qué puedo servirla? -oyó.

-Oiga, yo... acabo de ver a la persona que hace algún tiempo asesinó al anciano okupa que vivía en la casa abandonada...

-Pero ¿qué dice usted?

Ella carraspeó.

-Lo que oye, señor. Estoy segura de que está en este bar.

-Bien, vamos a ver, ¿de qué bar me está hablando? ¿Y quién es usted? ¿Dice que sabe quién es el asesino del anciano?

Ella dudó un momento.

-Bueno... sé que está aquí, pero no sé exactamente quién es.

El otro habló muy despacio, y muy claro.

-¿Está usted segura?

La mujer se estaba poniendo nerviosa.

¿Segura? -casi chilló-. Se lo juro por la salvación de mi madre... -añadió con precipitación.

El hombre soltó una risita.

-Deje tranquila a su madre, y dígame desde dónde llama.

Ella dio las señas, muy agitada, y antes de colgar insistió:

-Por favor, dense muchísima prisa, antes de que se vaya...

-Descuide, en minutos estaremos ahí.

Llegaron una pareja de policías y se detuvieron a la entrada del bar. La mujer había ido hacia ellos y les habló en voz baja.

-He sido yo la que los ha llamado. Gracias por venir.

-¿Qué tenía que decirnos?

Ella señaló con un gesto la mesa de los jugadores.

-Es uno de esos hombres que están jugando a las cartas, pero no sé de quién se trata.

-¿No lo sabe? Y ¿para eso nos llama?

Ella se pasó la mano por la frente y su voz se quebró.

-Escúchenme con atención. Yo conocía al hombre que mataron aquí cerca hace un par de meses, y era el dueño de esa misma baraja. A su asesino le debió gustar y se la llevó con el dinero.

-¿Está usted segura?

-Claro que lo estoy. ¡Cómo no voy a estarlo, si yo misma viví una temporada en el mismo edificio que él!

-¿Que usted vivió en el edificio?

-Claro, y estuve jugando varias veces con el pobre hombre. Estaba muy orgulloso de ella, porque era muy antigua y tenía mucho valor, según me dijo. Creo que se la había regalado un señor muy rico que había conocido en sus tiempos.

-Está bien, vamos a ver qué pasa.

Uno de los dos policías se acercó al dueño del bar y le ordenó que cerrara la puerta. El otro se dirigió hacia el grupo.

-Perdonen, ¿de quién es la baraja?

Todos lo miraron, asombrados, y nadie dijo nada. El policía insistió:

-Vamos, contesten, alguien será el dueño de las cartas, ¿no?

Seguía el silencio, pero todos miraron al hombre moreno que tenía la cicatriz en la cara. El policía arqueó las cejas.

-¿Es suya la baraja? -preguntó, y el otro asintió con la cabeza.

-¿Y qué, si lo es?

El hombre estaba tenso. El rictus de su boca se hizo más profundo.

-¿De dónde la ha sacado?

Él rio nerviosamente.

-¿Yo? ¿Y a usted qué le importa? ¡Pues estaría bueno!

El policía dio un paso adelante.

-Es usted sospechoso de un crimen, tiene que acompañarnos. Además de matar al anciano le robó la baraja. Lo asegura esta señora que era amiga del muerto.

El hombre apretó los labios.

-¿Van a fiarse de lo que dice una prostituta?

Él se limitó a mirarlo con fijeza y no contestó. Hizo una llamada con su móvil.

-Sí, soy yo. Venid enseguida a echarnos una mano.

El hombre se había puesto en pie y se volvió, desafiante.

-¿Qué pasa? ¿Es que me va a arrestar? -dijo con rencor.

El policía había sacado unas esposas y no tardó en ponérselas.

-Pues, ya que lo dice, no es una mala idea. Y, por si no lo sabe, los crímenes más enrevesados se descubren a veces por casualidad...

* * *

La cena

Era la feria internacional que se celebraba cada año en la ciudad, y donde cientos de financieros llevaban a cabo sus transacciones y negocios.

Una vez al año, la ciudad bullía con la cantidad de empresas y personajes de todo tipo venidos de otras partes a la llamada de posibles contactos que hicieran medrar sus actividades y finanzas.

Los hoteles y los restaurantes estaban llenos, y las reservas se hacían con mucha antelación. En uno de los restaurantes más lujosos, las mesas para cenar ya estaban todas reservadas. En un lugar apartado, dos hombres estaban a punto de ocupar una pequeña mesa redonda.

Uno de ellos era un hombre maduro, de unos cincuenta años, bien parecido y vestido con un impecable traje gris, camisa blanca y corbata azul marino con pequeños lunares blancos.

-Siéntese -le indicó a un tipo más joven, que vestía una camisa de tergal de color verdoso, y por el escote desabrochado mostraba un pecho velludo. Su cabello era rubio, casi dorado.

Este se inclinó.

-Usted, por favor -indicó, galante-. No faltaba más.

Una vez sentados, el hombre mayor le tendió la carta. Ambos estuvieron eligiendo, y pidieron platos exquisitos.

-De postre, va a traernos un soufflé especial de la casa, y para acompañar la comida queremos el mejor vino que tenga -le dijo al camarero.

Estaban sentados frente a frente. El local, profusamente iluminado, tenía grandes espejos en las paredes, y entre ellos pinturas antiguas de estilo *art déco*. Los camareros llevaban chaquetas de color granate y pantalones negros, Sus modales eran impecables.

-Está muy bien, señor. Lo que guste.

Los clientes eran todos gente bien vestida y de aspecto elegante. Casi todos eran hombres, aunque no faltaban algunos matrimonios, pero no había gente joven. Todos tenían aspecto de gente acomodada, y acostumbrados a frecuentar ambientes lujosos.

Los dos hombres estaban ya acabando de cenar cuando el mayor de los dos sacó un sobre y lo puso sobre la mesa.

-Aquí tiene lo suyo -indicó en voz baja.

El otro tomó la servilleta y la puso sobre el paquete abultado.

-Está muy bien -dijo-. Como siempre, no tengo que contarlo, me fío de usted.

-Bien -indicó el compañero.

El otro había tomado el sobre y lo guardó en el bolsillo.

-Excelente cena -agradeció-. El año pasado me dijo que había estado enfermo, pero que se encontraba ya mucho mejor.

Él asintió.

-Es cierto, no lo recordaba, pero ya estoy totalmente restablecido, por fortuna.

-El otro sonrió.

-Espero que el próximo, ambos tengamos salud.

Él afirmó con la cabeza,

-Así lo espero yo también.

El hombre joven había apartado la silla de la mesa.

-¿La familia, bien? -preguntó, y su amigo lo miró de frente.

-Todos perfectamente -dijo-. He pensado que el próximo año a lo mejor podemos cambiar la cena aquí por una comida en un lugar más reservado. Ya sabe, hay que ser prudentes...

El joven denegó con decisión.

-¿Y perdernos la fantástica cocina que hay aquí? Yo no creo que sea necesario, llevamos muchos años viniendo y todo ha ido sobre ruedas.

El hombre se encogió de hombros.

-Bien, amigo, de acuerdo. Si a usted le parece...

Se levantaron y se dirigieron a la salida. Como siempre, salieron juntos y se despidieron hasta el año siguiente, en el mismo lugar.

Por décima vez consecutiva, el financiero había pagado el rescate tradicional, invitando al chantajista a cenar...

* * *

La ciega

La muchacha había estado en su cuarto oyendo un audiolibro. Ya hacía un buen rato que se había levantado y había bajado al comedor a desayunar. Era domingo y había desayunado chocolate con churros, que le encantaban. Después de quedarse unos veinte minutos oyendo la radio había vuelto a subir, dispuesta a pasar el domingo lo más entretenida posible.

-¿Ya te subes? -le preguntó una compañera-. ¿Necesitas que te traiga algo de la calle?

Ella sonrió.

-No, gracias, ayer estuve haciendo compras y tengo todo lo necesario. He comprado una lana para hacerle un *jersey* a mi sobrino más pequeño y quiero tenerlo para su cumpleaños.

La chica era ciega de nacimiento, pero en un colegio especial la habían enseñado a leer en braille y a escribir, y le habían dado una formación suficiente para desenvolverse en la vida. Tenía una nariz respingona que le daba una expresión descarada, y unas pestañas largas y sedosas rodeaban sus hermosos ojos sin luz.

-Hay que ver, aunque viste con sencillez siempre va impecable -decían de ella-. Seguro que alguien, una modista o alguien similar, se ocupa de escogerle las prendas.

-Es cierto, y hay que ver lo bien que se peina, a pesar de no ver...

-Claro, la han enseñado desde niña.

Vivía en la habitación de un hotel. Los padres habían muerto y su hermano estaba casado, con tres hijos. Además, sus negocios lo obligaban a ausentarse a menudo de la ciudad.

-No quiero ser una carga para nadie -había dicho ella-. Me defiendo muy bien, y puedo pagar el hotel con lo que me dejaron nuestros padres.

-¿Estás segura?

-Claro que lo estoy, no os preocupéis por mí, estaré así mucho más tranquila.

Aquel domingo se había levantado temprano. Pese a su ceguera, salía todos los días con su bastón a dar un largo paseo. Estaba un rato en un parque cercano y, cuando le apetecía, se sentaba al sol en una terraza. Pero aquel día tenía qué hacer, y no salió.

Como vivía en el hotel no estaba obligada a guisar ni a limpiar su habitación, de todo eso se encargaban la cocinera y las doncellas.

Era un hotel pequeño y modesto, pero muy limpio y confortable, y se comía bien. No era caro y estaba muy céntrico, así que tenía a mano todos los comercios que necesitaba.

A media mañana se cansó de oír el audiolibro y estuvo devanando las madejas de lana. Cuando las tuvo todas guardó los ovillos en un cajón del armario, reservándose uno, y empezó a tejer con unas gruesas agujas de hacer punto.

Había cerrado la ventana, porque el día estaba fresco y no quería coger un catarro. En la habitación de al lado vivía una viuda que había sido muy guapa, pero que actualmente padecía de artrosis, y tenía dificultades para caminar. Ella misma, pese a su ceguera, se encargaba a menudo de hacerle los recados.

-Eres un encanto -le decía ella-. No sé lo que haría sin ti.

-Anda, mujer, si no me cuesta nada. ¿No ves que salgo todos los días? No tiene ninguna importancia...

Muchas veces dejaba su cuarto y acudía a hacer un rato de compañía a su vecina. Era una mujer alegre y comunicativa, Sus facciones eran hermosas, su boca carnosa y grande, pero proporcionada, y sus brazos blancos y bien torneados. Verdaderamente habían congeniado desde el principio. Ella le contaba cosas de sus nietos, que vivían fuera, y la muchacha la escuchaba complacida.

-El mayor es el más listo de todos -decía la señora-. Tiene unas notas increíbles y vale para todo, porque además es un deportista fantástico. En eso se parece a su padre. Además, ¡si vieras lo guapo que es! Los otros son pequeños todavía, pero creo que nunca igualarán a su hermano, es mi preferido.

-Sí, ya lo veo -reía la chica.

Aquel domingo pensó en ir a visitar a su amiga, pero quería empezar el *jersey* y prestaba más atención estando sola, aparte de que tenía que contar los puntos y no quería equivocarse.

Ya era más de mediodía cuando oyó unos pasos en la habitación de la vecina. Le llamaron la atención, porque ella calzaba zapatillas a causa de su artrosis, y aquellos eran los pasos de una persona vigorosa que calzaba zapatos.

Casi sin querer, empezó a escuchar una conversación. Eran dos personas hablando, y ahora estaba segura de una de ellas era una voz de hombre. La segunda era muy tenue y ella, que estaba acostumbrada, supo que se trataba de la vecina.

El hombre respiraba agitadamente, aunque hablaba en voz baja. A ella le pareció percibir un tono de amenaza.

-Por favor, por favor -oyó decir a la mujer, y después hubo un largo silencio.

Acto seguido volvió a escuchar las pisadas del hombre, y una puerta que se cerraba. Luego no oyó nada más. Picada por la curiosidad pensó por un momento ir a la habitación, pero desistió de la idea.

-Luego, en la comida me sentaré con ella, a ver lo que me cuenta -se dijo.

Pero a la hora de comer la vecina no se presentó en el comedor. En realidad, nadie se extrañó mucho, porque a veces se hallaba dolorida y prefería echarse un rato y almorzar más tarde.

-Vaya, pobrecilla, lo pasa muy mal -comentó con un chico muy joven que vivía en la misma planta-. A la tarde la visitaré, a ver qué tal se encuentra.

Enfrente se había sentado a la mesa un hombre mayor que había llegado al hotel la noche anterior. Era muy alto y cargado de hombros y ofrecía un aspecto deplorable. Para disimular su calvicie se había dejado crecer exageradamente el pelo, que peinaba en ondas sobre la piel oscura de su cabeza. Tenía una larga y gruesa nariz, y sus mejillas caían fláccidas a los dos lados de su cara.

Desde que llegó había permanecido aparte, sin hablar con nadie. A los saludos de los otros contestaba con un gesto vago, y parecía absorto, siempre con un periódico abierto en las manos, que no soltaba más que para comer.

-Es un viajante, que vende enciclopedias -había explicado la dueña del hotel-. Al parecer vive solo y cambia a menudo de ciudad. La verdad es que es un poco raro...

Todos le daban la razón.

-Pues sí que lo es.

Cuando terminó la comida, la chica regresó a su cuarto. De nuevo estuvo tentada de entrar a ver a su amiga, pero cambió de parecer.

-Tengo que adelantar el *jersey* -se dijo-. Más tarde entraré.

Había pasado una hora cuando oyó golpear en la puerta de al lado, y la voz del muchacho joven:

-¿Puedo entrar un momento? ¿Se encuentra bien?

Nadie contestó y el muchacho insistió, golpeando más fuerte.

-¿Le ocurre algo? -dijo-. ¿No me puede abrir?

Tampoco hubo contestación. La muchacha parecía extrañada, y al cabo de unos minutos oyó ruido de pasos en el corredor de las habitaciones. Se habían reunido varias personas y trataban de hablar con la viuda, que no contestaba. Entonces oyó taconear a la dueña del hotel, y se imaginó que se disponía a abrir la puerta con la llave.

Acto seguido, la dueña entró en el cuarto y la ciega oyó una exclamación:

-¡Santo cielo! Pero ¿qué le ha ocurrido?

Otros la habían acompañado, y oyó que hablaban a la vez. Ella dejó un lado la labor de punto, y cogiendo el bastón abrió la puerta y se dirigió al cuarto vecino.

-¿Qué pasa? -preguntó, y notó que alguien la cogía del brazo.

-No sabemos qué ha sido, hemos abierto la puerta y hemos visto a la señora tendida en el suelo. Ya han ido a llamar a un médico.

Ella retrocedió.

-¿Es posible? ¿Qué ha podido ocurrirle?

La dueña de la casa volvía de llamar y se dirigió a los demás.

-El médico vendrá enseguida, me ha dicho que me quede yo con ella, pero que salgan los demás. No se la debe molestar...

Así lo hicieron todos. Ella volvió a su habitación y tomó asiento en un sofá. Estaba impaciente, y al cabo de unos minutos oyó sonar el timbre de la calle y nuevos pasos en el corredor.

-Es aquí, doctor -oyó.

Hubo un silencio tenso, en el que todos aguardaban el informe del médico. Finalmente, oyó la voz del doctor que le resultaba conocida.

-A esta mujer la han estrangulado, y hace ya varias horas de eso.

-Pero ¿qué dice usted? ¿Que la han estrangulado? -dijo la dueña del hotel, perpleja-. ¿Con qué?

-A su asesino no le hizo falta nada, la estranguló con las manos. Ella ni siquiera pudo resistirse. Hay que llamar a la policía, señora.

-Claro, claro….

-Yo empezaría por decir que nadie debe abandonar la casa. Tendrán que interrogarles a todos por si puede haber algún testigo-. se detuvo un momento y luego preguntó-: ¿Alguien pueden entrar directamente de la calle sin ser visto?

La mujer movió la cabeza.

-Este es un hotel familiar, de pocas plazas, casi como una casa particular. Mucha gente viene de visita. Incluso, tenemos a un estudiante que se reúne aquí con varios compañeros para estudiar.

-Está bien, encárguese de que no salga nadie.

-De todas formas, esta mañana ha habido varias personas entrando y saliendo de aquí...

-Ya me imagino -dijo él.

Cuando llegó la policía venía con ellos el médico forense, que enseguida procedió al reconocimiento del cadáver. El otro médico permanecía allí, y ambos estuvieron hablando en voz baja.

-Lleva muerta varias horas -le dijo al compañero-, y está claro que ha sido estrangulada.

El otro asintió.

-Yo estoy de acuerdo en todo. Por eso les he llamado, para que vinieran.

Estuvieron tomando huellas y sacaron fotografías. Después avisaron al juez, quien ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al instituto anatómico forense. Habían dado orden de que nadie abandonara la casa, y los reunieron a todos en el salón para llevar a cabo los interrogatorios.

-Vamos a ver, señores, ¿alguien ha visto algo fuera de lo común?

La muchacha ciega alzó una mano.

-¿Han mirado si estaban sus joyas en la habitación? Ella tenía varias sortijas, broches y collares que le había regalado su esposo, y estaba muy orgullosa de ellas. Además, solía ponérselas para salir. Yo las tuve en las manos varias veces...

-¿Está segura?

-Claro que sí, todos en el hotel lo sabían. Anoche creo que llevaba un hermoso collar de perlas de dos vueltas, eso me pareció cuando la abracé.

El inspector la miró, extrañado.

-En el registro no hemos encontrado nada. De todas formas, procederemos a registrar con más cuidado, pero dudo que se nos haya pasado algo por alto.

Así lo hicieron: abrieron todos los cajones, registraron el armario, pero no las hallaron. El inspector volvió al salón.

-No hay nada de nada -corroboró-. Al parecer, el asesino se llevó las joyas.

Empezó el interrogatorio por la dueña del hotel, que no había visto nada especial. Siguió por el muchacho joven, que parecía deprimido.

-Siento no poder decir nada, y más cuando fui yo quien encontró el cadáver. En realidad, estuve fuera toda la mañana, en la biblioteca de la universidad -se detuvo un momento y prosiguió despacio-: Normalmente, algún amigo viene a estudiar conmigo por la tarde. Hoy, como es domingo, no había quedado con nadie...

Así fueron interrogando a todos, y todos contestaban lo mismo. En un momento dado, la ciega se irguió en el asiento y su rostro se crispó, pero no dijo nada. El inspector parecía confuso.

-Pues si dicen que alguien pudo entrar de la calle y no hay ningún testigo, va a ser difícil dar con el culpable...

Ya estaban a punto de irse. La chica oyó cómo salían, pero le pareció oír que en inspector seguía en el salón.

-Inspector -dijo-, ¿está ahí todavía?

-Sí, señorita, aquí estoy. ¿Se le ha ocurrido algo?

Ella contestó, vacilante:

-Verá... ¿Le importaría que habláramos en mi habitación?

El agente la miró, extrañado.

-¿En su habitación, dice? Bueno, si usted lo desea...

El policía la cogió del brazo y se dirigió con ella al interior. Todos fueron abandonando el salón, y la chica abrió la puerta de su cuarto.

-Pase, por favor -le dijo al policía, que asintió.

Cerró la puerta tras de sí y ella tomó su mano en la suya. Sus ojos vacíos buscaron su rostro.

-Tengo algo que decirle -pronunció en voz baja-. Yo sé quién ha sido el asesino.

-¿Usted?¿Cómo es posible?

-Sí, yo. Aunque no lo crea, me doy cuenta de cosas que otros ignoran.

El inspector la miró interesado y ella prosiguió:

-Soy ciega, y por eso tengo muy desarrollada otras cualidades -empezó a explicar-. Tengo un oído muy fino, ¿sabe usted? Y retengo la voz de una persona habiéndola oído una vez.

-¿Está segura de eso?

-Claro que lo estoy, desde niña me han entrenado para ello. Los profesores procuran que logremos sustituir nuestras carencias, para llevar una vida aceptable.

-Ya, ya.

Ella siguió hablando despacio:

-Por eso tratan de desarrollar en nosotros el oído, el gusto y el tacto. Al mismo tiempo, nos enseñan técnicas para orientarnos y desplazarnos en el espacio.

-Es admirable, de verdad.

Ella sonrió.

-Por eso distingo cualquier sonido entre otros muchos. En realidad, conozco a las personas por el sonido de sus pasos... y le digo que uno de los vecinos ha mentido.

¿A qué vecino se refiere?

Ella aspiró hondo.

-Me refiero al hombre que llegó al hotel ayer por la noche. Debió fijarse en el collar, y dedujo que su dueña tendría otras joyas valiosas. Esta mañana he oído que entraba en su habitación. Estuvieron discutiendo y me pareció que ella pedía socorro.

El otro parecía asombrado.

-¿Cómo puede estar tan segura?

-Estoy segura de haber oído sus pasos en le habitación de al lado -dijo-. Y de haber escuchado su voz.

-Está bien, voy a hacerle caso.

El inspector llamó a sus ayudantes que aguardaban en el automóvil y, pese a las protestas del hombre, encontraron las alhajas en su habitación.

Una vez detenido, supieron que ya había sido sospechoso de robo en varias ocasiones, aunque nunca pudo probarse.

-Y esta vez una muchacha ciega ha conseguido hacerlo -había dicho el comisario, moviendo la cabeza.

* * *

La confesión

El hombre que llamó a la puerta de la comisaría agachó la cabeza. El policía que le había abierto lo miró de arriba a abajo.

-¿Qué desea? -le preguntó.

Era un hombre moreno y alto, de hermosos ojos y el cabello oscuro y rizado. Vestía un traje blanco con cuello azul marino a rayas blancas y una gorra de marinero, y se había presentado a las nueve de la mañana en la comisaría.

-Vengo... vengo a entregarme -dijo con voz ronca-. He asesinado a mi mejor amigo.

El policía no pudo disimular su extrañeza.

-¿Qué me está diciendo, que ha matado a su amigo?

Él asintió con un gesto.

-Así es, tienen que detenerme.

-Pues... bueno, pase. No creo que sea competencia nuestra, pero lo consultaré con mi jefe.

Recordó que la víspera habían denunciado una muerte violenta, aún no se sabía si suicidio o asesinato. Era en un pueblo de la costa y, por la mañana temprano, un joven pintor estaba buscando un buen sitio para pintar por debajo de un acantilado. El lugar estaba apartado de la carretera general. Iba en bicicleta y le pareció ver a una persona caída sobre la arena de la playa. Aparcó la bicicleta, la dejó a un lado y se aproximó al bulto sospechoso.

En efecto, allí había un hombre acurrucado sobre la arena. Él miró hacia arriba y pensó que habría caído de lo alto del acantilado. Tenía un fuerte golpe en la cabeza y supo enseguida que estaba muerto.

De todas formas, le dio la vuelta. Era un tipo cetrino, de larga nariz y con una espesa barba rubia. Tenía los ojos pequeños y hundidos, y unos labios estrechos y finos.

-Dios -exclamó-. Vaya una altura, debe tener todos los huesos rotos.

Miró alrededor y vio que había una edificación no lejos de allí. Estaba resguardada entre los árboles y él se abrió camino empujando los arbustos achaparrados y las zarzas enmarañadas que había detrás de la casa. Al llegar, vio que el edificio estaba casi cubierto de enredaderas que cubrían de flores todo lo rincones, dándole una alegre apariencia.

Resultó ser un bar, que estaba desierto a aquella hora temprana. Un hombre alto y fuerte estaba detrás del mostrador.

-¿Podría llamar por teléfono?

El hombre lo miró, extrañado.

-¿Tiene que llamar desde aquí? Pues vaya, cómo se complica la vida...

El chico venía jadeando.

-No es ningún capricho, acabo de ver a un hombre muerto por debajo del acantilado.

El otro abrió unos ojos como platos.

-¿Un hombre muerto? ¿Y quién es?

El chico aspiró hondo.

-No tengo ni idea. Por eso, hay que llamar a la policía.

El cantinero le mostró el fondo del bar.

-Claro, claro, no me digas más. Hacía años que no ocurría por aquí una cosa semejante...

El muchacho marcó unos números, dio las señas del bar y explicó lo ocurrido. Al otro lado le contestó una voz grave.

-Sí, la taberna que está por debajo del acantilado, la que frecuentan las personas que van a bañarse a la playa, ¿no es así?

Él asintió.

-Justo, aquí es.

El otro dio una orden tajante.

-Por favor, no se vaya. Espere ahí, tendremos que hacerle unas preguntas.

-Aquí estaré, no tengo prisa. Estoy con el dueño del bar.

Al cabo de unos diez minutos se oyó el ruido del motor de un coche, y acto seguido el de varias pisadas sobre la arena. Cuatro policías de uniforme se aproximaron a la taberna, donde los estaban aguardando.

-Es ahí cerca -señaló el muchacho de la bici-. Ha sido una verdadera casualidad que lo encontrara...

El inspector asintió con un gesto.

-Más vale así, los grupos de chiquillos suelen acudir a bañarse, y no hubiera sido un plato de gusto...

El policía miró al mar, y luego a lo alto del acantilado. Desde allí no podía verse al caído,

-Vamos, yo les indicaré el lugar.

Bajo el fuerte sol de la mañana, cientos de gaviotas poblaban la playa, se situaban en los bloques de cemento vecinos, y sus agudos graznidos rompían el silencio matinal.

* * *

En la comisaría, el jefe había recibido la noticia del recién llegado que se acusaba de asesinato.

-Hágale pasar -indicó.

El hombre moreno se había quitado la gorra y la llevaba en la mano.

-Siéntese -le dijo el comisario, y él obedeció.

Estuvieron hablando un buen rato, y el hombre no osaba levantar la vista del suelo.

-¿Dice usted que la novia de su amigo lo dejó para marcharse con usted? -preguntó el policía, y él asintió con un gesto-. Entonces, ¿por qué iba a matarlo? En realidad, lo lógico hubiera sido lo contrario, ¿no le parece?

El otro denegó.

-De ninguna manera. Yo he acabado con su vida, soy culpable.

Él lo miró fijamente. Algo en aquel hombre le extrañaba. Era una especie de infinita tristeza, un verdadero sentimiento de culpabilidad.

-¿Cuándo dice que mató a su amigo, y cómo lo hizo? -preguntó.

-Fue ayer por la mañana temprano. Lo empujé desde lo alto del acantilado.

Los periódicos habían publicado la noticia, que había causado una verdadera conmoción. La antigua novia de la víctima se había personado en la morgue a reconocer el cadáver.

-Es él, no cabe duda -afirmó, llorosa-. ¿Qué le ha ocurrido?

-Pues... lo han encontrado muerto en la playa. Se están llevando a cabo las investigaciones, pero aún es pronto para establecer una hipótesis. Permanezca en su casa, es posible que tengamos que interrogarla.

-Desde luego, descuide -contestó la chica, llorando.

En la comisaría, el jefe observaba con atención al hombre que tenía delante. Aunque se había confesado culpable, una especie de intuición le hacía dudar de su palabra. Pensó de qué manera podría rebatirlo y, después de unos momentos, preguntó:

-¿Sabe usted de qué forma vestía su amigo la última vez que lo vio, antes de que lo empujara por el acantilado?

El otro no pareció dudar.

-¿Cómo, que qué ropa? ¿Qué ropa va a ser? La que llevamos todos, el uniforme blanco y la gorra...

El comisario sonrió.

-Usted está mintiendo -dijo-. Usted no lo ha matado.

-¿Por qué lo dice?

Él movió la cabeza a ambos lados.

-Está usted muy equivocado, su amigo no llevaba uniforme cuando lo encontraron. Vestía unos pantalones vaqueros y camiseta azul.

-¿Qué dice? ¿Que no llevaba el uniforme? Eso no puede ser.

El comisario lo miró de frente.

-Pues es así. Era un detalle que solo podía conocer el asesino, o el propio suicida... -se detuvo un momento y continuó hablando despacio-: Además, hemos podido saber que su amigo estaba desesperado porque lo había dejado su novia de siempre. Lo había comentado con varios compañeros. Es más, uno declaró que le preocupaba mucho este chico, que se lo había tomado demasiado a la tremenda, y todos estuvieron de acuerdo...

Ambos quedaron en silencio. El marinero se mordía nerviosamente los labios, y el otro movió la cabeza.

-A veces hay simulación, atribuyéndose un inocente del delito que no ha cometido. Puede ocurrir cuando alguien se considera culpable de que otra persona haya cometido suicidio. Pero usted no puede culparse, en realidad no tuvo la culpa...

* * *

La peluquería

El hombre se detuvo en la acera y dudó un momento. Dio media vuelta, y entró en una peluquería de caballeros. A esa hora, el local se hallaba casi vacío, y el peluquero estaba sentado leyendo un periódico.

El recién llegado permaneció inmóvil un instante, luego se inclinó para dejar un maletín en el suelo. El peluquero se puso en pie y se le acercó.

-Usted dirá lo que desea -indicó, con una ligera inclinación de cabeza-. ¿Cómo lo quiere? -sonrió.

-Lo dejo a su gusto -contestó su cliente.

Su voz era áspera y profunda. Se arrellanó en un sillón, ante el espejo, miró hacia adelante y añadió:

-Esmérese, porque tengo que ir de viaje.

-Ah, eso está muy bien.

Inspirando profundamente, el otro añadió:

-Esta noche he dormido muy mal. Me duele la cabeza, no sé si podré soportarlo mucho tiempo.

El peluquero pareció confuso. Contestó:

-Lo siento, lo siento muchísimo.

Lo observó con atención, y pensó un instante en lo que acababa de oír. Luego, se dijo que parecía un hombre atormentado. Bajo el cabello canoso su frente, inteligente y amplia, estaba surcada por hondos pliegues y brillaba por causa del sudor. Su nariz era recta y

sus labios finos. Iba correctamente vestido con un traje gris, camisa blanca y corbata negra. El recién llegado se encogió de hombros y trató de sonreír.

-Son gajes de la edad. Recuerdo que antes dormía siempre bien, pero por entonces yo era joven...

El barbero sonrió afablemente.

-Bueno, eso le pasa a todo el mundo, ¿No cree?

El otro no contestó, y hubo un largo silencio, que se prolongó durante todo el tiempo en que el peluquero llevaba a cabo con todo cuidado su trabajo. No levantó la vista hasta que hubo acabado.

-Empieza a hacer calor -comentó, intentando entablar conversación, pero el otro tampoco dijo nada.

Otros clientes entraban. Él echó un vistazo al reloj para consultar la hora.

-Bueno, ya está. ¿Qué le parece?

Le tendió un espejito de mano, y el otro se miró por detrás, en el espejo grande.

Finalmente, suspiró y dijo:

-Muy bien, está muy bien.

Se incorporó en el sillón, pagó su cuenta y se levantó para marcharse.

-Encantado de conocerlo -dijo.

-Hasta la vista -asintió el peluquero-. Que tenga buen viaje.

El cliente recogió el maletín. Entonces, una sonrisa lenta le surcó la cara.

-Hasta la vista, pues -asintió con la cabeza.

Él le dio la mano y notó que era suave, sin durezas. Le abrió la puerta, y el otro caminó despacio por la acera, en dirección a su casa.

Tardó casi media hora en llegar. Era una urbanización bastante modesta, de alquileres bajos, un patio con edificios de ladrillo de dos plantas, con escaleras de hierro exteriores, cornisas sin pintar y descascarilladas y senderos de cemento tan resquebrajados por las raíces y el tiempo que cada paso constituía un peligro.

Nada más subir, ordenó unos libros y bajó las persianas del despacho. Luego, estuvo revisando los cajones de su dormitorio. La cama era maciza, de madera, y tenía una colcha hecha con pequeños trozos de telas multicolores.

En los cajones encontró lo de siempre: tijeras, pañuelos doblados, mezclados con infinidad de objetos pequeños e inútiles. Suspiró.

-Cuánto trasto inservible -pronunció en voz alta.

Entró un momento en la cocina, y comprobó que el gas estaba cerrado. Volvió al comedor solitario. Miró un momento fuera, y también bajó las persianas.

Una vecina, que vivía debajo, oyó un gran estruendo. Avisó a su marido, subieron arriba y, al no recibir contestación, echaron abajo la puerta.

Entraron en el comedor, y encendieron la luz. Había tres sillas arrimadas a la mesa, de la misma madera que esta, y tapizadas de gris. Pero faltaba la cuarta silla. Dieron un vistazo al comedor, y no la vieron por ninguna parte.

Luego entraron en el dormitorio. La alfombra, de un tono verde claro, que cubría casi toda la habitación, había sido retirada hacia el lado de la cama, sobre la que estaban las sábanas y la colcha revueltas. El hombre estaba colgado de la lámpara, y una silla se había volcado a sus pies. Encima de la mesa de noche había una nota: "Este será mi último viaje. Por cierto, que esta mañana he salido a pasear, y el paisaje era hermoso. La primavera lo había cubierto todo de verde...".

* * *

La tarta

Una vecina de un céntrico bloque, que estaba guisando y tenía la radio puesta a todo volumen, se limpió las manos en el delantal. Todos los pisos tenían vista a un gran patio que ocupaba el centro del edificio, y estaba surcado de cuerdas con garruchas en todas direcciones, de donde pendías sábanas y ropa de vestir.

Era casi la hora de comer y se le estaba haciendo tarde, así que tenía que apresurarse. Acababan de dar las noticias y fue hacia la ventana para tender varias prendas en el patio.

Algo llamó su atención: enfrente, un piso más arriba y, a través de una gran ventana, le pareció distinguir las piernas de una mujer que debía estar subida en algo como una mesa o una escalera, y permanecía sin moverse.

-Qué raro -se dijo-. ¿Qué hará?

Se había quitado las gafas de lejos para limpiarlas, porque se le habían manchado de grasa. Se las puso bien limpias, miró con atención y lo que vio la dejó sin aliento

La mujer no estaba de pie, sino colgada. Se frotó los ojos, incrédula. Pero, aunque permaneció observando un rato, la mujer seguía sin moverse.

Su primer impulso fue salir de su casa y subir, pero se dio cuenta de que los pisos de enfrente tenían acceso por una calle distinta, así que decidió llamar por teléfono a la policía.

-¿Dígame?

-Mire, le parecerá raro, pero estoy casi segura de que hay una mujer colgada de algún sitio, en la cocina...

-¿Cómo dice?

-Bueno, verá, el caso es que estaba tendiendo la ropa en mi patio, y me llamó la atención una de las ventanas de enfrente. Puede que me equivoque, pero me parece ver lo que le he dicho...

Les dio su dirección, y añadió con voz ronca:

-No puedo decirles con seguridad las señas, pero si vienen ustedes a mi casa lo podrán calcular... Perdonen, pero no puedo entretenerme, mi esposo ha salido con los chicos y están a punto de venir a comer.

No habían pasado diez minutos cuando llamaron a la puerta. Ella abrió y se encontró con una pareja de policías de uniforme.

Uno era un hombre entrado en años, de cabellos canosos y estatura media. El otro era más joven, con el pelo rojizo y las mejillas llenas de pecas, y mucho más alto. Ella los llevó inmediatamente a la cocina, donde no había nadie más.

-¿No está su marido? -le preguntó el más alto, y ella denegó.

-No, afortunadamente no han venido todavía. No suele retrasarse tanto, habrá tenido algo que hacer. Además, es domingo.

Los dirigió hacia la ventana, donde pudieron comprobar que ella había dicho la verdad: enfrente, un piso más arriba, podía verse el cuerpo inmóvil de una mujer, que parecía pender de algo en el techo.

-¿Dice que ese piso no corresponde a este mismo edificio?

Ella dijo que no con la cabeza.

-No, aunque no podría decirles el número, la entrada la tiene por una calle paralela a esta. El mío es el quinto, por lo que deduzco que aquel es el sexto. Pregunten en las porterías, los porteros de allí les indicarán.

Salieron de la casa, y a los pocos minutos el marido entró con los dos niños, sirviéndose de la llave. A ella no le pareció prudente que los chiquillos contemplaran el espectáculo, por lo que cerró la ventana. Se acercó al marido y le dijo unas palabras al oído. Él pareció sobresaltarse.

-¿Es posible? ¡Por Dios! Sí, es mejor que no se enteren. Que entren en el cuarto de baño a lavarse las manos, yo veré todo desde aquí.

-Estoy conmocionada -dijo la mujer, temblorosa-. Menos mal que la policía ha acudido enseguida. Al parecer, patrullaban en los alrededores.

Él le acarició la mano, que tenía húmeda.

-No me extraña nada, es para ello. Sentaos a la mesa, yo quiero ver lo que ocurre enfrente. Podéis ir comiendo sin mí.

La madre y niños se habían acomodado, y el hombre entró en la cocina y cerró la puerta. Luego fue hacia la ventana y la abrió. En efecto, pudo ver a una mujer que parecía colgada de algún lugar.

-Es increíble -susurró.

Calculó que la policía no tardaría en acudir al lugar y, en efecto, pudo ver a uno de los hombres que se quedaba mirando a la mujer. Luego, otro se asomó al patio, y tras unos segundos cerró una cortina, dejando aislado el lugar de posibles miradas curiosas.

* * *

Por fortuna, habían acertado a la primera con el portal del edificio. Le comunicaron lo ocurrido al conserje, y él los invitó a tomar con él el ascensor hasta el sexto piso. Había tres puertas en el descansillo, pero él se dirigió a la que tenía a la derecha.

-Las otras viviendas dan a la calle, esta es la única que tiene vistas al patio.

Llamaron a la puerta, pero nadie contestó. El más bajo de los policías había pulsado el timbre, que sonó largamente, pero sin ningún resultado. Finalmente, el portero sacó un manojo de llaves y se dispuso a abrir la puerta, que cedió suavemente. Se asomó a la casa, y gritó:

-¿Hay alguien aquí?

En vista de que nadie contestaba, entró por un largo pasillo con puertas de cristales, y llegó hasta el final. Los cristales eran esmerilados, y dio varios golpecitos en la de la cocina.

-¿Hay alguien? -preguntó de nuevo, y al no obtener contestación accionó el picaporte y abrió.

Los dos policías lo seguían de cerca, y entraron junto con él. Los tres lanzaron una exclamación al unísono.

-¡Dios mío! -exclamó, atónito, el conserje-. ¡Señora!

Se había abalanzado hacia la mujer como si hubiera querido rescatarla de su estado, pero el policía más alto lo detuvo.

-No toque nada -dijo-. La señora está muerta, nada se puede hacer. Avisaremos a nuestros compañeros, que tendrán que sacar fotos antes de moverla, y tomar huellas.

El portero retrocedió.

-Sí, claro, claro, tiene usted razón.

A través del móvil, el policía se puso al habla con la comisaría más cercana y dio las señas exactas de la casa.

-Sí, no nos moveremos hasta que vengan los de la científica, el forense y el juez. Nadie tocará nada.

Primero llegaron los de la científica, que sin tocar el cuerpo le hicieron fotografías desde varios puntos de vista. Al parecer, la mujer se había subido en la mesa, y desde allí había enganchado una cuerda a un gancho que sostenía la lámpara en el techo, colgándose de ella.

También tomaron huellas, por si encontraban las de alguien ajeno a la casa. Poco después llegaron el médico y el juez. Este dio la orden de descolgar a la mujer, y dos hombres dieron un paso adelante.

-Nos vendría bien una escalera -dijo un policía de paisano-. Mirad si hay alguna por ahí.

Otro había abierto la despensa, y salió con una escalera de cuatro peldaños.

-Aquí la tenemos -indicó.

El juez hizo una seña.

-Vamos, pues a ello -dijo, y se volvió hacia el portero de la finca.

-¿Vivía sola? -preguntó, y él negó con un gesto.

-No, señor, está casada, pero no tiene hijos.

-¿Dónde podríamos encontrar al marido?

Él carraspeó.

-Pues... verá. Tiene un teatro de marionetas y, como es domingo, se habrá pasado la mañana en el parque con su colección de muñecos.

El médico consultó el reloj.

-¿A qué hora suele volver?

Él dudó un momento.

-A veces viene tarde, lo que incomodaba a su esposa.

El médico se quedó pensativo.

-Pues... hoy hace muchísimo frío, incluso ha nevado esta noche. ¿Incluso en pleno invierno actúa con sus marionetas?

-Sí, claro, desde luego. Yo tengo dos nietos pequeños, y están deseando de que llegue una fiesta para acudir al parque para verlas. Bueno, mi nuera les pone buenos abrigos y bufandas. Lo cierto es que el espectáculo atrae a una nube de chiquillos, que no reparan en sentarse en el suelo helado durante horas para admirar a los muñecos.

-Pero ¿vive solo de eso?

-De ninguna manera, señor. Es soldador de oficio, y trabaja con el padre de su mujer, que es dueño de una empresa constructora. En realidad, se habían conocido en alguna fiesta de la empresa. Según dice mi esposa, a ella pareció gustarle desde el primer momento.

-Y el padre, ¿qué opinaba?

-Bueno, eso también lo comentó con mi mujer. No le gustaba que fuera más joven que ella, pero ella insistía, y al final el padre tuvo que ceder.

-¿Ah, sí? ¿Y la esposa no suele acompañarlo?

El portero hizo un amplio gesto con las manos.

-Qué va. Como verá no es demasiado joven, y según dice mi mujer aquella actividad del marido le resultaba demasiado cansada, sobre todo en invierno.

-Entonces, ¿él maneja solo los muñecos?

-Oh, no, señor. Él se hace acompañar por algún amigo aficionado, y a veces una joven vecina acude también al parque a echarle una mano, e incluso se encarga de manipular a algunos personajes imitando las voces.

Se quedó callado un momento, y luego prosiguió:

-La verdad, como dice mi esposa, la señora se negaba siempre. Decía que bastante había hecho con comprarle todo el material que necesitaba para su espectáculo, que era solo un capricho, para que encima tuviera que estar tanto tiempo de pie con esas tonterías, como ella las llamaba.

De nuevo se quedó callado y movió la cabeza.

-Pobre señora, sé que no era feliz, pero no creí yo que llegara al extremo de ahorcarse. A propósito -añadió-, según me ha dicho mi mujer, creo que hoy hubiera sido el aniversario de su boda, quizá eso haya acabado por desesperarla...

-Vaya historia -comentó el forense-. Parece una novela...

* * *

Cuando pudieron localizar al marido, se mostró consternado. El inspector jefe estaba esperándolo y le dio la noticia.

-¿Dónde está ella? -preguntó, a punto de echarse a llorar.

-Lo siento, pero ya la hemos trasladado a la morgue. Tendrá que venir allí a reconocerla, mientras tanto el forense le está haciendo la autopsia. Pero tome asiento, por favor.

Él estuvo contestando a las preguntas que le hacían, mientras el inspector jefe tomaba notas en un cuadernito.

-¿Cuándo la ha visto por última vez?

Él contestó sin dudarlo.

-Esta mañana temprano. Tengo un pequeño teatro de marionetas que guardo en un trastero, y he salido pronto para organizarlo...

-Eso ya lo sé -lo interrumpió el agente-. Diga, ¿ha notado en ella algún cambio de humor? ¿Estaba deprimida?

El hombre se quedó pensativo.

-Bueno, en realidad mi esposa tenía un carácter un poco... difícil. En el buen tiempo se encontraba mejor, pero el invierno... ya sabe, a mucha gente le afecta. De vez en cuando permanecía mucho tiempo sin decir una sola palabra.

El inspector se puso en pie.

-Tendré que rogarle que permanezca en casa, y que no salga sin decir adónde. Quizá tengamos que hacerle algunas preguntas.

-Descuide, así lo haré.

En aquel momento empezó a sonar el timbre de la puerta, y el dueño de la casa se adelantó a abrir. Era un muchacho que traía una caja redonda. El policía se adelantó y tomó el paquete mientras el hombre lo miraba, extrañado.

-¿Qué es?-preguntaron ambos a la vez, y el chico contestó:

-Es una tarta de la pastelería, la señora indicó que quería tenerla hoy en casa antes de la merienda.

El hombre arrugó el entrecejo.

-¿De la pastelería, dices?

Él asintió.

-Sí, yo mismo atendí ayer a la señora. Estuvo viendo nuestras tartas y escogió una de yema. Dijo que era la preferida de su esposo, y la dejó pagada.

El hombre estaba rígido. El policía lo miraba, y preguntó:

-¿Va a darle una propina?

El muchacho cogió las monedas, se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. El policía había dejado la tarta encima de una mesa.

-Vaya, esto cambia las cosas, ¿no le parece? -dijo, y el otro lo miró, extrañado.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que va a acompañarme -dijo, sonriendo.

-¿Por qué?

El inspector aspiró hondo.

-No sé si estará de acuerdo conmigo. ¿No le parece que una persona que va a suicidarse no se preocupa por un detalle como este?

* * *

La verdad

Hacía días que se el marido se mostraba extraño, poco comunicativo y ausente.

Él, que había sido un hombre cariñoso, actualmente se mostraba frío.

-¿Qué te ocurre? -le preguntaba ella, y él contestaba:

-No me pasa nada, joder. Antes no eras tan pesada...

Se habían casado hacía diez años y no habían tenido hijos. Al principio habían sido muy felices.

-Estoy tan enamorada... -había comentado ella con una amiga de la infancia-. La verdad, es el hombre ideal para mí... Y tú, ¿qué te cuentas?

-Pues, ¿sabes? Tengo que darte una buena noticia. Un tío mío ha muerto y me ha dejado heredera...

-¡No me digas! Pues sí que estás de enhorabuena... Te felicito, chica.

Aquel día llamaron a la puerta y ella salió a abrir. Se trataba de un hombre de mediana edad, algo canoso, con la tez morena y los ojos oscuros, que preguntó por su esposo.

-Pase -le dijo, y lo introdujo en el despacho.

El marido había sufrido una caída y lo recibió de pie, apoyado en un grueso bastón.

-Cierra la puerta -dijo, y ella asintió.

-Muy bien, estoy fuera, si me necesitáis para algo.

Al poco rato oyó que estaban discutiendo acaloradamente. Estuvo dudando si entrar, y al final lo hizo. En aquel momento vio que su marido había cogido el bastón y golpeaba al otro fuertemente en la cabeza. El hombre cayó hacia atrás y se quedó inmóvil en el suelo. Ella miró a su esposo, consternada.

-¿Qué has hecho? -dijo, y se arrodilló junto al caído.

Le tocó el cuello y vio que sangraba.

-Yo creo que lo has matado -afirmó-. Tiene una tremenda herida en la cabeza.

¿Qué vamos a hacer?

Él estaba tenso.

-Podemos decir que ha sido un accidente -sugirió-. Tú estabas con nosotros, y viste cómo resbalaba y caía.

Ella se mordió los labios.

-Aguarda aquí -le dijo-. Voy a llamar por teléfono.

Había un teléfono en el vestíbulo. Ella se aproximó y marcó unos números

-¿Es la policía? -preguntó.

-Sí, aquí es. ¿Que desea?

Ella aspiró hondo antes de contestar.

-Mire, mi esposo tenía una visita. Ha debido tropezar con algo, se ha dado un golpe en la cabeza y creo que está muerto.

-¿Cómo dice?

Ella habló con voz firme.

-He dicho que ha habido un accidente en mi casa. Un hombre ha caído de espaldas, se ha golpeado en la cabeza y juraría que está muerto.

-¿Desde dónde nos llama?

Ella le dio las señas con todo detalle, y el otro habló con voz firme.

-Ahora enseguida vamos, no se muevan de ahí. Cuando regresó al despacho, él estaba muy nervioso.

-¿Qué les has dicho? -preguntó, y ella movió la cabeza.

-No te preocupes, he jurado que se ha tratado de un accidente, no temas -dijo.

-Puedes estar tranquilo.

Cuando llegó la policía con un médico, el doctor estuvo reconociendo al caído.

Después de unos segundos se dirigió a los otros.

-Está muerto, tendremos que avisar al juez para que ordene el levantamiento del cadáver.

El inspector se dirigió al dueño de la casa.

-Va a acompañarnos, por favor. Tenemos que hacerle unas preguntas.

-Pueden hacerme las preguntas que quieran -dijo él-. Quiero colaborar. ¿Mi mujer tiene que acompañarme?

El policía denegó.

-No, de momento. Luego, ya veremos.

El hombre fue a coger varias cosas. Abrió el cajón de la mesa y sacó su documentación.

-Cuando ustedes quieran -indicó.

Cuando todos habían salido, llamaron a la puerta. Ella salió a abrir, y era el cartero.

-Carta para el señor -dijo, tendiéndole un sobre de color crema.

Ella le sonrió.

-Muchas gracias -le contestó-. Él se encuentra ausente, pero se la daré.

Sostuvo la carta en las manos y le pareció que olía a perfume. Miró las señas, extrañada, y se dio cuenta de que estaban escritas con letras mayúsculas.

-Qué raro -pensó-. ¿Quién puede escribirle?

Entró en el despacho y dejó la carta sobre la mesa. Luego estuvo en la cocina preparando la comida, pero al final la curiosidad la venció.

-Vamos a ver qué es esto -se dijo.

Cogió la carta del despacho y se dirigió a la cocina, donde había un cacillo con agua puesto al fuego. El agua bullía, y ella trató de abrir el sobre con el vapor. A los pocos segundos, el pegamento cedió.

-Vaya, vamos a ver quién eres -pronunció en voz baja.

Abrió el sobre y sacó una cuartilla del mismo color, escrita con una letra menuda. Empezó a leer despacio y poco a poco se iba sonrojando. Notó un sudor frío.

Cuando terminó de leer cerró los ojos y suspiró.

-No puede ser -se dijo-. Ellos no pueden hacerme esto.

Volvió a leer la carta:

> "Querido mío, te comprendo bien, pero no consiento que me des más largas. Yo creo que ella está al tanto de todo, aunque disimula. Si tuvierais hijos lo comprendería, pero sabes que ya no la quieres, y sé muy bien que estás enamorado de mí. Te doy tres días para que des fin a esta situación".

Era la letra de su amiga. Ella tomó la carta, volvió a pegar el sobre y la devolvió al despacho de su esposo.

De nuevo se dirigió al teléfono, y marcó el mismo número. Una muchacha policía contestó a su llamada.

-¿Podría pasarme con el comisario? -preguntó.

-Espere un momento -oyó-. Estaba ocupado, pero creo que ha salido un momento. Ahora le aviso.

La mujer esperó unos minutos, y oyó al otro lado una fuerte voz masculina.

-¿Qué se le ofrece? Perdone, pero no puedo entretenerme, tengo cosas que hacer.

Ella había agarrado fuertemente el teléfono.

-Escuche, por favor. Creo que tiene a mi marido con usted.

Él se quedó pensativo.

-¿Es usted la señora que había llamado antes? ¿La que denunció un accidente?

Ella asintió, nerviosa.

-Sí, la misma.

Él parecía impaciente.

-Bueno, ya tenemos su declaración. Ahora le ruego que me permita hablar con su marido.

Ella alzó la voz.

-Precisamente de eso quería hablarle. Retractarme de todo lo que dije.

El comisario se mostró extrañado.

-¿Cómo, retractarse? ¿Es que ha cambiado de opinión?

Ella contestó muy deprisa.

-Pues sí, señor. Yo vi cómo mi esposo lo golpeaba. Él no se cayó por accidente, él lo golpeó con un bastón.

El otro parecía dudar.

-Y, ¿cuál de sus versiones tengo que creer? Señora, esto es muy serio, no se puede jugar con estas cosas.

Ella suspiró profundamente.

-No estoy jugando, ahora le digo la verdad.

El comisario carraspeó.

-¿Tiene alguna prueba de lo que dice?

La mujer tardó en contestar. Se notaba que estaba muy afectada.

-¿Alguna prueba? Pues sí, ahora que lo dice, creo que tengo una prueba.

-¿Y es?...

Ella empezó a hablar muy despacio. Cada palabra que decía le suponía un gran esfuerzo.

-Mire, puedo probar que mi marido lo golpeó con el bastón. Nadie lo ha limpiado desde entonces y, si lo analizan, estoy segura de que encontrarán sangre de la víctima.

-Está bien. Téngalo a mano, enviaré a alguien por él. Al mismo tiempo, tiene que firmar su declaración.

Se detuvo un momento y luego preguntó:

-¿Puedo saber qué es lo que la ha hecho cambiar de opinión?

Ella dudó un momento antes de contestar. Había en su rostro una expresión dolida.

-Desde luego que sí. Mire, yo había declarado a su favor, pero luego he sabido que mi marido me pensaba dejar, y quiero decir la verdad. ¿Le parece buena razón?

* * *

La vidriera

El edificio del instituto era una gran construcción de ladrillo, de tres pisos, y el estudio de dibujo se encontraba en la planta superior, extensa y abuhardillada. La puerta del estudio era maciza y recia, de cuarterones. Nada más entrar, podía advertirse un fuerte olor a disolventes y a pintura; el suelo, formado por anchos y desgastados tablones de madera, estaba cubierto de polvo.

El polvo flotaba también en el aire. El sol penetraba por las altas ventanas, y hacía que los diminutos corpúsculos parecieran bailar.

En la gran sala de dibujo había varios caballetes, sillas, y un banco de madera junto a una larga mesa. Alrededor, cubiertas de un polvo gris, parecían hacer guardia una serie de reproducciones en escayola. Eran cabezas de emperadores romanos, alguna Venus, y figuras conocidas como el Niño de la Oca o el de la Espina.

En un rincón habían colocado un lavabo, con una palangana y un aguamanil, y al lado había una toalla bastante sucia y manchada de colores.

La profesora de dibujo era una mujer de cabellos canosos, que además de impartir clases a los alumnos y alumnas del centro era, a su vez, dibujante de vidrieras de encargo. Trazaba sus bocetos a carboncillo sobre largas tiras de papel, extendidas en el suelo, que luego unía con tiras de embalar. Cuando terminaba un proyecto, lo enrollaba y lo empaquetaba para enviarlo a la fábrica de vidrio.

Ella tenía la costumbre de retratar a alumnos y profesores en las escenas de sus vidrieras. Un día de principios de verano, cercano a las vacaciones, solicitó del director que le enviara a un grupo de

alumnas de los últimos cursos, para trasladarlas al bosquejo de una escena bíblica.

A la hora fijada llegaron las chicas, acompañadas de un profesor. Cuando las vio entrar ella sonrió.

-Ah, estáis aquí. Os estoy muy agradecida.

Vestía una camisa y un pantalón manchados de pintura y su cabello estaba un poco alborotado. Dio un vistazo a las recién llegadas: siempre le habían gustado las muchachas bonitas, y aquellas lo eran.

Una alumna, una chica mulata, se había adelantado a las otras. Tenía hermosos ojos y una frente amplia, y resultaba muy atractiva.

-¿Qué tenemos que hacer?

Ella alargó la mano llena de venas azules.

-Acercad las sillas, o sentaos en ese banco. Ya os diré las posturas, y cuando lo haga, os ruego que permanezcáis muy quietas.

La alumna la miró con una sonrisa divertida.

-¿Serán posturas muy difíciles? Yo puedo hacer el pino...

Varias risitas se escucharon cerca.

-No hará falta tanto...

Ella misma estaba confusa: se había quedado sin habla ante la chica, como si su cerebro se hubiese parado. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Luego, les fue indicando la correspondiente posición, algunas de frente y otras de perfil. Empezó a trazar el boceto general a lápiz, en una lámina prendida con chinchetas encima de la mesa. Lo hacía con rapidez, con trazos nerviosos, como de alguien que domina el oficio.

Advirtió que la joven mulata la estaba observando, y había una sonrisa extraña en su cara.

De pronto la reconoció, resultaba inconfundible aquel rostro. Actualmente no le daba clase, no se habían vuelto a ver ni tenían ninguna relación, y había pasado mucho tiempo. Pero hacía años la tuvo como alumna en primaria, en otro colegio.

-Dios, no puede ser...

Y supo que ella también la recordaba.

Algo más de una hora duró la sesión, y para entonces ya estaba terminada una primera versión del boceto, suficiente para llevar a cabo el dibujo final. La chica se había quedado rezagada.

-Espero que no te hayas aburrido mucho... -dijo la profesora, humedeciéndose los labios con la lengua.

Ella se limitó a sonreír.

-De ninguna manera -le dijo.

Y no se había aburrido: por el contrario, ahora tenía una historia increíble que contar, si lo consideraba necesario.

Ella también la había reconocido. Aunque hubieran pasado muchos años, nunca pudo olvidarlo: no era cosa fácil, habiendo sufrido abusos por parte de una profesora de primaria. Pero era demasiado pequeña y no dijo nada. Por entonces no lo había comentado con nadie, ni con sus amiguitas ni, por supuesto, con sus padres.

Ahora, su personalidad se había desarrollado; no era la misma niña inocente y soñadora. No solo no temía denunciarla, sino que había decidido sacar partido de aquella debilidad.

Cuando habló con ella por teléfono había una nota de advertencia en su voz. Se lo expresó en pocas palabras. Y le pidió una buena suma de dinero, amenazándola con revelarlo todo si no accedía su demanda. La voz de la mujer tembló al otro lado de la línea:

-¿Pretendes hacerme chantaje?

Ella se echó a reír entornando los ojos.

-¿Hacerle chantaje? Llámelo como quiera.

Y quedaron a la tarde siguiente, en un parque, para que le diera el dinero.

Aquella noche, la profesora no pudo dormir. Cuando acudió al lugar hacía mucho calor y el tráfico era escaso. En un camino lateral, el suelo era de piedra y había dos largos bancos de madera. Todo era quietud en el lugar, y ella apretó el paso. Sus delgadas manos estaban metidas en lo más hondo de sus bolsillos. La había visto sentada en el suelo, con la espalda descansando contra el banco.

Los árboles habían crecido muy altos, y ella estaba a la sombra de un árbol. Todo era quietud. La mujer nunca perdía el control de sus nervios; la contempló de reojo y luego avanzó hacia ella.

-Ven, vamos a sentarnos en este banco.

La chica siguió su indicación. Cuando habló, su voz era áspera y profunda.

-Espero que me haya traído el dinero -dijo sin ningún tipo de delicadeza.

Callaron un momento. La otra se pasó la lengua por su falsa dentadura y afirmó con la cabeza.

No se atrevía a levantar los ojos, pero era evidente que estaba pensando mucho y rápido. Llevaba en la mano una botella de refresco y se la tendió.

-Toma, bebe un poco, hace muchísimo calor -dijo con voz suave.

La chica se echó a reír entornando los párpados.

-Vaya, es un detalle -dijo ásperamente, y bebió casi hasta acabar la botella.

-Qué sed tenía, por favor.

La mujer carraspeó. Habló con cansancio y amargura.

-Nunca hubiera esperado semejante cosa de ti... Bueno, podemos quedarnos un rato, si te parece.

Ella aspiró hondo.

-Todo está muy bien si me da el dinero.

La profesora bajó la mirada. De una bolsa sacó un sobre abultado y se lo entregó.

-Toma, puedes contarlo.

Tenía la voz un poco estrangulada. La chica asintió.

-Desde luego que voy a hacerlo.

Puso el fajo de billetes sobre el banco y empezó a contarlos. Debió de haberse equivocado porque empezó de nuevo.

-Sí que hace muchísimo calor... -musitó.

Parecía adormilada, y la mujer pensó que el fuerte somnífero estaba haciendo efecto.

-Pues termínate todo el zumo -ofreció.

Ella movió la cabeza tratando de mirar a su alrededor.

-Vaya, me encuentro mareada... -musitó.

Estaba a punto de derrumbarse sobre el banco y hubiera resbalado si ella no la sujeta. A los pocos minutos se había quedado dormida, con la cabeza apoyada en su hombro y el cuello descubierto.

Entonces, la profesora guardó de nuevo el dinero en el sobre, y este en la bolsa. Estuvo rebuscando algo en el fondo. Por fin logró encontrar lo que buscaba: era un trozo de cristal de la vidriera, con los bordes cortantes...

* * *

Las compañeras

Las dos compañeras vivían juntas. Una de ellas, muy delgada y esbelta, no demasiado guapa, llegó a la casa a la hora de comer, como todos los días.

Había salido la primera a trabajar, como solía hacer. Cuando volvió, su amiga ya estaba sentada a la mesa. Era una muchacha gordita, tenía una cara preciosa.

-Vaya, ya estás aquí -le dijo ella-. Hay que ver que eres puntual. Y guisas tan bien...

Ella trabajaba en una tienda de flores y la amiga era dependienta en un comercio de bisutería.

Solían pasar los fines de semana en un camping a las afueras de la ciudad.

A la más delgada se la había visto por algún tiempo acompañada de un muchacho alto y rubio, con unos bellos ojos claros y unas facciones tan perfectas que resultaban femeninas. Tenía el pelo corto y vestía muy bien, porque trabajaba en la sección de hombres de unos grandes almacenes.

-Ahora, al parecer, el chico sale con la amiga -comentaban los otros campistas.

La compañera solía guisar para las dos y le encantaba la cocina, donde solía picotear entre comidas.

-Ten cuidado, como sigas así vas a reventar -reía la amiga, y ella se encogía de hombros.

-Yo me veo muy bien, y me encanta comer, ya lo sabes.

-Allá tú, claro que lo sé. Por cierto, hoy tengo mucha prisa, haz el favor de recoger.

-Claro, no faltaba más.

-Mañana, yo recogeré -le dijo-. Llevas dos días haciéndolo, también yo tengo que ayudar. No te preocupes por eso...

Antes de salir miró a la otra y la vio fregando los platos.

-Mañana lo haré yo -le repitió.

Cuando volvió a media tarde halló a la compañera caída en el suelo del comedor. Ni siquiera llamó al médico, sino que fue enseguida al teléfono y marcó el número de la policía, comunicando lo ocurrido.

-Acabo de llegar a mi casa y he encontrado a mi amiga muerta -les dijo, sollozando-. No sé qué le ha podido ocurrir...

Al rato llamaron a la puerta, y dos agentes uniformados se presentaron en la casa. El inspector le mostró la placa y preguntó:

-¿Dónde está su amiga, y qué es lo que ha ocurrido?

Ella estaba llorando, y el policía le tomó una mano.

-Vamos, tranquilícese.

La muchacha movió la cabeza.

-Es que ha sido terrible... Venga por aquí.

Lo llevó al comedor donde seguía la compañera en el suelo. Él la tocó y se aseguró de que estaba muerta.

-Hay que llamar al forense y al juez -indicó-. ¿Dónde tiene el teléfono?

El inspector de policía hizo una llamada y el ayudante del forense contestó al teléfono.

-Necesito que vengan a una casa, una mujer ha muerto y quiero que acudan cuanto antes el forense y el juez.

-Enseguida los aviso, descuide.

Estuvieron hablando y ella le explicó que habían comido juntas. Se detuvo un momento y luego prosiguió:

-Cuando salí después de comer ella estaba muy bien, y con mucho apetito -aseguró-. Comía demasiado y tenía altísimo el azúcar. A mí me preocupaba, pero no había forma de que me hiciera caso. El médico le había advertido que la diabetes es una causa importante de muerte en personas jóvenes. Yo, en cambio, como lo justo para no engordar...

-Sí, ya lo veo -dijo él.

En la cocina quedaba verdura en una fuente, y los restos de un cocido estaban en una cazuela. Además, en un plato había restos de una tarta.

-¿No se lo digo? Le encantaba hacer dulces y abusaba de ellos. Se la ha comido casi entera...

-¿Ustedes dos han comido lo mismo?

Ella dudó.

–Bueno... yo me puse un buen plato de verdura, y luego comí mucha fruta, como suelo hacer. Ella prefería de postre un pastel, o un trozo de tarta. Pero siéntense, por favor -indicó.

Así lo hicieron ambos. Estuvieron aguardando y al poco rato se presentaron el forense y el juez. El médico era un hombre grueso y calvo, y enseguida se arrodilló junto a la joven. Mientras, los

policías fueron a la cocina y tomaron fotografías y muestras de todo. Cuando hubieron terminado, el juez ordenó el levantamiento del cadáver.

-Usted debe permanecer disponible, ¿comprende? -le dijeron a la compañera.

-Claro que sí -contestó ella, y en una hoja de papel escribió dos números de teléfono y se los tendió.

-Además del de la casa, aquí tienen el de la tienda de flores. Yo estoy allí hasta las dos de la tarde, y luego a partir de las cuatro hasta las ocho.

-Muchas gracias -dijo el inspector.

Habían pasado varios días cuando a media mañana la chica recibió en su trabajo la llamada de la policía.

-Tenemos que verla. ¿Quiere que vayamos ahí?

Ella dudó un momento.

-No, prefiero que vayan a casa. Allí estaré de dos a cuatro de la tarde, ¿entendido?

Eran las dos y media cuando el inspector se presentó en la casa con otro policía. Entraron en el vestíbulo, y ella los recibió secándose las manos en un paño.

-¿Qué se les ofrece? -preguntó, y el inspector dio un paso adelante.

-Tiene que acompañarnos -le dijo.

Ella se puso tensa.

-¿Puedo saber por qué?

Él la miró de frente y tardó en contestar.

-Venimos por el asesinato de su amiga -contestó firmemente, y dio un paso adelante.

Llevaba las esposas en la mano.

-Usted la envenenó -continuó muy serio, y ella lo contempló, confusa.

-Pero ¿qué dice?

Él estuvo poniéndole las esposas y siguió hablando despacio:

-Lo que está oyendo, digo que usted la ha envenenado. ¿O no?

Ella se lo enfrentó.

-¿De dónde saca eso?

El hombre contestó con voz firme.

-Usted no comía legumbres. Llegó a la cocina, puso el veneno en el cocido y ella misma se lo sirvió.

La chica se echó a reír.

-Me encanta su imaginación.

El inspector la tomó de un codo y la empujó hacia la salida.

-Vamos, no puede usted negarlo. Primero pensamos en la tarta, pero, después de analizarla, no se ha encontrado en ella ningún producto nocivo. En cambio, en la legumbre... ahí se ha detectado una buena cantidad de arsénico, más que suficiente para producir la muerte de alguien.

Ella pareció haberse derrumbado y bajó la mirada.

-Es verdad, yo lo hice -susurró-. Ella era una enferma de diabetes, hubiera muerto de todas maneras...

El hombre había arrugado el ceño y movió la cabeza a ambos lados.

-Ya... Era una pobre enferma, lo cual no impidió que el novio de usted la dejara por ella. Se vio despreciada, y eso era demasiado duro... ¿No es así?

La mujer lo observó, confusa.

-¿Y usted por qué lo sabe?

Él siguió hablando en el mismo tono severo:

-Nos hemos informado bien, y hemos sabido que pasaban los fines de semana en un *camping* cercano. Hemos dado con él, y allí nos han contado la historia con todo detalle. En realidad, parece que no se ha extrañado demasiado de lo que ha ocurrido...

* * *

Las huellas

Eran las seis de la mañana de un día de otoño. La temperatura era suave, aunque los días se iban acortando.

Acababan de dar las seis campanadas en el reloj de una iglesia cuando alguien llamó a la policía desde una cabina, diciendo que en un parque había una mujer asesinada.

-Sí, ¿en qué lugar? -preguntaron de la centralita.

El denunciante guardó silencio largo rato.

-Oiga, ¿sigue ahí?

Se oyó un ligero carraspeo.

-Es... en el parque que hay alrededor del museo.

El hombre que hablaba lo hacía con voz monótona y apenas audible. La chica de la centralita, en cambio, vocalizaba bien.

-¿Puede hablar más alto, por favor? ¿Dice que enfrente del museo? ¿El museo de Arte Moderno? Es el único que tiene un parque alrededor...

-Sí, ese museo. Ella está frente a la entrada.

La muchacha insistió:

-¿Quién llama? Dígame su nombre, por favor.

Nadie contestó, y sonó el teléfono al colgarse.

La chica trasladó el mensaje al inspector de guardia.

-¿Quién ha llamado?

Ella habló fuerte y claro.

-No ha querido decirme su nombre, señor.

El inspector lo comentó con sus compañeros. Era un hombre maduro, delgado, muy educado, pero con una desconcertante mirada fija. Había varios policías en su despacho y varios de ellos tenían cara de sueño.

-¿Creéis que será verdad? -interrogó.

Contestó uno de los agentes:

-Pues mira, no lo sé, pero habrá que comprobarlo -dijo, y el otro asintió.

-Por supuesto que sí. Voy a explicarle al jefe lo que pasa -dijo, levantándose.

El comisario se dio por enterado, y ordenó a tres de los policías que acompañaran al inspector hasta el lugar. Al momento, los cuatro salieron en un coche patrulla a toda velocidad hacia la dirección indicada. En efecto, en el sitio exacto en que se había denunciado hallaron el cadáver de una muchacha joven. Estaba caída en un paseo, en postura fetal, con la cabeza sobre el bordillo de la acera. Sus largos cabellos rubios estaban esparcidos, y mojados. Su cuerpo era delegado y sus facciones angulosas. Tenía los ojos muy abiertos, unos ojos de un extraordinario color azul.

El inspector se arrodilló junto a ella. Tenía fruncido el entrecejo, en un intento de aclarar las ideas.

-Lleva puesto un chándal, seguramente estaba haciendo *footing* cuando la atacaron. Y parece extranjera.

Cuidadosamente registró sus bolsillos, y al no hallar nada se puso de pie.

-Parece que la han robado -dijo con voz seria-. No lleva encima ningún documento, ni dinero.

Se volvió a los suyos y ordenó:

-De momento quiero fotografías, y que se registren los alrededores a ver si encontramos algo.

Había llovido, y pudieron distinguir en el suelo húmedo junto al cadáver unas huellas marcadas. Parecían de unas zapatillas deportivas. Se fotografiaron y midieron. Eran de una talla muy grande y una de ellas tenía una marca en relieve. Estaba amaneciendo cuando llegaron el forense y el juez.

-Vaya -dijo el doctor-. Una chica tan joven... y guapa.

Los policías estaban terminando, y el juez ordenó el levantamiento del cadáver.

El médico forense aseguró que la causa de la muerte había sido el choque violento de la cabeza contra el bordillo de la acera.

-¿No ha podido ser una caída?

Él denegó.

-De ninguna manera. El golpe fue mayúsculo, alguien tuvo que lanzarla.

El inspector inspiró profundamente.

-¿Puede ser que ella se revolviera, y hubiera lucha? -preguntó mirándola, y el médico se encogió de hombros.

-Es posible, pero el hombre que la atacó se pasó de la raya. No hace falta tanta fuerza para someter a una muchacha tan frágil como ella.

Terminadas por el momento las respectivas misiones del juez, del forense y de los policías, una ambulancia se llevó el cadáver y todos abandonaron el lugar. En la comisaría, el comisario jefe había reunido en el despacho a los suyos. Era un hombre muy grande, y tan grueso que parecía imposible que cupiera en el sillón. Tenía las manos también gruesas y usaba gafas con montura de concha.

-Lo primero será identificar a la muchacha asesinada -sugirió-. Parece extranjera.

El inspector asintió con un gesto, y el otro añadió:

-¿Sería inglesa?

El inspector estaba dudoso.

-Cualquiera sabe. He llamado a la unidad de personas desaparecidas y no saben nada. La única probabilidad de saberlo es que algún familiar o amigo que la acompañara denunciara su falta.

El comisario apoyó sus manos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

-Pondremos la foto en el periódico -se detuvo un momento y añadió-: Sí, en todos los periódicos, a ser posible. Alguien tiene que conocerla.

En cuanto a las huellas, se hicieron las gestiones precisas y se llegó a la conclusión de que se trataba de unas zapatillas muy caras, de importación seguramente.

-No las venden en todas partes, son muy exclusivas -dijo el especialista.

Localizaron la tienda que las había importado. Era un comercio céntrico, que vendía toda clase de calzado deportivo. El dueño recibió a los agentes.

-Vendemos muchas de esa marca, tenemos unos cuantos deportistas de élite que las usan.

En la mirada del inspector hubo un destello de esperanza.

-¿Podrían conocer al comprador?

El otro inclinó la cabeza.

-Bueno... sería muy difícil saberlo, si no fuera porque...

-¿Por qué?

-Son unas zapatillas muy grandes, y están nuevas -dijo-. No vendemos muchas de este tamaño.

El policía insistió:

-¿Podrían indagarlo?

Él pareció dudar.

-De todas formas, no es fácil. Las compran muchos extranjeros y tenemos varios vendedores.

-¿Podrían intentarlo?

-Desde luego, pero no le prometo nada. No pedimos el nombre de los compradores, como puede suponer. Tenía que ser una casualidad.

Por fin pudieron localizar al dueño de las zapatillas. Uno de los vendedores recordaba perfectamente que había vendido hacía poco un par de ese tamaño.

-Estoy seguro, porque es un cliente habitual -dijo-. Hace años que lo conozco.

-¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

El vendedor asintió.

-Tendría que consultar las facturas. Tengo la dirección porque en algunas ocasiones ha hecho las compras por teléfono y se las hemos enviado.

-Muy bien, consúltelas.

Al final resultó que eran las señas de un club deportivo. Como el vendedor había dado el nombre, no les fue difícil localizarlo.

-No vive aquí, viene a entrenar por las tardes. Puede llamarlo a partir de las ocho.

-Muy bien, luego lo llamaré.

El comisario chasqueó la lengua con un sonido de triunfo.

-Ya lo tenemos. Lo citaré esta noche, y veremos lo que nos dice.

En efecto, poco después de las ocho pudo hablar con él y le rogó que acudiera a la comisaría.

-¿Qué ocurre? -dijo él-. Ahora estoy entrenando, luego a las once podré salir un rato.

-El policía tamborileó en el brazo del sillón.

-Está bien, a las once lo espero. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, vale, ahí estaré.

El hombre que se presentó en la comisaría era un muchacho cercano a la treintena, muy alto y musculoso. Parecía atemorizado.

-Pase por aquí -le indicaron-. El comisario lo está aguardando.

Entró en el despacho y se detuvo a la entrada. El jefe le indicó con un gesto que pasara.

-Siéntese, por favor -le dijo.

Hablaba despacio, pero sus palabras eran aceradas. El recién llegado lo hizo en una silla enfrente de la mesa y miró alrededor. Tenía pequeñas gotas de sudor en el labio superior y en la nariz. Parecía crispado.

-Usted dirá...

Su ancho rostro estaba oscurecido por la preocupación. El policía extrajo una tarjeta del bolsillo y se la mostró.

-Al parecer, usted ha comprado unas zapatillas de deporte en estos almacenes -le dijo.

El muchacho leyó la tarjeta, y asintió.

-Sí, ¿por qué?

Tenía la boca seca y tragaba saliva de cuando en cuando. El comisario lo miró fijamente.

-Se han hallado huellas de sus zapatillas en el escenario de un crimen. ¿Qué puede decirme?

Durante unos segundos reinó el silencio en el despacho. El agente adoptó un tono más amable.

-Vamos, diga la verdad.

Una expresión de cansancio asomó al rostro del muchacho.

-¿Qué quiere que le diga? Yo no hice más que encontrarla, lo juro...

-¿Usted fue quien llamó?

El chico agachó la cabeza.

-Sí, yo fui.

El policía sacó un cigarro del paquete que estaba sobre la mesa. Le ofreció uno, pero él lo rechazó con un gesto.

–No fumo...

El comisario sonrió, y su sonrisa no fue demasiado agradable.

-¿Conocía a la chica?, ¿sabía quién era?

El otro negó vigorosamente con la cabeza.

-De ninguna manera. Era la prima vez en mi vida que la veía.

Durante unos minutos, el silencio reinó en la habitación. El comisario miró la punta de su cigarro, y luego sacudió la ceniza.

-No había más huellas que las suyas -dijo, y el joven lo miró con indignación. Estaba crispado.

-Yo no sé si había más huellas o no, estaba demasiado afectado para fijarme en los detalles -repuso-. En cuanto a las mías, ya le he dicho que yo la encontré y estuve a su lado. Es natural que estuvieran mis huellas.

El hombre seguía fumando, y de vez en cuando consultaba el reloj. El chico siguió hablando despacio y había en sus palabras protesta, miedo y súplica. Miró al policía de frente.

-Yo no sé mucho de temas policiales -le dijo-. Pero creo que una huella en el lugar del crimen prueba la presencia de cierta persona, pero no su culpabilidad.

Las cejas del comisario se arquearon, y él prosiguió:

-Aunque yo fui quien les llamó, cuando la encontré por la mañana debía llevar varias horas muerta. Yo sé algo de eso...

El otro dio a entender con un gesto que estaba de acuerdo.

-Tiene razón, el forense asegura que la mataron sobre las doce de la noche anterior. ¿Puede justificar lo que estaba haciendo, y con quién?

Él se quedó pensativo.

-Pues claro que puedo, estaba en un entrenamiento de voleibol. Soy entrenador de un equipo que tiene pronto una competición, por eso entrenamos tan tarde. Muchos no pueden a otra hora, por muchas razones.

El policía arrugó el ceño.

-Hay algo que no comprendo todavía, y es por qué no se identificó en el momento en que denunció el suceso.

-Escuche, no podía hacer otra cosa. Soy una persona honorable, podía perjudicarme mucho -se detuvo un momento y prosiguió-. Soy profesor de educación física, y el hecho de relacionarme con un crimen no me ayuda nada, aunque sea inocente.

El policía tosió.

-Comprendo. Lo sé, le ruego que me perdone.

-Está usted perdonado... ¿Buscarán al verdadero culpable?

El hombre puso ambas manos sobre la mesa.

-Desde luego que lo haremos. Pero, debido a que no hay testigos y a que la chica debía estar haciendo turismo y no creo que tenga aquí ninguna vinculación, dudo que podamos encontrarlo.

El comisario miró al techo. Se puso lentamente en pie.

-No ha habido saña en el asesinato, de lo que se deduce que se trata de un vulgar ladrón. Hay que aguardar a que se publiquen las fotos, o que alguien llame desde algún hotel denunciando su desaparición. Hasta ahora nadie lo ha hecho.

Se volvió de improviso, con el semblante sombrío. Tendió la mano en plan amistoso., pero el otro no la tomó. El hombre aspiró hondo.

-Además, no hay pruebas definitivas, y no tenemos ningún sospechoso. El crimen prescribirá sin resultados, como sucede con muchos otros, por desgracia...

* * *

Las zapatillas

Era un pueblo pequeño donde todos se conocían. Estaba formado por un núcleo alrededor de la iglesia y el ayuntamiento, pero se extendía en pequeñas casas rurales en varias direcciones. Fuera, a dos kilómetros, se había levantado un moderno polideportivo donde los habitantes podían jugar al tenis, los jóvenes al fútbol, y en verano todos podían bañarse en una gran piscina.

A ambos lados de la carretera que llevaba a la capital había una barriada bastante extensa, con casas que tenían zócalos de mármol o azulejos, casi todas con una planta alta, y alguna con dos. Las casas estaban situadas en parte en la ladera de una colina. No eran muy grandes, pero sí muy cuidadas.

La fachada de una de las casas se había decorado con mosaicos amarillos y azules, y tenía rejas de hierro forjado. Además, tenía un porche donde crecían enredaderas.

En el entresuelo vivía un matrimonio, y el padre de él ocupaba el piso de arriba. En realidad, él era el propietario del inmueble, pero se había quedado viudo y había cedido el entresuelo a sus hijos, ya que también estaban solos, pues sus dos varones eran ya mayores y vivían en la capital.

El anciano estaba ahora inválido, sentado en una silla de ruedas, pero él mismo se hacía la comida. Solía comer solo y por las tardes la nuera lo aseaba, a veces lo bañaba, le fregaba los platos y hacía la limpieza de la casa.

-Después de estar sirviendo todo el día, acabo agotada -solía quejarse con las amigas.

Era una mujer de edad mediana, de aspecto anodino. Tenía los cabellos castaños y cortos, con algunas canas. Sus facciones no eran agraciadas, pero tenía unos bonitos ojos oscuros. Llevaba pantalones vaqueros, *jersey* de gruesa lana y no había nada femenino en su atuendo.

Acudía a diario a asistir en dos casas del pueblo: por la mañana en casa del médico, donde comía, y desde allí se iba a trabajar a casa del maestro.

El esposo había sido fontanero, pero ahora trabajaba en una fábrica de quesos que había en el pueblo vecino. Salía de la casa temprano, y volvía normalmente a media tarde. La puerta de la calle la dejaban abierta, y solo se cerraban las que daban entrada a los pisos, separados por una escalera con gruesos pasamanos de madera.

Aquel día estaba lloviendo a mares. Acababan de dar las cinco en el reloj del ayuntamiento cuando en la barriada se oyeron unos gritos agudos.

Algunos vecinos acudieron, unos con paraguas y otros defendiéndose de la lluvia con bolsas de plástico. Cuando llegaron encontraron abierto como siempre el portal, pero la puerta del entresuelo estaba cerrada y los gritos parecían proceder del piso de arriba.

-Esperad aquí -dijo el hombre que llegó primero.

Era un tipo cejijunto y con barba, de labios delgados, más bien bajo, macizo y pelirrojo:

-Tú, ven conmigo -le indicó a un compañero.

Fueron hacia el piso superior por la escalera que tenía los escalones de madera. Subieron y llamaron al timbre de la puerta.

Los gritos proseguían, hasta que por fin la puerta se abrió, y vieron a la mujer que lloraba desconsolada.

-¡Ay, Señor, Señor!..

Al oírla, varias personas más se abalanzaron hacia la escalera.

-Pero ¿qué pasa, mujer? -preguntó una vecina, y ella se le abrazó.

-¡Mi suegro! -contestó ella entre hipos-. Se ha dejado el gas encendido. Se ha debido dormir en la cocina con la puerta cerrada... Yo ya he abierto todas las ventanas, pero él se ha asfixiado. ¡Ay, por Dios, por Dios!...

En efecto, entraron y lo hallaron exánime, sentado en la silla de ruedas. El anciano estaba en mangas de camisa. Tenía un gran vientre que caía sobre su pantalón. Tenía las manos cruzadas sobre el vientre y su rostro mostraba una gran placidez.

-¿Dónde está el teléfono? -preguntó el que había entrado primero.

Todo en aquel hombre era rojizo: su piel, la barba y el bigote, las cejas. Ella se lo indicó.

-Habrá que llamar al puesto de la Guardia Civil.

La ventana de la cocina tenía visillos a pequeños cuadros verdes y blancos, y estaba completamente abierta. Había unos platos y tazas en el escurridor, y todo estaba perfectamente ordenado

El marido no había llegado todavía. La hicieron sentar en una silla y alguien le acercó un vaso de agua. Sobre la mesa, sin ningún mantel, había un cestillo de mimbre con pan y una copa mediada de un vino oscuro que debía haber dejado el anciano.

-Toma, bebe. Tranquilízate.

Era una cocina muy grande. En el techo se mostraban las antiguas vigas, que habían sido barnizadas en marrón oscuro. Las paredes eran blancas, y los suelos antiguos de losetas de barro

Habían pasado unos pocos minutos cuando se presentaron dos guardias uniformados. Uno llevaba puesto un impermeable y el otro estaba cerrando un paraguas.

Alguien les señaló el perchero. El que parecía superior dejó el impermeable encima, y su compañero metió el paraguas en el paragüero.

-Vaya día que hace, caen chuzos de punta -comentó-. Menudo chaparrón.

La mujer se había tranquilizado y estuvo contestando a sus preguntas. También los presentes contestaron. Habían oído gritos, y cuando llegaron hallaron al anciano muerto.

-Al parecer, se había dejado el gas abierto y la señora lo encontró asfixiado.

Ella asintió.

-Yo he llegado aquí desde la calle, sin pasar por mi casa. Esta tarde libraba en casa del maestro y me he venido directa a este piso.

Se detuvo un momento y suspiró:

-Vi la puerta de arriba abierta y me lo he encontrado asfixiado en la cocina, con la ventana cerrada. Por poco si me asfixio yo también...

El guardia se acercó a la ventana, que estaba ahora completamente abierta. Desde allí se veía el monte, y en él algunas viviendas salpicadas, de muros blancos y cubiertas de tejas oscuras. Arriba, el cielo era de color plomo y de cuando en cuando venía de fuera una ráfaga a tierra mojada.

-Pueden marcharse ustedes -les dijo el guardia a todos, y ellos fueron abandonando el piso.

A poco llegó el marido. Era un hombre corriente, no muy alto y más bien delgado. Tenía los ojos castaños, su cabello era corto y rizado y vestía un abrigo grueso, de burda mezclilla. Iba a haber entrado en su casa, pero oyó voces arriba y empezó a subir la escalera. Una de las vecinas se adelantó.

-Aguarda un momento, tengo que decirte algo...

Él se detuvo en seco.

-¿Tiene que ser ahora?

Estuvieron hablando en voz baja, y el rostro de él se demudó.

-No puedo creerlo -musitó, y ella se apoyó en su brazo.

-Pues es verdad -le dijo-. Y hemos avisado a la Guardia Civil. Han venido dos guardias, y están arriba esperándote.

Había entrado en el piso superior y se dirigió a la cocina, donde sonaban voces. Se abrió paso entre todos, y cuando vio a su padre pareció quedarse atónito. Se abalanzó hacia él, le tomó el pulso y lo abrazó llorando.

-¿Cómo puede ser? -gimió-. Yo he estado en casa a mediodía, y cuando vine ya debía haber comido y estaba echando un sueñecito, como siempre hacía…

Uno de los guardias lo miró. Era un hombre de aspecto joven, si no hubiera sido porque en su barba poblada había mechas de pelo gris.

-¿Ha estado usted a mediodía?

-Acudí a última hora de la mañana a recoger una herramienta de fontanería -dijo, afirmando con convicción-. Subí un momento a

ver a mi padre, y vi que estaba durmiendo, muy tranquilo. Comía en la cocina y después se dormía una buena siesta. Luego salí de nuevo para arreglar unas cañerías en casa del alcalde.

Frunció el entrecejo y carraspeó:

-Perdonen, pero tengo que bajar a mi casa a cambiarme, estoy chorreando.

-No se preocupe, baje.

Aprovechando la ausencia del marido, el guardia ayudó a la mujer a incorporarse.

-¿Es usted la que lo ha encontrado? -preguntó, y ella repitió lo que les había dicho a los vecinos.

Él la miró intensa y fijamente.

-¿Es verdad que vino directamente aquí desde la calle?

La mujer le lanzó una mirada de desconfianza.

-Sí, señor, no tardé ni dos minutos en subir a la casa.

-¿Y no se ha movido de aquí? ¿No ha bajado siquiera?

La boca de la mujer se contrajo en una sonrisa torcida.

-Estaba aterrorizada -dijo-. ¿Qué quiere que hiciera?

El guardia miró alrededor. Se fijó en la lámpara del techo, una de aquellas con pantalla que pueden graduarse a voluntad en cuanto a su altura. En el aparador de haya estaban, ordenadas, diversas piezas de cerámica blanca. Sobre la repisa había un quinqué antiguo de petróleo, con su mecha, y al lado dos pesas iguales, aproximadamente de un kilo cada una.

Luego observó a la mujer. Sus facciones y sus pómulos estaban demacrados, y tenía una expresión desmayada. Se quedó mirándola,

balanceándose ligeramente sobre las largas piernas, y algo llamó su atención: la mujer llevaba puestas unas zapatillas de fieltro, a pequeños cuadros blancos y negros. Hizo una mueca de disgusto. Con un gesto, indicó el cielo amenazador:

-Usted no venía de la calle, puesto que está lloviendo a mares.

Ella siguió la indicación con la vista. Al sonreír, mostró una dentadura desigual.

-¿Qué dice?

El guardia frunció el ceño.

-No lleva zapatos, sino zapatillas, y parecen estar secas. ¿No le parece raro?

Ella lo miró con sorpresa.

-¿Qué tiene eso que ver?

Él dijo secamente:

-Pues que usted ha mentido desde el principio.

Estaban frente a frente. Ella se sonrojó y miró hacia otro lado.

-¡Yo he dicho la verdad!

El guardia estaba serio. La cogió del brazo, y la obligó a volverse hacia él.

-Es mentira que se haya llevado ninguna sorpresa. No ha podido venir directamente desde la calle. ¿No es así?

Hubo un silencio tenso y el guardia aspiró hondo.

-Usted ha tenido tiempo de encender el gas, cerrar la puerta de la cocina y esperar a que él se asfixiara -dijo con firmeza.

Ella empezó a reír suavemente.

-Usted no sabe nada. No puede imaginarse el suplicio que era para mí cada día, harta como venía de trabajar, tener que fregarle los cacharros, hacerle las labores, mudarle la ropa, lavarle los orines... Y no digo nada cuando las aguas eran mayores y lo tenía que bañar... ¡Menudo negocio hizo cediéndonos el piso! -añadió, con voz agria.

Se quedaron un momento callados, luego el guardia movió la cabeza

-Y por eso lo tuvo que matar...

* * *

Los deseos

La mujer había pasado la noche sobresaltada con pesadillas, como solía ocurrirle. Cuando se despertó se volvió hacia su esposo y le pareció que dormía.

Ella aspiró hondo y saltó de la cama para preparar el desayuno. Cuando regresó con la bandeja, el hombre no se había movido todavía.

El marido era aviador, y estaba encargado de uno de los helicópteros de socorro. Trabajaba prestando asistencia médica urgente a pacientes críticos en el menor tiempo posible, ya que trasladaba consigo a un médico especialista en emergencias y a un enfermero especializado.

Estaba temerosa de que él la acusara de no llamarle a tiempo para acudir su trabajo, así que lo removió.

-Despierta, luego te quejas de que te traigo frío el desayuno...

Él siguió sin moverse, y ella lo movió con más fuerza.

-Por favor, no te enfades conmigo, te lo pido por caridad. ¿Qué te pasa? ¿No quieres hablarme?

Estaba asustada. A veces, cuando su marido estaba enfadado pasaba días sin dirigirle la palabra, y eso la hacía sufrir.

-Por favor, despiértate, luego te enfureces conmigo.

Había puesto la bandeja sobre la mesa de noche y extendió la servilleta por el embozo. Volvió a tocarlo, esta vez en el cuello, y le pareció que estaba frío.

-¡No! -dijo estremeciéndose.

Levantó las mantas, le palpó el cuerpo y notó que estaba rígido.

-¡Por Dios! ¿Qué te pasa?

En la mesilla de noche estaba también la caja de pastillas que él tomaba para dormir, y que ella le daba por la noche con un vaso de agua.

Cuando vio que no se movía se echó a su lado, temblando.

-¿Qué te he hecho yo, qué te he hecho?

Estuvo un rato como ausente, tendida en la cama con una especie de estupor. Sentía el corazón golpeando en el pecho y respiraba aceleradamente. Estaba sudando, y notaba una gran debilidad.

Cuando tuvo fuerzas, se levantó y fue hacia el teléfono. Con torpeza marcó el número de la policía.

-Diga, ¿quién es?

-Es... yo...

La mujer estaba aterrorizada, apenas podía hablar. El policía la tranquilizó.

-Calma, señora, por favor. ¿Qué me dice?

-Es que... mi marido está muerto.

-Tranquilícese, vamos. ¿Dice que ha muerto su marido? -ella habló con un hilo de voz-. Yo lo he matado -dijo.

En el otro lado se hizo un silencio.

-¿Cómo dice?

-Digo que lo he matado yo. Lo he envenenado.

El policía no daba crédito a lo que oía.

-Señora, por favor, ¿qué me está diciendo?

Ella insistió:

-Le aseguro que lo he matado yo. Vengan enseguida.

El otro habló con voz profunda.

-¿Está usted sola, señora? ¿No tiene a nadie con usted?

Ella tardó en contestar:

-Estoy sola, sí. Tengo un hijo, pero vive en su casa. ¿Qué va a decir cuando lo sepa?

El policía levantó la voz.

-Está bien, no se mueva de ahí. Mandaremos alguien de la comisaría.

Ella empezó a moverse por la casa sin hacer nada concreto. No se había vestido y llevaba puesta una bata larga de color de rosa sobre el camisón. Cuando, después de un rato llamaron a la puerta, entraron dos hombres. Uno se presentó como inspector y le mostró una placa.

-¿Dice que ha muerto su marido? ¿Dónde está?

Ella asintió con la cabeza y mostró la puerta del dormitorio.

-Está ahí, está en la cama.

El policía se acercó. vio sobre la mesa de noche la bandeja con el desayuno y al lado el tubo de pastillas. Lo cogió en la mano y leyó la etiqueta.

-Así que un somnífero, ¿no? ¿Y dice usted que lo ha envenenado? ¿Con esto?

La mujer había enmudecido. Estaba temblando.

-Sí, señor. Sin darme cuenta, anoche le di varias pastillas, no me acuerdo cuántas.

-¿Qué me está diciendo?

Ella se había echado a llorar y se sentó en la descalzadora. El hombre movió la cabeza.

-Lo primero que haremos será llamar al médico. Más tarde, si él lo dice, tendremos que avisar al juez. ¿Dónde tiene el teléfono?

Ella se puso en pie y los condujo al salón de la casa. Con voz entrecortada, ofreció:

-¿Les apetece tomar un café?

El inspector cogió el teléfono y el policía joven se volvió a la mujer.

-Pues sí, se lo agradezco mucho. No he tomado nada todavía.

Ella entró en la cocina y el hombre la siguió. El inspector tenía en la mano el tubo de pastillas y hablaba con el médico.

-Sí, le rogaría que viniera enseguida. El hombre lleva muerto varias horas, y la esposa asegura que lo ha matado ella -se detuvo un momento, y luego agregó-. Dice que lo ha envenenado con una dosis mortal de somnífero. El tubo de pastillas está medio vacío.

El médico habló con voz potente.

-Está bien, enseguida voy. En cuanto a la señora, no la pierda de vista un momento. Si dice que está tan alterada, es capaz de cualquier cosa... No vayamos a tener dos muertos en lugar de uno.

-Así lo haré -contestó él.

No habían pasado diez minutos cuando el médico llegó a la casa. Le abrió el inspector y se saludaron dándose la mano.

-Acompáñeme -dijo, y lo introdujo en el dormitorio donde ya estaba la mujer sentada al lado de la cama.

El médico la miró con fijeza.

-¿Qué relación tenía con el muerto?

Ella se echó a llorar de nuevo.

-Era mi marido -contestó-. Llevábamos casados casi treinta años.

-Está bien, salgan todos. Usted puede quedarse -dijo, dirigiéndose al inspector.

El médico estuvo reconociendo un buen rato el cadáver. Entre otras cosas abrió uno de sus ojos, y con ayuda de una pequeña linterna le estuvo observando la pupila.

-Ha muerto de muerte natural, anoche no tomó más que la dosis justa de pastillas.

El inspector lo miraba, extrañado, y el médico prosiguió:

-Si se hubiera intoxicado por una cantidad superior de somnífero, yo hubiera notado el tamaño anormal de sus pupilas expuestas a la luz, y no ha sido así. Sus pupilas son completamente normales. Además, la persona intoxicada suele vomitar, y él no lo ha hecho.

-¿Entonces? -le preguntó el policía, y él dudó un momento.

-Para saber la verdadera causa habrá que ver el resultado de la autopsia, pero yo me inclino a creer que se trata de un infarto cerebral.

Abandonaron el dormitorio y se dirigieron al salón, donde aguardaba la dueña de la casa con el segundo policía. La mujer parecía agotada.

-Por favor, no me dejen sola -rogó-. Temo su venganza.

Él policía la miró.

-¿Qué le sucede? ¿Por qué dice eso?

Habían vuelto a la alcoba y ella se dejó caer sentada a los pies de la cama. Habló roncamente:

-Tanto tiempo he deseado su muerte... -dijo, y cerró los ojos.

Había algo extraño allí, como si la esposa cargara con una horrible culpa. El médico se sentó a su lado.

-Vamos, vamos, tranquila. Vamos a ser razonables. ¿Por qué se asusta tanto?

Ella se había estremecido.

-Yo lo he matado -musitó.

-¿Qué dice?

Hubo un silencio tenso que nadie rompió. Luego, el médico movió la cabeza como si comprendiera. Se inclinó hacia ella.

-Está atemorizada, porque había deseado su muerte y se han cumplido sus más ocultos deseos -dijo lentamente-. Por ello se siente responsable de la muerte de su esposo.

Ella lo observó con los ojos llorosos.

-Usted quiere tranquilizarme, pero yo sé bien lo que he hecho. Y no es que me preocupe lo que va a ser de mí, estoy dispuesta a pagarlo. Pueden detenerme...

El médico se puso muy serio.

-Usted no lo ha matado, tiene que convencerse. Él ha muerto por causas naturales.

-Yo...

El doctor había puesto una mano en su hombro.

-Usted revive la antigua creencia de que puede cometerse un crimen con el pensamiento -la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo-. Existe el temor inconsciente de que nuestros pensamientos pueden ocasionar la muerte, y es lo que le ha ocurrido ahora. Pero tiene que convencerse a sí misma de que es inocente...

* * *

Los zapatos de Cenicienta

Unos ciclistas habían hallado a una chica muerta cerca de un camino que atravesaba un espeso bosque. Había llovido toda la noche de manera constante, pero al amanecer había escampado, y ellos aprovecharon para hacer unos kilómetros en bici. Se habían detenido a tomar un bocado y se introdujeron bajo la arboleda.

Buscaron unas piedras donde sentarse, y estaban sacando los bocadillos cuando algo cercano llamó su atención. Uno de ellos arqueó las cejas y soltó un silbido.

-Fíjate, parece una mujer, y está tendida en el suelo.

El otro miró en la dirección señalada y asintió, asombrado.

-Pero... ¿qué hará ahí? ¿Cómo puede ser?

Dejaron el almuerzo sobre las piedras y ambos se aproximaron a la figura caída. Parecía una chica joven. Estaba boca abajo, completamente mojada por la lluvia. Tenía solo puesta la ropa interior y brillaba su cabello rubio, peinado hacia atrás en una coleta.

Se inclinaron sobre ella, y entre los dos la volvieron: el rostro estaba cubierto de lodo y tenía los ojos cerrados. Aun así, pudieron ver que iba muy maquillada. Debía llevar pestañas postizas y sus labios ostentaban un tono de un rojo anaranjado.

-No tiene pulso, parece que está muerta -dijo el chico más joven-. ¿Qué hacemos?

-¿A ti qué te parece? Habrá que llamar a la policía, ¿no?

-Pues claro. ¿Llamas tú, o llamo yo?

-Deja, yo llamaré.

-¿Dónde es exactamente? -oyó al otro lado del teléfono, y contestó enseguida, indicando la zona con exactitud.

-No se muevan de ahí, por favor. Y no toquen nada.

-Está bien, aquí aguardaremos.

Así lo hicieron y se dispusieron a esperar. Mientras, volvieron a acercarse a la chica. Parecía tener menos de diecisiete años, y un cuerpo escultural. Tampoco tenía puestos los zapatos.

-Qué raro. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

-Bueno, vete al camino, porque aquí no van a vernos.

-Está bien, tú no te muevas.

-Vale.

Tuvieron que aguardar media hora larga hasta que vieron llegar dos coches de la policía. Venían cuatro hombres uniformados en un coche y cuatro en el otro, vestidos de paisano. El primero de los de uniforme era un hombre alto, de cara oscura y angulosa y ojos muy hundidos.

-Soy el inspector jefe -se presentó.

Dejaron los coches en el ancho camino y, acompañados por el chico, siguieron a pie, entrando en el bosquecillo de pinos.

-¿Me pueden dar detalles? -preguntó el policía, y el chico le estuvo contando cuándo y cómo la habían encontrado.

El hombre se inclinó un momento sobre la muchacha y luego se enderezó, mirando a ambos lados.

-Cuanto menos pisoteemos el suelo, mejor para nuestro trabajo -indicó.

Estuvieron hablando un rato y vieron que otro automóvil se unía a los primeros, con un chirrido de frenos. Eran el forense y el juez con dos ayudantes, que inmediatamente se aproximaron a la muchacha que yacía silenciosa, mirando al cielo. El doctor procedió al reconocimiento del cadáver, observado con el mayor silencio por el resto del grupo

En vano buscaron los zapatos, no encontraron nada. Los policías dedicaron todo su afán a la inspección ocular, estuvieron haciendo fotos y rastreando los alrededores, mientras el inspector tomaba nota de cuantos detalles presentaban el paisaje y el inmediato alrededor.

-No sé qué pensáis, pero la chica parece tener clase, no es una cualquiera -observó-. Y la poca ropa que lleva parece de buena calidad.

Aunque había dejado de llover, el cielo mostraba una intensa tonalidad plomiza. Rompiendo el intenso silencio, del otro el extremo del campo llegó un agudo ladrido. Uno de los hombres de paisano se acercó.

-¿Dices que tiene clase? ¡Vaya, pues te quedas corto! Yo creo que es la chica más guapa que he visto en mi vida. ¿Cómo ha podido terminar así?

El forense seguía inclinado sobre la víctima. Era un hombre más bien bajo y macizo, con el pelo muy corto. Levantó uno de los párpados y comprobó que los ojos estaban opacos.

-El cuerpo ya ha perdido su rigidez -indicó-. La temperatura del cadáver viene a ser la del medio ambiente. Lleva más de veinticuatro horas muerta, la han estrangulado -se detuvo un

momento y prosiguió-. Aunque también tiene una lesión en la cabeza, un fuerte golpe, pero esa no ha sido la causa de la muerte.

Se había puesto en pie, y se acercó a hablar con el juez.

-Hay una cosa que no me explico -le dijo, y el otro sonrió.

-¿Solo una? -ironizó-. Esperemos a identificar a la víctima. Después ya veremos...

El inspector estaba enfrente, y también se dirigió al juez que era un hombre alto, de tez muy pálida.

-¿Puede atenderme un momento, por favor?

-Claro, cómo no.

El técnico policial dudó un segundo.

-No lejos de aquí hay varias villas de lujo, con amplios jardines. Me temo que tendré que visitarlas todas, e incluso registrar alguna si veo algo sospechoso... ¿No sería posible que me firmara una orden de registro?

-¿Usted cree que será necesario? -preguntó el juez, y él asintió con un gesto.

-Mire... nunca se sabe... -agregó con una ligera turbación.

-Bien, pero me considero obligado a decirle que sus sospechas deben tener una base bien firme para ello, no me gustaría recibir ninguna queja al respecto.

-Desde luego, señor, y gracias.

-Por cierto, cuatro de ustedes deberán esperar a que llegue la ambulancia y se lleve el cadáver. Y vayan al coche, cojan algo con lo que cubrir a la chica. Luego puede usted irse con los suyos a hacer sus pesquisas.

-Está bien, señor -dijo él. Y dirigiéndose a sus hombres-: Ya oyeron al señor juez. Traigan una manta, por favor.

* * *

Al parecer, la casa más cercana pertenecía a un famoso editor. Un hombre obeso y barbudo que caminaba arrastrando los pies vigilaba la urbanización. Una gorra de plato le cubría el cabello canoso.

-¿Qué quieren ustedes? -preguntó.

Su voz era anormalmente aguda para alguien de sus proporciones.

El inspector estrechó la mano del tipo, que estaba caliente y sudorosa.

-Es usted el vigilante, me imagino -aventuró, y él afirmó con la cabeza.

-Así es, señor.

-¿Nos permite entrar? Tenemos que interrogar a los vecinos.

El hombre sonrió como si hubiese encontrado de pronto a un pariente perdido.

-¡Vaya, qué emocionante! Es como en las novelas policiacas...

Caminaban hundiendo los pies en la arenilla blanca y húmeda hasta la entrada principal.

El vigilante empujó la puerta de la verja y siguió por un camino alfombrado de hojas secas.

-Hay que dar la vuelta por aquí.

Los cuatro hombres lo seguían. Las hojas muertas, formando una alfombra húmeda bajo sus pies, amortiguaban el ruido de las pisadas.

-Es por ahí -indicó el vigilante.

Un jardinero recortaba la hierba de una gran extensión de césped. El policía cruzó el césped seguido de sus compañeros, dio la vuelta y se encaminó hacia la casa. Su aliento formaba nubecillas de vapor.

Tiraron de una campanilla y aguardaron, hasta que un hombre alto y muy delgado les abrió la puerta. Tenía la nariz un poco aguileña, las cejas muy pobladas y oscuras, y una frente amplia y despejada. Su cabello era prematuramente gris. Salía en pijama.

-Buenos días -saludó-. ¿Qué se les ofrece?

-Buenos días, estamos investigando algo. ¿Vive solo?

-Pasen, pasen, estoy solo en casa, mi esposa ha salido con mis dos pequeños.

El inspector le mostró la placa, y él pareció extrañado.

-Vaya, no esperaba yo a la policía. ¿Qué quieren?

-¿Podemos hablar con usted?

-Cómo no. Pasen, pasen.

Entraron en el amplio vestíbulo y el dueño de la casa les mostró unos asientos.

-Pónganse cómodos, por favor.

Le estuvieron comentando lo ocurrido con todo detalle, y él escuchó en silencio. El inspector le mostró la fotografía, que él observó cuidadosamente.

-No la he visto nunca -contestó con seguridad.

El otro se quedó pensativo.

-¿Podría vivir cerca de aquí?

Él denegó.

No lo creo, si fuera una vecina la hubiera conocido.

-¿Está seguro?

-Claro que lo estoy -afirmó el editor.

Luego se aclaró la garganta y aspiró profundamente.

-Aguarde un momento... Por el estilo, me recuerda...

-¿Qué?

Agitó las manos, sonriendo.

-Uno de mis vecinos es un hombre de cine, creo que es productor. Por cierto, casi todas las noches hay fiesta en su casa.

-¿Ah, sí?

-Sí, ya sabe. Tiene muchos amigos y muchos lo visitan. También vienen chicas, a veces se han confundido y han llamado a mi puerta... no tengo que decirle cómo son...

-Y, ¿cómo son?

-Son siempre muy guapas. Deben ser chicas de vida alegre, muy desinhibidas, yo las he encontrado algunas veces merodeando por aquí.

-Vaya con el vecino...

-Claro, me imagino que son actrices aficionadas, que buscan un papel por todos los medios posibles...

-Ya me lo imagino -comentó el policía, y él insistió:

-Menos mal que vivimos un poco separados, porque el volumen al que ponen la música es insoportable. Siempre a todo gas...

El policía se volvió.

-¿Usted no ha asistido nunca a las fiestas?

El editor se echó a reír. Se frotó una delgada cicatriz blanca que tenía en la barbilla.

-Por Dios, tengo mejores cosas que hacer. Y, por cierto, ¿dónde se encuentra la muchacha?

El otro contestó mientras salía.

-Estaba en un bosquecillo cercano, ya se la han llevado a la morgue.

-Vaya, pobre chica.

-Y que lo diga. Bien, muchas gracias por todo, señor.

Ya en la calle, consultaron en los casilleros el nombre de los vecinos. Visitaron a un par de familias, y nadie conocía a la chica. Al parecer, allí abundaban las familias numerosas con niños pequeños. Había un coche deportivo de color rojo brillante estacionado delante de una hermosa vivienda y se dirigieron hacia allí. Aparcaron detrás.

La finca se hallaba rodeada de una valla. Pulsaron un botón junto a la puerta, y en unos minutos apareció ante ellos el dueño de la casa.

Era un hombre recio y esbelto, de poderosos músculos y una gran vitalidad. Su sonrisa era abierta y mostraba una perfecta

dentadura. Vestía una camisa deportiva marrón con botones metálicos.

-Somos de la policía -le dijo el inspector, mostrándole la placa-. ¿Puede recibirnos?

-¿La policía? ¿Qué desean?

-¿Está usted solo?

-Pues miren, sí. Es domingo, y el servicio libra desde ayer. Estoy completamente solo.

-Quisiéramos hacerle unas preguntas.

La cara del hombre no se inmutó. Apartó la vista y rio ligeramente.

-Pregunten, pregunten.

Enseguida pudieron ver que la vivienda tenía dos plantas, ya que una escalera de mármol unía el vestíbulo con el primer piso.

La voz del caballero era modulada y musical. Se movía con gran soltura y se dirigió a una extensa habitación de la planta baja que tenía grandes ventanales y parecía la biblioteca. Varios tresillos tapizados en piel ocupaban la zona, y él les invitó a sentarse.

-¿Qué querían saber?

El policía se estiró en el asiento.

-Según parece, es usted un hombre de cine, ¿no es así?

Él parecía divertido.

-Bueno, me figuro que sí, soy productor de películas.

El otro entrecerró los ojos.

-Perdone, es quien pone el dinero, ¿verdad?

Al dueño de la casa le faltó poco para soltar la carcajada.

-Claro, pero también me ocupo de otras muchas cosas.

-¿Cosas como qué?

Él habló extendiendo los brazos:

-¿Voy a tener que contárselas todas? Si quiere le redacto un informe con mis actividades -dijo con ironía, y el inspector se puso muy serio.

-Me han contado que casi a diario hay fiestas en su casa. ¿O no? -él arrugó el entrecejo.

-No creo que eso sea muy importante para la policía, aunque puedo equivocarme -contestó con sorna-. Pensaba que eso sería un asunto privado.

-Y lo es, desde luego. Se supone que un personaje como usted ha de tener muchos amigos y muchas visitas, eso es natural.

-Ah, bueno, menos mal.

El policía se había enderezado.

-También vendrán chicas, me imagino.

El hombre suspiró. Miró hacia la ventana, que enmarcaba una gran piscina en el jardín.

-¿Es que está prohibido? Por favor, piense lo que dice, no tenemos todo el día. Vaya al grano, si no le molesta.

El inspector se puso en pie.

-Me imagino que serán actrices con poco trabajo, que tratan de introducirse en su mundillo, ¿no?

-Usted está desbarrando. Muchas veces recibo a antiguas amigas que han triunfado más o menos en el campo del espectáculo, o a matrimonios que ocupan puestos importantes en sociedad. Pero ¿qué se ha creído?

En la lejanía se produjo el centelleo de un relámpago y el retumbar de un trueno. La tormenta se estaba acercando de nuevo. El policía se balanceó sobre las puntas de los pies.

-Todo eso me parece muy bien, siempre que sus invitadas hayan cumplido la mayoría de edad, cosa que dudo mucho. Si no es así, usted está cometiendo un delito.

-Pero ¿qué dice? ¿De qué me está acusando?

El agente habló con aire distraído.

-No le importará que hagamos un registro en su casa, ¿no?

El hombre contuvo la respiración y miró hacia otro lado.

-¡Está usted completamente loco! ¿A qué viene eso? ¿Con qué derecho intenta saltarse la ley? Ya he tenido demasiada paciencia, le ruego que salgan de mi casa enseguida, o lo pagará caro. También hay algún comisario entre mis invitados...

Todos los miraban, confusos, y alguno hizo ademán de levantarse, pero el jefe los detuvo con un gesto.

-Ahora es usted quien piensa mal -dijo, extrayendo un documento de una cartera de mano-. Si no le importa, puedo ofrecerle esta orden judicial. Y le aseguro que el registro se hará en su presencia, si quiere acompañarnos. Así que espero una respuesta.

El hombre tomó el documento en la mano y maldijo entre dientes.

-¿Qué es lo que buscan, si se puede saber?

-Eso ya lo veremos. Y deberá tener paciencia, porque la casa es grande y nos llevará bastante tiempo registrar a fondo.

Hizo seña a uno de los policías para que subiera con él, y les dijo a los otros:

-Dad un vistazo por abajo, y luego subid. Y no toquéis ningún mueble sin la presencia del dueño de la casa.

Llevaban ya un buen rato registrando la planta de arriba de forma minuciosa, y no habían hallado nada interesante, cuando el inspector vio una puerta disimulada con la decoración.

-¿Qué hay ahí? -preguntó, y el hombre se volvió bruscamente.

-¿Ahí? Eso no es nada. Es un cuarto pequeño que nunca se utiliza y está lleno de trastos, no les merece la pena molestarse.

El policía se dirigió a la puerta y trató de abrirla.

-Ábrala, por favor, está cerrada con llave -indicó.

El hombre se le quedó mirando, confuso.

-Ni siquiera sé dónde está...

-¿Es que prefiere que echemos abajo la puerta? Usted verá, a mí me da igual. Él habló con la respiración entrecortada:

-Aguarden aquí, veré qué puedo hacer.

Tardó varios minutos en volver, y en la mano llevaba un llavero.

-La he encontrado por casualidad...

Entraron todos, y el hombre aspiró hondo. Estaba claro que no se trataba de un cuarto trastero, porque a un lado había una

cama con una colcha azul, y enfrente un gran armario empotrado.

-Vaya, vaya -comentó el policía-. ¿Qué es esto?

El hombre se tambaleó ligeramente

-Es... es un cuarto de invitados -dijo con voz monótona.

-Es muy interesante. Chicos, vamos a ello. Es posible que aquí encontremos algo. También había un tocador con un espejo, y unas faldillas azules a juego con la colcha.

Sobre el cristal del tocador podían verse varios frascos con productos de belleza, una barra de labios y una pequeña caja metálica de chicles.

El inspector captó el rápido parpadeo del hombre, el fruncimiento de sus cejas.

-¡No toque eso!

El otro se volvió.

-¿Qué pasa?

Haciendo caso omiso, estuvo observando con calma cada uno de los objetos. Al abrir la caja de chicles se detuvo un momento. El productor lo miraba con odio.

-Vaya, ¿qué tenemos aquí? -dijo, y al mismo tiempo mojó un dedo en el contenido de la caja, y lo probó-. Buen sitio para esconder la coca, no es un mal invento.

El hombre estaba pálido. El otro había cerrado la pequeña caja, y cogió en la mano la barra de labios. Era de un tono anaranjado.

-¿De quién es esta barra? -preguntó.

El dueño de la casa sacudió la cabeza.

-¿Cómo quiere que yo lo sepa? Puede ser de cualquiera de mis invitadas...

El policía retrocedió unos pasos y abrió la puerta del armario.

-Vamos a ver lo que hay aquí -dijo, haciendo una mueca.

En las perchas estaban colgados varios trajes de hombre, pero en uno de ellos había un precioso traje de fiesta de mujer, de una talla pequeña.

-Mirad -señaló-. Vaya un vestido, ha tenido que costar una fortuna.

Abajo, en unas barras, podía verse un par de zapatos dorados, de alto tacón. Eran zapatos nuevos.

-Y aquí están los zapatos de la señorita. Parecen de la cenicienta, pobre chica, no tuvo tanta suerte.

El productor tenía los labios fruncidos en una sonrisa torcida.

-Todo lo que dice es absurdo -dijo.

El otro prosiguió:

-Podemos concederle el beneficio de la duda. Digamos que la muchacha se mató cayéndose por las escaleras, que todo puede ser.

-Eso fue lo que sucedió -dijo él-. Le aseguro que fue un accidente. El sábado noche estábamos solos, no había invitados y estuvimos bebiendo. Al final estábamos francamente borrachos. Yo quise besarla y ella se resistió. Trató de huir por las escaleras, forcejeamos y cayó hasta el piso de abajo. Cuando

pude alcanzarla vi que se había golpeado fuertemente en la cabeza y estaba muerta.

El policía asintió.

-Claro, y usted estuvo pensando qué haría para evitar el escándalo, hasta que decidió subirla en su coche y llevarla lejos.

-Así es, exactamente.

-Pero la víctima llevaba tacones altos, no apropiados para andar por el bosque, y vestido de fiesta. Usted se los quitó para que no se sospechara, ¿no es cierto? Yo creo que hay pruebas de sobra para que sea detenido por asesinato.

El hombre se irguió, mostrando con orgullo su estatura.

-Ya está bien -dijo nerviosamente-. No me moveré, si no es en presencia de mi abogado.

El otro afirmó con un gesto.

-Claro, por supuesto, ya puede llamarlo cuando quiera. Y, por si le sirve de consuelo, le diré que quizá pueda defenderlo alegando que la chica murió por accidente -se detuvo unos segundos y prosiguió-. Si no fuera porque, después de herida en la escalera, tenemos el testimonio del forense, que dice que murió estrangulada... ¿Cómo puede explicarme eso?

* * *